

Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo Primero, emperador de Romanos... el año MDCLXXXIII. Traducido de italiano en castellano y añadido de los sucessos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario e intérprete de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte, que la dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, doña María Ana de Austria.

Present. y edic. de Fernando Fernández Lanza

fernando.fernandez@uah.es

Colección: Archivos Mediterráneo, África, Eurasia,
Fecha de Publicación: 06/06/2026 y 31/08/2026
Número de páginas: 101
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

Presentamos los dos primeros volúmenes -los dos primeros *Floros históricos*-, que contienen los sucesos y acontecimientos desde 1683 (sitio de Viena) hasta el final de campaña del mismo año (*Floro Primero*) y las campañas completas de los años 1684 y 1685 (*Floro Segundo*). Y con estos dos tomos y el *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda* (1686), queremos cerrar un periodo muy interesante, victorioso y laureado para los Habsburgo y muy desafortunado para el Gran Turco.

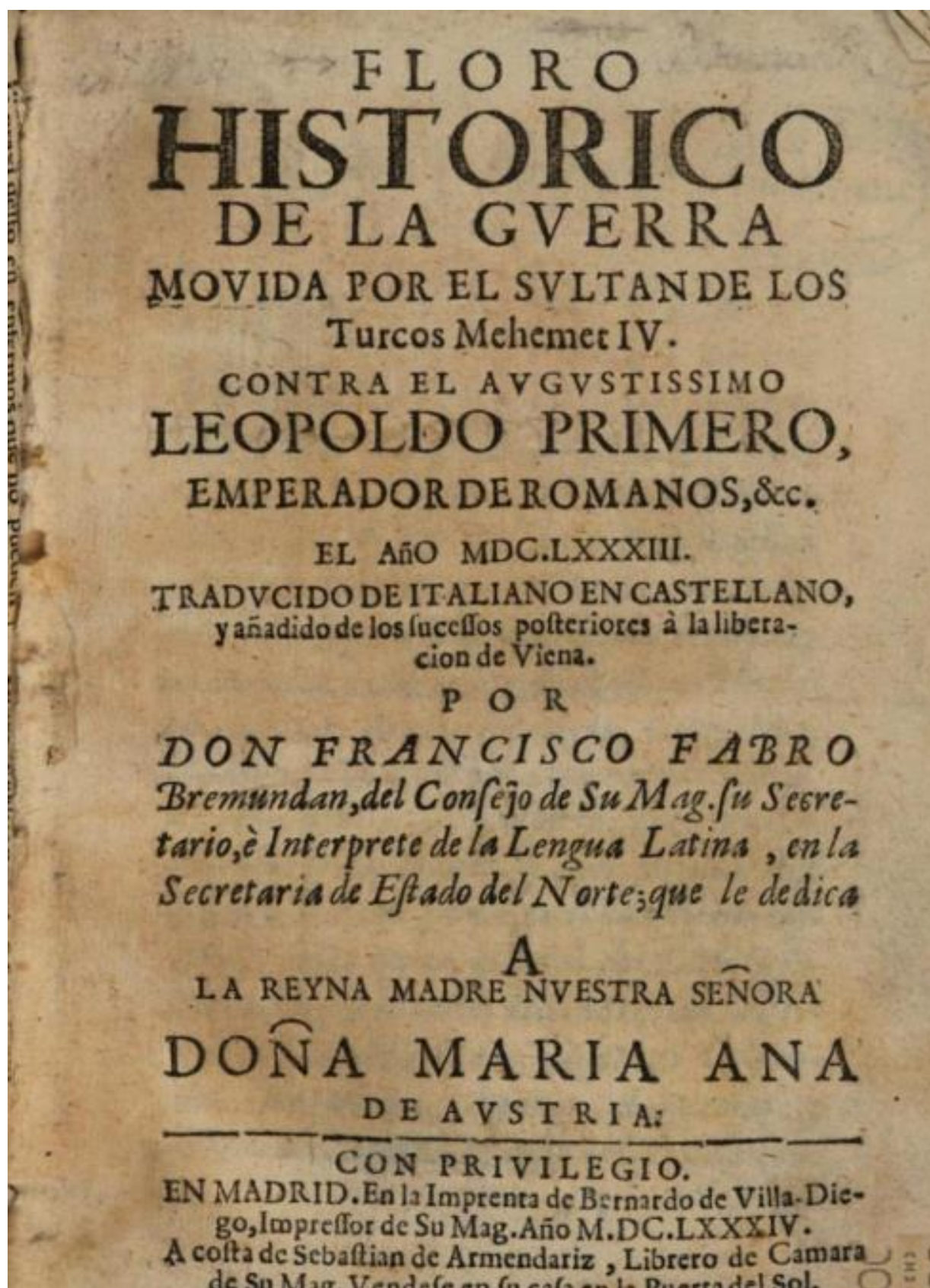
Palabras Clave

Buda, Hungría, turcos, Austria, Habsburgos, Otomanos,

Personajes

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** fuente impresa
- **Procedencia:**
- **Sección / Legajo:**
- **Tipo y estado:**
- **Época y zona geográfica:** Mediterráneo, siglo XVII
- **Localización y fecha:** 1684
- **Autor de la Fuente:** Francisco Fabro Bremundan



Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo Primero, emperador de Romanos... el año MDCLXXXIII. Traducido de italiano en castellano y añadido de los sucessos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario e intérprete de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte, que la dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, doña María Ana de Austria. Con Privilegio. En Madrid. En la imprenta de Bernardo de Villadiego, Impressor de Su Magestad. Año MDCLXXXIV. A costa de Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara de Su Magestad. Véndese en su casa en la Puerta del Sol.



Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucessos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV. Escriviolo D. Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario y oficial de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte. Y le dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, Doña María Ana de Austria. Con Privilegio. En Madrid, en la imprenta de Antonio Román. Año de MDCLXXXVI. A expensas de Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara de Su Magestad. Véndese en su casa, en la Puerta del Sol.

Fernando Fernández Lanza
Fundación Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales
Universidad de Alcalá

“Ferdinando Quarto será hecho Rey de Romanos y poco después morirá. Leopoldo, su hermano, será hecho Emperador de Romanos. Sin embargo, por los muchos enemigos que tendrá, será imposible creer el que obtenga la Corona Romana contra toda esperanza y con el solo auxilio divino será ciertamente hecho Emperador. En su mozedad padecerá muchas enfermedades y passará peligros mortales, pero con la ayuda de Dios siempre convalecerá. Tendrá muchas adversidades y muchos enemigos. El turco de lejos se acercará con tal sucesso, que poca esperanza quedará a la Casa de Austria. Pero Dios assistirá después y el César reportará la victoria y el turco quedará confundido, con admiración de todos. Grandes disensiones, tendrá, a causa de su esposa, la qual habrá de tomar de España; mucho se dilatará y parecerá como imposible que la consiga. Mas con trabajo, ciertamente la conseguirá. Al principio tendrá grandes adversidades por la parte de Francia. Descubriranse algunas infidelidades y trayciones, como si todo se huviesse de perder porque el enemigo, al principio, alcanzará grandes victorias y todos creerán y no pensarán, sino que el enemigo lo ganará todo. Y después, Dios ayudará a la Casa de Austria, superará todos sus enemigos y los pondrá a sus pies, de suerte que todos se admirarán y reconocerán el auxilio divino que siempre assiste a la Casa de Austria. Entonces se levantará el Águila muy alta, se apoderará de todos sus enemigos y reynará dichosamente. Ganará más provincias que sus antepassados. La Casa de Austria, por este César Leopoldo, bolverá a multiplicar y se hará feliz y más feliz que otro alguno de su Casa jamás lo fue. Tendrá más

de una muger. Su Magestad el emperador Leopoldo, dichoso señor, con el auxilio divino se hará poderoso de todos sus enemigos. Amén”¹.

PRESENTACIÓN.

Siempre tuvimos el deseo de incluir en la selección de Grandes Fuentes del Archivo de la Frontera el *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda, metrópoli del Reyno de Hungría*². Disfrutamos y aprendimos mucho durante los dos cursos académicos que vivimos en Budapest, trabajando como Lector en el Departamento de Español de la Universidad Karl Marx de Ciencias Económicas (actual Universidad Corvinus de Budapest). Ridícula nostalgia, tal vez. Pero de allá viene nuestra primera relación con los turcos y lo turco. Y el *Diario del asedio y expugnación de Buda* ha aguardado paciente una larga lista de espera hasta que, el pasado mes de abril, fue presentado en la plataforma.

La toma de Buda en 1686 constituyó, sin duda, un acontecimiento de enorme relevancia política en toda Europa, provocando -como ya se dijo- numerosas *Relaciones de sucesos y obras literarias* que describieron los hechos, exaltaron a los protagonistas cristianos, a la Iglesia y a la Religión, y cantaron las hazañas de los héroes. No obstante, tras el análisis del *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda*, ejemplo -como también advertimos- de ese nuevo y breve formato de contar al público los acontecimientos y los sucesos incorporando otra perspectiva informativa -eso sí, sañudamente desdeñada desde hacía años por los cronistas e historiadores oficiales-; decíamos tras el análisis del *Diario...*, del estudio del contexto y de sus actores, responsables y protagonistas, tanto del propio relato, eminentemente militar, como de la edición de la obra, es decir su autor, editor e impresor, todo nos condujo a unas publicaciones previas, suerte de *Anales* o *Anuarios* que iniciaron su narración con el sitio fracasado de Viena que los turcos intentaron en la primavera de 1683, y continuaron ininterrumpidamente hasta 1688³, y a un

¹ Traducción de la “Profecía del venerable Padre Martín Strigonio, de la Compañía de Jesús”, cuyo traslado se pone aquí tal como la puso el primer autor de este *Floro histórico*, en la edición de Venecia. Con ella finaliza, precisamente, la Primera parte del *Floro histórico* dedicado a 1683 que presentamos, rematada con las siguientes palabras: “Murió el Padre Strigonio en la ciudad de Bruna el año de 1649, el segundo año de su segundo provincialato, y en opinión de Santidad por toda Alemania”. *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo I, Emperador de Romanos...*, el año 1683. Pág. 77. La cita, muy a propósito, permite comprobar desde la primera página hasta la última el Providencialismo y el servicio a la Casa de Austria que impera en ambos Floros.

² *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda, metrópoli del Reyno de Hungría. Dedicado al excelentísimo señor don Juan de Silva Mendoza Sandoval y Haro, Conde de Saldaña, Marqués de Algecilla, primogénito de los excelentísimos señores Duques del Infantado y Pastrana, Príncipes de Melito y Évoli, etc.* Con Licencia. En Sevilla, por Thomás López de Haro, impressor y mercader de Libros. Y se vende en su casa, en las Siete Rebueltas, junto a la Imagen, año de 1686. No obstante, la primera edición se imprimió en las prensas del taller matritense de Antonio Román, también en 1686.

³ Se trata, como ya señalamos en el estudio de presentación del *Diario del asedio y expugnación de Buda*, de los cinco Floros históricos que se relacionan a continuación. *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos, Mehemet IV, contra Leopoldo I... el año MDCLXXXIII; traducido de italiano en castellano, y añadido de los*

singular grupo de trabajo, de negocio diríamos hoy, común a todas ellas. Equipo de recompensa oficial y religiosamente institucional, conformado por Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Majestad, su secretario e intérprete de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte (autor-compilador de los cinco Floros históricos, de 1683 a 1688); Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de Su Majestad y curial de Roma (autor y editor del *Diario del asedio y expugnación de Buda* y editor de los cinco Floros históricos) y, finalmente, los tipógrafos Bernardo de Villadiego, impresor de Su Majestad (impresor del primer Floro histórico) y Antonio Román (impresor de los cuatro Floros históricos restantes y de la primera edición del *Diario del asedio...*). Qué podía salir mal. Un gran escaparate público de información y comunicación en la década de los ochenta del siglo XVII, en una España en profunda crisis económica y palaciega en tránsito a una guerra de sucesión y un cambio dinástico.

Pues bien, en este texto de presentación trataremos los dos primeros volúmenes -los dos primeros Floros históricos-, que contienen los sucesos y acontecimientos desde 1683 (sitio de Viena) hasta el final de campaña del mismo año (*Floro Primero*) y las campañas completas de los años 1684 y 1685 (*Floro Segundo*). Y con estos dos tomos y el *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda* (1686), queremos evidenciar y cerrar un periodo muy interesante, eso sí, alejado de la época en la que nos movemos con mayor comodidad, victorioso y laureado para los Habsburgo y muy desafortunado para el Gran Turco. Eludimos, de este modo, la presentación de los restantes *Floros históricos* -semejantes en su estructura, en su contenido y en su objetivo-, confiando su análisis a aquellos estudiosos e interesados específicamente en estos nuevos tiempos informativos.

Francisco Fabro Bremundan es el autor de los cinco Floros históricos, con una particularidad significativa. El primer *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo Primero... el año 1683*, traduce una obra anónima editada en italiano en la ciudad de Venecia, a la que añade, de su propia mano, los sucesos posteriores a la liberación de Viena hasta el final de esa campaña y el regreso a los cuarteles de invierno.

sucessos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan. Madrid, por Bernardo de Villadiego, a costa de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1684. 4º. 67 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucessos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan...* Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1686. 4º. 231 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Tercera parte, que contiene los sucessos del año MDCLXXXVI; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan.* Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. Véndese en su casa, en la Puerta del Sol. 1687. 4º. 252 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Cuarta parte, que contiene los sucessos del año MDCLXXXVII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan.* Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. 1688. 4º. 223 pp. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Quinta parte, que contiene los sucessos del año MDCLXXXVIII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, y su secretario de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte.* Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, véndese en su casa. 1690. 4º. 240 pp.

Se dirige Francisco Fabro al Lector discreto (pág. 6, *Floro Primero*): “Si mi juizio puede valer algo para la calificación de esta obra, direte me prendió tanto desde que la vi en su primer idioma italiano que, haviéndola hallado sin nombre de padre, resolví adoptarla por medio de la Traducción. Y, aun para hazerla más mía, añadirla de mi mano los sucessos en que se terminaron las magnánimas fatigas de la Liga Sagrada el año passado. Llamola su primer Autor *Ragguaglio*, pareciéndole con esto distinguirla con alguna ventaja de las *Relaciones* y *Diarios* diversos del mismo assumpto que corrían por la Europa... No te digo nada de lo añadido a la edición estrangera por dejártelo dezir todo y doblarme, desde luego, con esta resignación, a tu censura, no desconfiando el que me anime a servirte con Obras propias y de más bulto. Assí vivas contento y dichoso”.

Se dirige, del mismo modo, al discreto Lector encomiando su honestidad y la veracidad de sus fuentes (pág. 9, *Floro Segundo*): “La favorable acogida que hiciste al primero de los *Floros Históricos de la Guerra Sagrada contra turcos*, me dejó tan obligado, que no he podido negarme a proseguir el mismo trabajo con los principales sucessos de los dos Años últimos de M.DC.LXXXIV y LXXXV, aun con ánimo de passar adelante si la vida, la salud y otras ocupaciones más precisas de mi ministerio dieren lugar al intento. Los que me conocen bien, sé que me hazen merced y justicia de abonar el cuydado con que en todos mis escritos procuro apurar la verdad antes de publicarlos. Y por lo que toca al presente Volumen, te aseguro que me he valido de tales y tan justificados instrumentos que, sin vanidad, puedo dudar que otro alguno los aya logrado más ciertos y auténticos para el propio assumpto, ni manejados con más escrupulosa legalidad. Sin embargo, como sea casi impossible a nuestra débil naturaleza no tropezar, tal vez, aun en lo más llano de nuestras operaciones, después de protestadote que si me huviere sucedido havrá sido involuntariamente, ofrezco la enmienda donde el error me venga bien probado. Esto es lo que solamente he juzgado deberte advertir porque, en quanto a lo demás del método o estilo que sigo, sé que yo perdería tiempo en querer defender a uno, ni otro, con la variedad de los Ingenios, a cuya censura me espongo”.

Francisco Fabro dedica el *Primer Floro histórico* a la Reina Madre doña María de Austria (págs. 1 y 2): “A las augustas aras de V. Magestad ofrezco postrado el sacrificio de los innumerables bárbaros que, en el assedio de Viena y en los campos de Ungría, pagaron el año passado, mil seiscientos y ochenta y tres, con la vida el impío y perjuro atrevimiento de su tirano dueño. Venciéronlos, extermináronlos las invencibles armas del gran Leopoldo, haviéndose juntado para tan grande hazaña las águilas del Imperio y de Polonia, diversas en los colores y (por singular disposición divina) unas en el christiano empeño... Quién pudiera explicar los desvelos y afanes y (quizá

mejor) los milagros con que, V. Magestad, cuydó de sus Coronas durante los diez años de la más difícil y más penosa Regencia que han visto los mortales”.

Y repite su dedicatoria en el *Segundo Floro histórico* (págs. 1 y 2): “Segunda vez parece a los Reales pies de V. Magestad el Floro histórico, en que me he atrevido a continuar la Relación *de los sucessos del segundo y tercer año de la Guerra Sagrada contra turcos...* También pudiera yo preguntar dónde se hallan oy los Tito Livios, los Plutarcos o los Curcios, capaces de registrar perfectamente los trofeos que, en solo tres años, han reportado las armas del mayor de los Augustos en su Reyno de Ungría. V. Magestad, que nació entre laureles, sabe escogió la discreta Antigüedad a esta planta, la más estéril de todas, para corona de los Héroes. Elección misteriosa con que, sin duda, nos enseñó bastava a las grandes hazañas su mesma desnuda verdad, sin necessitar ellas del adorno de expresiones y mendigadas del Arte”.

El texto de Aprobación del *Floro Primero* a cargo del padre fray Andrés de Fuenmayor, ex ministro Provincial de la provincia de Burgos, confesor de las señoras Descalzas Reales, etc. (pág. 3, *Floro Primero*) es un continuo elogio a Fabro y una alabanza a la Divina Providencia, poderosa protectora de la militante Iglesia: “Y habiendo el Autor merecido hasta aora la grande estimación, que es notoria por sus muchas letras y, especialmente, por los muchos escritos históricos que ha dado a la luz, y los que tiene para publicar, en que entiendo comprehende gran parte de lo más memorable del reynado de nuestro gran monarca Felipe Quarto, que de Dios goza en la vida y hechos de don Luis de Benavides, Marqués de Caracena, observados y trabajados en más de quarenta años que sirve a Su Magestad con la aprobación que se cifra en sus empleos, siendo el presente libro por la materia, el estilo y el cuidado de la verdad, digníssimo de que le vean todos. No solo me parece no tiene inconveniente el publicarle, pero le hallaría en que se dilatasse un solo día el satisfacer a la curiosidad universal, ansiosa de lograr el consuelo de las más estimables y plausibles noticias con que la divina providencia manifestó jamás su poderosa protección a la militante iglesia. Deviéndose especialmente al secretario don Francisco Fabro el haverle pulido, continuado y amplificado desde la marcha de los exércitos de la Liga Sagrada la buelta de Barkan, (en que le dexó su primer autor Anónimo) hasta la toma de Zerchim, y total conclusión de tan heroyca campaña en los quarteles de invierno, valiéndose para ello de los materiales seguros y legales que le ha subministrado su ministerio y de la singular habilidad que Dios le ha dado para mayores obras”.

El texto de Aprobación del *Floro Segundo*, a cargo del padre Francisco Xavier de Fresneda, de la Compañía de Jesús, Predicador de Su Majestad y calificador del Santo y Supremo Tribunal de la Inquisición (págs. 7 y 8, *Floro Segundo*), hace hincapié sobre todo en la grandeza del asunto de la narración: una Guerra Sagrada de Religión y de justicia contra el Tirano del Imperio más poblado y unido que tiene el universo. También ensalza las cualidades del

autor y añade algún dato biográfico novedoso: “Los sucessos han sido los más admirables en la prosperidad y en su perseverancia que se leen en los Anales. Y la Pluma que los describe, digna de bolar en las Alas de la Fama, porque con estilo claro, militar y varonil, alaba las hazañas sin lisonja y dize sin ofensión la verdad. Esta es la parte más essencial de la Historia, y de la que observa el Autor en su narración puedo yo ser testigo, porque me consta bebe en buenas fuentes los avisos y casi siempre los he hallado muy conformes a los que he leydo en Cartas de la Corte y Campo Imperial... Y assí dezía yo que, quando D. Francisco Fabro (Floro de nuestro siglo) no tuviera para parecer muy español el ser natural del Condado de Borgoña (Provincia inmortal e invencible en la fidelidad a la Corona Católica), le bastava el argumento de sus escritos en que dexó impressos con elegante y valeroso espíritu los conceptos e ideas de su amor y lealtad a las dos Augustíssimas Casas Española Austriaca y Austriaca Española. En esta conformidad oí hablar muchas vezes de Don Francisco al Héctor de nuestros tiempos, el Marqués de Carazena”.

Por su parte, el texto de Aprobación del *Floro Primero* del padre Juan Cortés Ossorio, de la Compañía de Jesús, calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, revisor de las librerías de Madrid y catedrático de Teología en los Estudios Reales del Colegio Imperial y teólogo de Su Majestad (págs. 4 y 5, *Floro Primero*), es más breve y se centra en los aciertos y la erudición del traductor y autor: “Mándame V. A. examinar este libro intitulado *Floro histórico*, que de lengua italiana traduce en nuestro idioma don Francisco Fabro Bremundan, secretario del Rey nuestro señor, etc. Mas, por ser el assumpto de la obra tan piadoso y tan heroyco, confieso que la curiosidad facilitó de tal modo la obediencia, que casi le quitó el merecimiento, porque atendiendo al crédito que, de los curiosos, ha grangeado el Traductor por su mucha erudición, buenas noticias y cuydoso estilo, no solo induce a que se vea esta obra, más por estudio que por censura, sino que parece forçoso concurrir al abono de sus aciertos sin desdezir del universal aplauso. Lo cierto es que, siendo tantas las prendas de que necessita una perfecta Traducción, no solo ha conseguido el Autor el manifestarlas, sino que con nuevos realces añade primores al mismo original de quien translada”.

Es el propio padre Juan Cortés Ossorio, en la Aprobación del *Segundo Floro histórico* (págs. 4-6, *Floro Segundo*), quien celebra de nuevo las excepcionales aptitudes de su autor, la diversidad de recursos a su disposición y, en este caso, reitera sistemáticamente la intervención Divina, y el celo de la Fe Católica y la Iglesia, en el éxito de todas las empresas: “Las prendas de Don Francisco Fabro y el ingenio natural de que el Cielo le ilustró se han realçado tanto con el estudio y, especialmente, con la curiosa aplicación a los sucessos modernos de Europa que, en la estimación de los noticiosos, sobresale como sugeto muy singular y Ciudadano muy esclarecido de la República Literaria. La noticia de tan varias lenguas, la experiencia de tan varios Reynos y tan diferentes Naciones con el continuo manejo de los papeles, le habilitan de

suerte que no es encarecimiento dezir que le proporcionan con la grandeza de tan heroyco assumpto... En quanto al último requisito que pide tan gran Maestro, de que se deben buscar, para hazer provechosa y verídica la narración, todos los instrumentos y noticias que pueden ilustrar para perfecta comprehensión de la materia, no se dude que si alguno puede gloriarse de averle cumplido enteramente es el Autor de esta obra; porque por su genio, por su empleo, y por la noticia de las varias lenguas de Europa, ha podido ver quanto en ellas se ha escrito y ponderado por los varios ingenios de las Naciones. Y assí, ha tenido para esta fábrica quantos materiales puede suministrar la curiosidad del estudio”.

Nos resulta de gran singularidad, y de posible ayuda para entender cómo transitaban bien diversas ideas por su cabeza -por ello hacemos mención explícita-, la Carta con que acompaña Francisco Fabro al Tomo de su obra, que remite al Excelentísimo señor Duque de la Palata, del Consejo de Estado, Virrey y Capitán General del Perú, etc. (pág. 3, *Floro Segundo*): “Excmo. Señor. Señor, tal semejança tiene la materia que trato en esse volumen de la Guerra Sagrada contra turcos, con la que V. Exc. lleva contra los Cosarios que se han atrevido a inquietar los Mares cometidos a su cargo, que mi atención a las grandes honras, que debo a V. Exc., no ha podido dilatar el representárselo en estos breves renglones. Qué otra cosa fueron los turcos en sus fatales principios que Piratas de Mar y Tierra, a cuyas medras faltando la oposición de otras Cadenas, como las del escudo de Navarra (que oy tan felizmente defienden al Imperio del Perú), levantaron su Tiranía sobre las ruinas de casi todo el Oriente, y de tanta parte de Europa, hasta el formidable estado que la conocimos y la tembló el Imperio Germánico, tres años ha. La liberación de Viena, y los demás acontecimientos vitoriosos del Año MDCLXXXIII, ya serán notorios a V. Exc., pero la parte de los sucessos últimos de Ungría, en que más me interessa mi comparación, es lo que el año passado de LXXXV debió el servicio de nuestro Augusto Monarca a la zelante y acertada Providencia de V.E. en exterminar la pestilencial piratería de los mares y tierras del Sur, assegurando al Tesoro de los Galeones su camino de Lima a Panamá y restaurando al interrumpido comercio entre aquellas plazas. Peleose con Infieles, venciéronse Infieles y Rebeldes en Ungría. Y quién más Infiel y Rebelde a Dios, y a todo el género humano, que los crueles y desalmados Cosarios de que V.E. libró a tan noble y tan estendida región, como la de su Virreynato, persiguiéndolos todavía con el Consejo donde no se dejan alcançar de las Armas. Entre tantos motivos de regocijo confieso, sin embargo, que yo llorara más amargamente la muerte de nuestro grande Historiador y Poeta D. Antonio de Solís, en quien perdimos un Coronista de las Indias tan digno de celebrar las hazañas de V.E., si yo no viera suplida cumplidamente aquella falta sensible con el grande Amigo y Defensor de la verdad Histórica el canónigo D. Pedro del Pulgar. Assí, me resta solo pedir a la suma benignidad de V.E. sufra que yo me aya anticipado a festejar, en estas

breves líneas, lo que a otro más capaz tocará individualmente escribir y, ojalá, sea guardando Dios a V.E. y dejándole bolver a esta Corte con muy perfecta salud para muy largos y prósperos años. Madrid, a 4 de junio 1686”.

Todas estas afirmaciones y loas recogidas en los textos que preceden a los Floros nos ayudan a conformar una imagen más precisa de nuestro perspicaz autor. No se trata de una personalidad histórica o literaria de gran brillantez, sin duda, pero tampoco de un simple gacetero que publicó numerosos papeles allá donde estuvo, como recogía la historiografía previa a los años 60 del pasado siglo, cuando se revisó su trayectoria. Nos hallamos ante un escritor interesante de amplísima cultura⁴.



Francisco Fabro Bremundan nació en Besançon (Borgoña) en 1621. Sus padres fueron Pedros Faivre y Huberta Regnaude. Estuvo casado con la italiana Maria Carrara y, en segundas nupcias, con María Montiel de Noguerol. De ambos matrimonios tuvo varios hijos. Murió miserable en Madrid en 1698⁵. Desconocemos datos de su infancia y su primera juventud. Cuando Diego Saavedra Fajardo visitó la Borgoña en 1638 por motivos políticos, acogió al joven Fabro bajo protección, que inició así su carrera de secretario bajo la maestría y la selecta cultura del diplomático, al que acompañó en todas las misiones y embajadas por Europa. Saavedra Fajardo regresó a Madrid en 1645 y Francisco Fabro, separándose de su patrón, ingresó sucesivamente en las secretarías —diplomáticas y militares— de Luis de Benavides, Marqués de Caracena; de Alonso Pérez de Vivero, Conde de Fuensaldaña, consejero de Estado y embajador en Francia; y del Marqués de la Fuente.

En 1647 viajó a Italia y al año siguiente publicó su primer libro: *Il Tullio Moderno* (Venecia, 1648). En 1651, también en Venecia, editó *L'eroe trionfante. Istoria delle gloriose azioni di Mocenigo II, Procuratore di San Marco e Capitano Generale del Mare* (Relación de la toma de Candia a los turcos). A continuación, se trasladó a Milán, donde residió casi una década y estableció relaciones personales con el selecto círculo literario de la ciudad, que le facilitó el ingreso en la “Academia dei Faticosi”. En esta ciudad, en 1661, vio la luz su *Delle Lettere di Francesco Bremodani. Scrite in varie lingue et diversi argomenti...* (última obra de la que tenemos noticia en Italia, siendo probable que parte de su trabajo de entonces se haya perdido).

Algunos meses antes, ya en España, entró al servicio del infante Juan José de Austria (hijo bastardo de Felipe IV y de la actriz María Calderón, la *Calderona*) en calidad de secretario. Los primeros contactos entre ellos fueron

⁴ Lamarque, Pilar. “Cartas de Francisco Fabro Bremundans al Dr. Diego J. Dormer”, en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 23-24. Zaragoza, Institución Fernando el católico, 1971. Págs. 191-201.

⁵ Valera Hervías, Eulogio. *Francisco Fabro de Bremundans (1621-1698)*. Conferencia leída el día 9 de mayo con motivo del Cincuentenario de la Hemeroteca Municipal de Madrid. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1968. Véase también, del mismo autor: “Francisco Fabro Bremundans, Gacetero del Reino”, en *diario ABC*. Madrid, 21 de mayo de 1961. He incluido este artículo, porque en él se da noticia de su testamento, codicilo y acta de enterramiento.

poco satisfactorios⁶, tanto que Francisco Fabro pensó regresar a Italia o ir a Alemania. Sin embargo, el infante le requirió que escribiese su vida y sus hazañas, encargo que decidió a Francisco Fabro a quedarse en las *Casas del Infante* (Madrid-Consuegra) y ligar su vida y talento al de Austria hasta su muerte en 1679. Muy pronto comenzaron los frutos. Precisamente en enero de 1661, se publicó el primer número de la *Gazeta de Madrid*, nacida bajo el título *Relación o gazeta de algunos casos particulares, assí Políticos como Militares, sucedidos en la mayor parte del Mundo, hasta fin de diciembre de 1660*, y después más habitualmente *Gazeta Nueva de los sucesos*, de periodicidad mensual, por iniciativa de Juan José de Austria y su secretario Francisco Fabro⁷. En febrero del mismo año, Felipe IV nombró a su hijo ilegítimo Capitán General para la conquista del Reino de Portugal, empresa que publicitó Francisco Fabro y fracasó estrepitosamente debido a la desastrosa situación económica de la hacienda española y la falta de un ejército experimentado. Este fracaso redirigió su carrera hacia la política cortesana en Madrid, convirtiéndose en una figura clave en las intrigas del reinado de su hermanastro, Carlos II.

Para Francisco Fabro la *Gaceta* tenía una misión esencial: informar y convencer al pueblo de las razones que movían a Juan José de Austria y, presentarle así, como competidor al heredero legítimo. La *Gazeta de Madrid* sería, de esta suerte, un vehículo de propaganda. El formato, cuatro hojas en cuarto, se imprimió con licencia por Julián de Paredes. Además, Fabro publicó *Relaciones* solo de los sucesos de Portugal, donde combatía el infante, sin periodicidad. Su formato, dos hojas en folio, que imprimó Francisco Nieto. La primera serie de la *Gazeta* se interrumpió en 1662. Su éxito, sin embargo, fue inmediato, pues se reimprimó en Sevilla, Valencia, Zaragoza, Málaga y México.

A la muerte de Felipe IV en 1665, la madre del nuevo rey, Carlos II - entonces un niño-, Mariana de Austria, envió a Juan José de Austria a Zaragoza, a quien acompañó su secretario. En 1669 el infante fue nombrado Virrey y Vicario General del Reino de Aragón. Francisco Fabro, entonces, reunió a su familia y puso casa en la capital aragonesa. Pronto se le abrió la sociedad culta zaragozana, creando intensas amistades. Allí concluyó y publicó la primera parte de *Historia de los hechos de Juan José de Austria*⁸. Aprovechando las circunstancias favorables, en 1676, fundó los *Avisos ordinarios de las cosas del Norte*.

En 1677 Juan José de Austria regresó a la Corte de Madrid y Francisco Fabro con él. Aquí montó casa y estudio, se asoció con el librero Gabriel de

⁶ Pérez de Guzmán y Gallo, Juan. *Bosquejo histórico-documental de la Gaceta de Madrid*. Madrid, 1902, pág. 47.

⁷ La *Gaceta de Madrid* ha pervivido hasta nuestros días con el título de *Boletín Oficial del Estado*.

⁸ *Historia de los hechos del Serenísimo Señor Don Juan José de Austria en el Principado de Cataluña. Parte I. Escribióla Don Francisco Fabro Bremundan, criado de Su Magestad, y Oficial mayor de Lenguas de las Secretarías de Estado y Guerra de Su Alteza. La ofrece y dedica al Rey nuestro Señor Don Carlos II*. Imprimióse en Çaragoça, con Licencia y Privilegio, en la Imprenta de Diego Dormer. Impressor de la Ciudad y del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia. Año M.DC. LXXIII.

León, continuó la historia del infante, y recibió el encargo de redactar las jornadas del viaje de Carlos II a Zaragoza⁹. A partir de julio del mismo año, lanzó la *Gazeta Ordinaria de Madrid*. El infante creó para él el cargo de “Gacetero oficial del Reino”, lo que excluía a cualquier otra persona del negocio de la edición de gacetas. Juan José de Austria falleció en 1679 y, en 1680, Carlos II prohibió la publicación de papeles informativos y noticiosos.

Por lo tanto, Francisco Fabro planeó publicar un periódico puramente literario: *Mercurio Literario Español*. Publicación seria, en su opinión, según el modelo europeo, pero no obtuvo autorización. En 1683, el Consejo de Castilla accedió de nuevo a la publicación de gacetas y papeles noticiosos en España. Audaz de nuevo, a finales de este año editó las *Noticias Generales de Europa*. Una Europa aterrorizada por el avance otomano hacia el centro de la cristiandad. Su sentido periodístico, aprovechó aquella ansiedad informativa para transformar la gaceta en, prácticamente, un monográfico de esta guerra: *Nuevas singulares concernientes a la sola Guerra Sagrada contra los Turcos, separada de propósito de las Generales de Europa*.

Entonces, Francisco Fabro se asoció con el librero oficial del Rey, Sebastián de Armendáriz, para editar las *Nuevas Ordinarias del Norte*, en otras ocasiones *Nuevas Singulares del Norte*. Y es, precisamente, a partir de su asociación con Sebastián de Armendáriz cuando compiló, redactó y publicó los *Cinco Flores históricas* (impresos en 1684, 1686, 1687, 1688 y 1690, sucesivamente). Tradujo incansablemente papeles, documentos, libros, y redactó otras obras cuyos manuscritos hoy son desconocidos¹⁰. Años de trabajo sin descanso hasta su muerte en Madrid en 1698.

En 1689, Francisco Fabro cedió la gestión de la *gaceta* a Juan de las Hebas, quien a su muerte obtuvo el cargo de “Gacetero oficial del Reino” y continuó gestionando la publicación, ahora con el título de *Noticias Ordinarias de las cosas del Norte*, aunque por Orden Real los beneficios debían ir a parar al Hospital General. En 1696, el Rey concedió al empresario de origen navarro Juan de Goyeneche, de forma vitalicia y hereditaria, la gestión del periódico, que pasó entonces a denominarse de forma definitiva *Gaceta de Madrid*.



⁹ *Viaje del Rey nuestro señor Don Carlos Segundo al Reyno de Aragón. Entrada de Su Magestad en Zaragoza. Juramento solemne de los Fueros y Principios de las Cortes Generales del mismo Reyno, el año M.DC. LXXVII. En relación diaria. Escrita por Don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario, Intérprete de la Lengua Latina en la Secretaría de Estado del Norte. Y dedicada a Su Magestad por mano del Señor Marqués de Canales, Cavallero de la Orden de Calatrava, del Consejo de Su Magestad, y su secretario de Estado de España y el Norte. En Madrid, Imprenta de Bernardo de Villa. Diego, Impressor de Su Magestad. Año M.DC. LXXVII.*

¹⁰ Valera Hervías, Eulogio. *Francisco Fabro de Bremundans (1621-1698)*. Conferencia leída el día 9 de mayo con motivo del Cincuentenario de la Hemeroteca Municipal de Madrid. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1968. Pág. 20. Entre sus traducciones, destaca la realizada al padre F. Miguel Fabro de Novi, *Gobierno de los turcos: máximas y artes violentas con que se mantiene y se destruye y en las quales el Padre [...], misionero apostólico, durante los años inmediatos a la guerra presente, fundó la imposibilidad probable de la duración de aquel bárbaro Imperio*. Tradujo D. Francisco Fabro Bremundan de italiano en castellano y le añadió la reflexión del acierto con que el Autor pronosticó el actual abatimiento del orgullo Otomano. En Madrid, en la imprenta de Antonio Román, 1693. Entre otros escritos, y asociado a Sebastián de Armendáriz, cabe señalar: *Primera continuación de los obsequios y festejos que se hizieron a ... Doña Maria Ana, en su real jornada desde el puerto de El Ferrol a esta católica Corte ...* Madrid, a 9 de mayo de 1690.

Dirigiendo ahora el interés hacia Sebastián de Armendáriz, tan activo y prolífico durante una década en el mundo del libro, apenas conocemos datos de su biografía más allá de su procedencia navarra, declarada por él mismo en algunos trabajos como paisano de San Francisco Javier. Respecto a los datos profesionales¹¹, sus trabajos más notables se desarrollaron entre 1683 y 1691, precisamente asociado con Francisco Fabro y, aunque su actividad fundamental fue la de librero y editor instalado en la Puerta del Sol de Madrid, existen diversas obras breves, en general triviales, que pueden considerarse impresiones suyas y, como tales, sin gozar de la seguridad necesaria, figuran recogidas en diversos repertorios¹².

Finalmente, a estas ocupaciones hay que añadir su dimensión de escritor, principalmente de textos cortos: avisos, relaciones de sucesos, noticias principales y universales, diarios noticiosos..., formas incipientes de difusión de noticias, proto-periodismo podríamos decir, que informaban sobre eventos específicos (guerras, festejos, América...), no tenían periodicidad fija en principio y, con frecuencia, buscaban sensacionalismo.

Desde sus primeras obras localizadas, Sebastián de Armendáriz acompañó a su firma el cargo de librero de Cámara de Su Majestad y, más adelante, el beneficio de curial de Roma, que le permitió activar el despacho de negocios, actuar como intermediario profesional, en Roma. El cargo indicaba una relación directa y un servicio a la Corte. Evoca al proveedor de libros para la realeza y la Corte, al gestor de alguna biblioteca nobiliaria o real. Tal vez, quizá acompañado de buenos socios y señalado de la fortuna, algún pingüe negocio o, señalado del infortunio, un emprendimiento necesario de supervivencia.

Participó en la edición de las primeras gacetas en español, como *Nuevas ordinarias de los sucesos del Norte*, que con diferentes títulos se publicó entre 1683 y 1697. Para ello contó primero con el impresor Bernardo de Villadiego y, después, en una relación más prolongada, con Antonio Román. Buena parte de las noticias fueron escritas por Francisco Fabro Bremundan. Su actividad coincidió, efectivamente, con el inicio de las *gacetas oficiales* y la creciente necesidad de información durante la guerra contra los turcos en ese periodo.



Bernardo de Villadiego empieza a imprimir en 1665 y se mantiene activo hasta final de siglo, lo que le convierte en uno de los impresores madrileños de más larga actividad profesional. Casado con Paula del Val, estuvo instalado desde 1673 en la calle de Embajadores -frente a San Cayetano-, de donde pasó a la calle de la Magdalena, donde se encontraba ya en 1691. Impresor de Su Majestad, tiene una interesante y extensa producción que no cabe reproducir

¹¹ Véase en el texto de presentación del *Diario del asedio y expugnación de la ciudad de Buda, metrópoli del Reyno de Hungría...* Op. Cit. www.archivodelafrontera.com Anexo I: Sebastián de Armendáriz, librero, editor, autor de obras breves y, dudosamente, impresor. Repertorio. Págs. 8-19.

¹² Delgado Casado, Juan. *Diccionario de impresores españoles. Siglos XVI-XVII*. Madrid, Arco Libros, 1996. 2 vols. I vol. Págs. 43 y 44.

en esta breve presentación. Imprimió trabajos costeados por Armendáriz durante los años 1683 y 1684, iniciando su colaboración con *Nuevas ordinarias de los sucesos del Norte* y finalizándola con el *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos, Mehemet IV, contra Leopoldo I... el año MDCLXXXIII*. Sin duda, una de sus mejores impresiones es el *Viaje del Rey D. Carlos II al Reino de Aragón* (1680), de Francisco Fabro. Bernardo de Villadiego fue también fundidor de letras, aunque desde 1687 utilizó tipos de Pedro Disses. Dictó testamento en 1698 dejando todos sus bienes a su hijo Francisco Antonio, que imprimió su primera obra en 1700¹³.

Antonio Román desarrolló su actividad como impresor en Madrid entre 1683 y 1699. En 1683 compró a Eugenio Rodríguez material de imprenta que había pertenecido a José Fernández de Buendía y se instaló en la calle Duque de Alba, precisamente en el antiguo taller de Buendía. Aquí dio comienzo de manera efectiva su actividad como tipógrafo independiente. Es posible que el material adquirido no fuera de buena calidad, o no fuera suficiente para el buen funcionamiento de la imprenta, ya que dos años más tarde utilizó tipos preparados por Pedro Disses. Sus impresiones fueron muy abundantes, aunque no excesivamente interesantes¹⁴.

Desde estos primeros comienzos, Antonio Román imprimió para Sebastián de Armendáriz y su colaboración se alargó al menos hasta 1696. Antonio Román falleció en 1699, año en el que coinciden su última impresión y las primeras de su sucesora, su esposa Serafina de Ezpeleta, que utilizará el nombre de “Herederos de Antonio Román” para firmar sus impresos. La actividad de la viuda fue muy breve pues, en 1702, después de casarse con su empleado Jerónimo de Estrada, dejó el negocio.



Para finalizar esta sucinta presentación, nos gustaría adelantar algunos fragmentos singulares de los *Floros Históricas*, quizá como un estimulante de la sucesión de acontecimientos, esencialmente militares y belicistas, que se relatan en cada uno de los anales. A través de ellos se percibe, intencionadamente, el imaginario colectivo de la “cristiandad” en las últimas décadas del siglo XVII en un estado de exaltación sin precedentes. Los fragmentos evidencian distintos valores, mitos, símbolos o creencias compartidas, fomentados por la Liga Sagrada y comunes a la sociedad cristiana. Ahí van.

“A veinte y uno de agosto, para más atemorizarlos, exercitó el enemigo con particular aplicación sus acostumbradas crueldades, haziendo inhumanamente assar los niños christianos quitados del pecho de sus madres en las últimas correrías, y mostrándolos en las puntas de sus lanzas (horrible espectáculo) a los defensores. Amenazándoles la misma muerte, si proseguían en contrastarles lo que presto serían obligados ceder a la fuerza. Mas todas

¹³ *Ibidem*. II vol. Págs. 709 y 710.

¹⁴ *Ibidem*. II vol. Págs. 606 y 607.

aquellas crueldades servían a alentar, antes que a desanimar los generosos defensores”. (*Floro Primero*. Pág. 37).

“A veinte y siete de agosto, atacó el enemigo por tres diferentes partes a un mismo tiempo para divertir las fuerzas de aquel valuarte, pensando con esta estratagema apoderarse de él. Mas hallando oposición mayor de lo que había presupuesto y, viendo disparar la artillería con cartuchos llenos de fragmentos de hierro, balas y piedras menudas, dio atrás con muy notable daño y pidió treguas para retirar los muertos, pero con cautela valiéndose de ellas para un fin muy diferente. Y fue que, figurándose estarían los defensores menos cuydadosos a la sombra de la actual suspensión, avanzó con nueva gente y repitió el assalto más recio que al principio. Pero recibido, como siempre, con la artillería y mosquetería, perdió sin encarecimiento más de tres mil hombres”. (*Floro Primero*. Pág. 38).

“Doze de septiembre. Otra cosa no se oía en la ciudad que temblores de las minas que convertían las casas en sepulturas de sus mismos dueños; o lamentos y voces por la muerte improvisa de los hijos y parientes a lluvias de piedras, a caídas de bombas y otros fuegos artificiales que, a todas horas, tomaban por blanco las personas, o los tejados, de suerte que no quedava hora ni parte segura donde abrigarse o descansar. Y todo era poco, respeto a la pena del temor concebido de lo que sucedería si se perdiese la plaza por assalto, y aun por concierto. Pues según lo que diariamente referían los prisioneros, tenían los infieles, deliberado executar en los naturales el mayor y más cruel estrago que, en ninguna era, inventó la más infernal inhumanidad”. (*Floro Primero*. Pág. 42).

“Últimos días de septiembre. Mas bolviendo a los nuestros, primero que verlos mover de la cercanía de Neuheusel, dígase que la fama de la victoria de Viena y de las inmensas riquezas adquiridas de los victoriosos, había traydo ya grandes refuerzos al ejército christiano y, sobre todo, al de Polonia, cuyo primer número se había casi duplicado, sin alargarnos empero, a los cien mil hombres, a que le sube la *Relación* impressa en Venecia. La qual además de traducirla, vamos supliendo y aun enmendando, en lo que sabemos poderlo hazer, con incontrastable legalidad”. (*Floro Primero*. Pág. 60).

“Nueve de octubre. Entonces dio el general degüello más priessa a los infieles para arrojarse al río, cuyas aguas no eximieron, ni aun a los que sabían nadar, del fuego de ocho cañones que, plantados en sitios oportunos, disparavan cartuchos en ellos, mientras los dragones y mosqueteros escogían desde las orillas en quién emplear sus balas y, con tal efecto que, en buen espacio, corrieron las ondas teñidas de sangre. Duró cerca de hora y media este exercicio, juntamente horroroso y divertido, interpolado de otra notable curiosidad, y fue que los cavallos muertos y los cadáveres humanos encontrando con los palos y cuerdas del puente desbaratado, hizieron otra especie de puente por donde se apressuraron algunos a passar y lo lograron, aunque pocos. De todos aquellos géneros de muertes, sobre la tierra y el río,

perecieron más de diez y seis mil hombres, lo mejor de las fuerzas otomanas, pues casi todos eran de sus milicias de Europa en que consiste su más sólido poder. Hallose entre los muertos en el campo el cuerpo del nuevo Visir de Buda, a quien, por la fama de su valor, no siendo más que Bajá de Diarkebir (o Mesopotamia), había levantado Kara Mustafá a aquella dignidad muy superior a la antecedente, y después encargadole el mando principal de aquella facción. No se hizieron más de mil prisioneros, pagando los infieles la pena de la crueldad con que habían introducido no dar quartel a nadie y el orgullo (que más irritó a los polacos) con que levantaron en unas hastas, sobre los parapetos de Barkan, las cabezas de los que prendieron el día siete en el primer rencuentro”. (*Floro Primero*. Pág. 66).

“Pero como las últimas tretas de este Rebelde, alentado a un tiempo de turcos y malos christianos, hayan dado muestras de que todavía levante la cabeza con aver entrado sus tropas en Cassovia y Eperies, materia de que, sin embargo, no se puede hablar aún con entera claridad, la guardaremos para el *Floro* de este año. En que (mediante Dios) no florecerán ni darán a la Christiandad menos frutos de bendición, que el passado, las gloriosas armas de la Liga Sagrada azia el total cumplimiento de la profecía del venerable Padre Martín Strigonio, de la Compañía de Jesús, cuyo traslado se pone aquí como le puso el primer autor de esta obra, en la edición de Venecia, para consuelo de los leales vassallos y devotos de la augustíssima Casa”. (*Floro Primero*. Pág. 71. Final y despedida).



“Es opinión de muchos que, a este año, en quanto a los sucessos que vamos a referir, no le pueda venir símbolo más adecuado que el de la Sirena de Horacio, hermosa por arriba y fea en los remates. Mostró (dizen ellos) el semblante risueño con los arreboles que, del año antecedente, le habían franqueado las vitorias de Viena, y Barkan [[Parkany, actual Štúrovo–Eslovaquia](#)], y la memorable restauración de Strigonia [[Esztergom– Hungría](#)]. Añaden que durante el mismo invierno fue enseñando la garganta igualmente bella, según los cosacos proseguían en lograr sus expediciones contra tártaros y turcos y que, sucessivamente, le abultaron más los pechos al passo que se consolidava la unión de las tres potencias: imperial, polaca y veneciana, en la Liga Sagrada. Pero que no obstante haver aquellos faustos anuncios tomado más cuerpo en dos batallas favorables, no por esso había dejado la sirena de malparir al pie de las murallas de Buda, resucitando en los bárbaros su prístino orgullo y apagando, en los ánimos de los fieles, gran parte de las esperanças concebidas de los acontecimientos anteriores. Mas, sin desmentir en todo, aquellos discursos melancólicos o negar el que no solo en Ungría, pero en Polonia, rematasse la campaña al revés de las apariencias primeras. No sin torpe ingratitud, podrá olvidarse lo que al Dueño soberano de las vitorias se le debió a veinte y siete de junio en las eminencias de Vaccia [[Vác–Hungría](#)], y a veinte y dos de julio en los campos de Hansbech, cuyo fruto, si no se percibió

tan prontamente en la intentada empresa de la capital de Ungría, no dejó de conducir bien eficazmente a madurar los intentos del año después, manteniendo el crédito campal de las armas christianas y disminuyendo casi hasta su último exterminio las tropas veteranas del Imperio Otomano. Además de que la expugnación de Virovitiza [[Virovitica-Croacia](#)] y las relevantes conquistas de venecianos, el propio año, no fueron leve consuelo al justo sentimiento que ocasionó la retirada del asedio de Buda. Vamos aora contando, por su orden y serie de los tiempos, lo obrado por los tres ínclitos coligados y auxiliares que concurrieron en su heroyco propósito”. (*Floro Segundo*. Año 1684. Pág. 10).

“Durante sus mayores afanes, llegó a aumentarle el desconsuelo la nueva de la muerte de su protector Kara Mustafá que, publicada muchos días antes de suceder por los que la leían como infalible en las máximas de la Política Otomana y, después del suceso, alterada la noticia algún tiempo de la Fama, según suele con todo lo que trae de lexos, finalmente se supo con circunstancias fijas haverse, de orden del Sultán Mehemet IV, quitado la vida a aquel monstruo de crueldad a 25 de diziembre, día dedicado a celebrar el nacimiento del hijo de Dios que, no sin misterio, parece escogió su justicia para el castigo de quien, aun a sangre fría, sacrificó tantos millares de christianos inocentes a su furor. Llegó por la posta a Belgrado (donde se hallava), a la una de la tarde, el Capigi Bassi (gentilhombre o doméstico íntimo del Sultán) con un despacho dirigido al Aga (o coronel) de los genízaros que, luego leída la comission (y muy ufano con ella por los testimonios, bien o mal fundados, levantados por el mismo Visir contra su milicia), fue a palacio seguido de trecientos hombres y el propio Capigi Bassi. Entravan juntos en su quarto quando, turbado de la novedad, preguntó *cómo iban a importunarle a hora tan impropia*. Mas reconociendo al lado del Aga, al Capigi Bassi, se sossegó algo diziendo *quizá traerá este, alguna orden del Gran Señor*. Entonces, acercándose el Aga con el decreto del Sultán en la mano, como a enseñárselo, le previnieron por disposición suya quatro hombres robustos que, atropellando con él, le ahogaron sin darle lugar a la menor réplica y, cortándole después la cabeça, le quitaron la piel que, llena de algodón oloroso, fue llevada con la cabeça embalsamada al Sultán. El propio día que partió de Andrinópolis el Capigi Bassi, passó Suleyman Aga, Cavallerizo mayor del Sultán, con otra orden a Constantinopla a embargar los palacios y casas y poner en cobro los tesoros y ricas alhajas de Kara Mustafá, y a otras diligencias consecutivas a la resolución de su muerte. Entre otras, la de suspender los puestos a algunas hechuras suyas, y aun quitárselos. Pensión terrible del desfavor de los Príncipes, cuya epidemia passa a matar las más vezes inocentemente o inficionar con peligro a los que, aprobándolo el mismo dueño, participaron de los reflejos del Valimiento mientras subsistió. Y ojalá se quedara este injusto achaque entre infieles y no se experimentara, igualmente cruel, en algunas Cortes de la christinadad”. (*Floro Segundo*. Año 1684. Págs. 23 y 24).

“Mas, aunque no es intento nuestro alargar a todo lo individual y diario la relación de un assedio, cuyo melancólico remate correspondió tan mal a la expectación de toda la christiandad, pide lo regular de la Historia para este lugar siquiera un compendioso bosquejo de la situación de Buda, que sirva a la más fácil comprehensión de lo que se contare, y no sin esperanças de haverlo anticipado más útilmente para el presente año de 1686, después de las premissas prodigiosas que el passado de 1685 dio la misericordia divina en tantas vitorias y conquistas, de querer enmendar lo que el de 1684 no se acertó en la misma empresa. Yaze pues, la ciudad de Buda, en la orilla izquierda del Danubio, según viene bajando del Norte a Mediodía, hasta parage bastantemente apto (según las distancias del mismo punto a la circunferencia) a constituir la digna y cómoda capital de ambas Ungrías. Estiéndese la población, proporcionada a la grandeza de sus Reyes, a formar un óvalo (si bien imperfecto) para gozar más cómodamente de los beneficios del río, como quiera que, a los principios, eligieron los fundadores su principal assiento en la parte más elevada y aventajada, según parece por el segundo más antiguo y más sólido recinto que comprehende en su extremidad meridional el Palacio Real, que llaman castillo, y lo mejor y más suntuoso de sus edificios. Fuera de esta misma frente meridional tiene una montaña con el nombre de San Gerardo, cuyas rayzes llegan a formar un vallezuelo entre la misma eminencia y la contraescarpa de la ciudad, ocupando la cima del propio monte un fuerte de momento desygal a la importancia del puesto y como obra de la impericia de sus dueños. Al cuerpo más considerable de esta poderosa ciudad añadieron, después, los otros dos de los lados oriental y occidental; al primero de los cuales llaman con los quatro nombres de Ciudad inferior, del Agua, de los Judíos, o de los Razianos y, al otro, dan el de Arrabal anterior. Los cuales, como no impropriamente puedan llamarse alas de la población, podría dezirse es su cola otro Arrabal, que llaman superior y prosigue en costear el Danubio, si no pecara la comparación en que no sale del medio, sino del ángulo izquierdo de aquella extremidad. En la otra orilla del Danubio (como ya queda dicho), el otro cuerpo de la ciudad llamada Pest, voz alemana que en lugar de significar lo que, en otras lenguas, quiere dezir lo mejor. Sin duda, por la diferencia del sitio menos irregular y más llano que el de Buda y, passándose de una a otra por un puente de barcas en tiempos que lo sufran, es evidente ser ambas de igual importancia a quien posee el Reyno de Ungría para darse recíprocamente la mano la Superior y la Inferior”. (*Floro Segundo*. Año 1684. Pág. 51 y 52).

“Un grande año, un año más memorable que muchos siglos, es el que vamos a registrar en los fastos de nuestra edad. Año por tantos títulos acreedor de las mejores plumas de la christiandad, que todas juntas no bastarán a celebrar dignamente las hazañas eroycas que le han ilustrado. El orgullo otomano, en tantas ocasiones escarmentado. Sus huestes, rotas y postradas en qualesquiera rencuentros. Tantas Plazas capitales suyas, y de sus

devotos, expugnadas, aun algunas vilmente cedidas y abandonadas. Sus Lunas en continuo movimiento retrógado de fugas, adonde encubrir sus afrentas y dissimular sus frecuentes Eclipses. Sus temores de una total ruina cifrados, bien claramente, en las cansadas instancias de Pazes hechas de su parte. Vengar su Gobierno, por motivos incomprensibles a todo discurso humano, las injurias del César en la cabeza de la Rebelión de Ungría. Desmoronarse y caer, como de golpe, toda la máquina del partido inobediente establecida en tantos años, como la vimos resistir con armas iguales y, tal vez, superiores a las que solicitaban su reducción. Esto es lo que, mediante Dios, pensamos referir, pero con circunstancias tan raras y maravillosas que no será poco halle su verdad el crédito de Historia, en los tiempos más apartados de los mismos sucesos. Bien diferentes los esperaba la Puerta Otomana después de recobrada del desmayo, que tres meses le había durado, del peligro de Buda. Pues con este mismo impulso se aplicó a tales prevenciones que, si las lograra, pudieran bastar no solo a restaurar sus pérdidas de Ungría, pero también a resucitar el crédito que se le quedó sepultado en los ataques de Viena. Materia, con todo, en que no nos detendremos mucho, ni tampoco en los apercebimientos de las tres Potencias christianas confederadas, para darnos más priessa azia las operaciones, de cuyas noticias es, con razón, más deseosa la curiosidad de los fieles”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Pág. 87).

“Ocho días después de terminada la empresa, concurrieron de la Corte Imperial gran número de curiosos de todos estados a gozar de más cerca de tan afamado triunfo y, entre otros, el General de la Orden referida de San Francisco, que trajo consigo algunos religiosos para el servicio de la misma iglesia que, expurgada y consagrada de nuevo por el propio Prelado, supliesse la falta de la parroquial hasta su restauración, de que ofreció cuidar el Arçobispo de Strigonia, Primado del Reyno de Ungría, como assí mesmo contribuir para la reparación de las fortificaciones, juntamente con el Cardenal Nuncio apostólico, de orden de Su Santidad. Tampoco se olvidaron desde entonces los arbitrios para bolver a poblar aquella ciudad, haviendo los naturales que permanecieron en ella, después de sujuzgada, perecido casi todos debajo de la opresión infiel, o passadose a la mahometana superstición y, los que salieron con el presidio christiano, disipadose en veinte y tres años de destierro. Mas como en esta materia política necessitasse de algún tiempo para resolverse y executarse, la dejaremos seguir el curso en que la huvieren puesto sus directores, para acudir a otra más propia de nuestro assumpto”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Págs. 129 y 130).

“Y aunque esta carta fue encaminada algunos días después de retirado el ejército infiel a la otra parte del Danubio, no dejaremos de ponerla aquí, y aun correr la pluma, resumiendo otras diligencias, que antes y después de esta, entablaron los otomanos (todas igualmente infrutuosas en esta dependencia), por no interromper de nuevo con ella el hilo principal de acontecimientos

militares, más plausibles y propios de nuestro argumento. Dezía pues, la carta, así... (*Flor Segundo*. Año 1685. Pág. 134).

“Mas, antes de franquear a las tropas el saqueo, fue preciso assegurar la conquista en el estrago y prisión de los vecinos y poner fuertes guardias en las avenidas del castillo, lo qual cumplido por la mañana, se empleó toda la tarde en esa otra diligencia, que no pudo ser sin mezcla de nuevas muertes y prisiones de muchos infieles escondidos, pudiéndose acortar la pintura de los varios espectáculos de aquel día (horrorosos, aun executados en enemigos de Dios), con dezir experimentaron mucha parte del mayor rigor que permite y manda la Ley de la más justa Guerra”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Pág. 140).

“Otras muchas plazas, y puestos ganados en la Ungría superior, nos podrían detener en su descripción, pero como acerca de ellos falta mucho que averiguar en tanta distancia, las suspendemos hasta otra ocasión, como assí mesmo lo que toca a la pertinacia de la Princesa Ragotzi, al asedio de Mongatz, a la liberación de Tekeli, de cuyas materias, tocando ya tanta parte al año corriente de M.DC.LXXXVI, pediremos a Dios nos dé vida y salud para poderlas insertar legalmente, según el fin que tuvieren, en el FLORO de este mesmo año, en que por tantas señas nos promete la Divina misericordia nuevas y más capitales vitorias de que alabar su Santísimo nombre, y consagrar (en quanto diere de sí nuestro limitado talento) sus gloriosas memorias a la eternidad”. (*Floro Segundo*. Año 1685. Pág. 171).

Y hasta aquí, esta breve presentación de los dos primeros *Floros Históricos* de Francisco Fabro Bremundan que, por buena ventura, entregamos a vuestra atención. Ojalá los disfruten. VALE.



BIBLIOGRAFÍA.

- Cátedra García, Pedro Manuel (dir.) y Díaz Tena, María Eugenia (ed. lit.). *Géneros editoriales y relaciones de sucesos en la Edad Moderna*. Universidad de Salamanca. Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas. Actas, 7. 2013.
- Delgado Casado, Juan. *Diccionario de impresores españoles. Siglos XVI-XVII*. Madrid, Arco Libros, 1996. 2 vols.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Historia de los hechos del serenísimo señor don Juan de Austria en el Principado de Cataluña. Escriviola... Criado de Su Magestad y Oficial Mayor de Lenguas de las Secretarías de Estado y Guerra de Su Alteza*. Çaragoça, en la imprenta de Diego Dormer. Año MDCLXXIII.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Viage del Rey nuestro señor D. Carlos II al Reyno de Aragón. Entrada de Su Magestad en Zaragoza, Juramento solemne de los Fueros y principio de las Cortes Generales del mismo Reyno el año MDCLXXVII. En relación diaria y dedicada a Su Magestad*. En Madrid, en la imprenta de Bernardo de Villadiego, impressor de Su Magestad. Año MDCLXXX.

- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos, Mehemet IV, contra Leopoldo I... el año MDCLXXXIII; traducido de italiano en castellano, y añadido de los sucesos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan*. Madrid, por Bernardo de Villadiego, a costa de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1684. 4º. 67 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Segunda parte, que contiene los sucesos de los años MDCLXXXIV y MDCLXXXV; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan...* Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. 1686. 4º. 231 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Tercera parte, que contiene los sucesos del año MDCLXXXVI*. Madrid, en la imprenta de Antonio Román, a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. Véndese en su casa, en la Puerta del Sol. 1687. 4º. 252 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Cuarta parte, que contiene los sucesos del año MDCLXXXVII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan*. Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, librero de Cámara de S. M. y curial de Roma. 1688. 4º. 223 pp.
- Fabro Bremundan, Francisco. *Floro histórico de la guerra sagrada contra turcos. Quinta parte, que contiene los sucesos del año MDCLXXXVIII; escrivióle don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, y su secretario de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte*. Madrid, en la imprenta de Antonio Román a expensas de Sebastián de Armendáriz, véndese en su casa. 1690. 4º. 240 pp.
- Lamarque, Pilar. “Algunas noticias sobre Francisco Fabro Bremundans”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIII, 1. Madrid, 1966. Págs. 237-244.
- Lamarque, Pilar. “Cartas de Francisco Fabro Bremundans al Dr. Diego J. Dormer”, en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 23-24. Zaragoza, Institución Fernando el católico, 1971. Págs. 191-201.
- Pérez de Guzmán y Gallo, Juan. *Bosquejo histórico-documental de la Gaceta de Madrid*. Madrid, 1902
- Valera Hervías, Eulogio. *Francisco Fabro de Bremundans (1621-1698)*. Conferencia leída el día 9 de mayo con motivo del Cincuentenario de la Hemeroteca Municipal de Madrid. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1968.
- Valera Hervías, Eulogio. “Francisco Fabro Bremundans, Gacetero del Reino”, en *diario ABC*. Madrid, 21 de mayo de 1961.
- Valera Hervías, Eulogio. *Gazeta Nueva, 1661-1663. Notas sobre la historia del periodismo español en la segunda mitad del siglo XVII*. Madrid y Murcia, Nogués, 1960.

F L O R O
HISTORICO
DE LA G V E R R A

MOVIDA POR EL SVLTANDE LOS
Turcos Mehemet IV.

CONTRA EL AVGVSTISSIMO
LEOPOLDO PRIMERO,
EMPERADOR DE ROMANOS, &c.

EL Año MDC.LXXXIII.

TRADVCIDO DE ITALIANO EN CASTELLANO,
y añadido de los successos posteriores à la libera-
cion de Viena.

P O R

DON FRANCISCO FABRO
*Bremundan, del Consejo de Su Mag. su Secre-
tario, è Interprete de la Lengua Latina, en la
Secretaria de Estado del Norte; que le dedica*

A

LA REYNA MADRE NVESTRA SEÑORA

DOÑA MARIA ANA

DE AVSTRIA:

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID. En la Imprenta de Bernardo de Villa-Die-
go, Impressor de Su Mag. Año M.DC.LXXXIV.

A costa de Sebastian de Armendariz, Librero de Camara
de Su Mag. Vendese en su casa en la Puerta del Sol.

Floro histórico de la guerra movida por el Sultán de los turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo Primero, emperador de Romanos... el año MDCLXXXIII. Traducido de italiano en castellano y añadido de los sucessos posteriores a la liberación de Viena por don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, su secretario e intérprete de la lengua latina en la Secretaría de Estado del Norte, que la dedica a la Reyna Madre, nuestra señora, doña María Ana de Austria. Con Privilegio. En Madrid. En la imprenta de Bernardo de Villadiego, Impressor de Su Magestad. Año MDCLXXXIV. A costa de Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara de Su Magestad. Véndese en su casa en la Puerta del Sol.

SEÑORA.

A las augustas aras de V. Magestad ofrezco postrado el sacrificio de los innumerables bárbaros que, en el assedio de Viena y en los campos de Ungría, pagaron el año passado, mil seiscientos y ochenta y tres, con la vida el impío y perjuro atrevimiento de su tirano dueño. Venciéronlos, extermináronlos las invencibles armas del gran Leopoldo, haviéndose juntado para tan grande hazaña las águilas del Imperio y de Polonia, diversas en los colores y (por singular disposición divina), unas en el christiano empeño. Mas quien alcanço del cielo la felicidad a sus heroicos alientos fue la piedad de V. Magestad. Quántas oraciones, rogativas, ayunos, lágrimas y obras de caridad no costó al católico cuydado y fraternal cariño de V. Magestad. Bien lo dijieran los testigos más inmediatos de los santos exercicios de V. Magestad, a no vedárselo su modestia soberana. Mas callen muy enorabuena, que nos basta lo que la voz del Pueblo, voz de Dios, suple de su silencio, agradeciendo a V. Magestad en aplausos y bendiciones lo mucho que ha contribuido a tan inestimable beneficio. Dichoso el que pudiera contar lo que antes devía la monarquía a V. Magestad. Pero cómo cupiera en ponderación humana la deuda que todos le confessamos del mayor y mejor de los reyes. Quién pudiera explicar los desvelos y afanes y (quizá mejor) los milagros con que, V. Magestad, cuydó de sus Coronas durante los diez años de la más difícil y más penosa Regencia que han visto los mortales. Y si la antigüedad admiró tanto la fábula misteriosa de Atlante con el Orbe Celeste a los hombros, quánto más nos deve admirar el haver visto realmente llevar, a V. Magestad, el peso de dos Mundos y salvarlos de los mayores esfuerços de un enemigo que, la mitad poderoso que aora, puso más de una vez en cuydado al mayor de los césares austriacos. Pero cessa

mucha parte de la maravilla quando consideramos a V. Magestad heredera y poseedora actual de todas las virtudes que más ilustraron en común, y en particular, las gloriosas vidas de sus augustísimos progenitores. Y, sobre todo, las que más conducen a gobernar el Mundo y merecer el Cielo. Él guarde a la C. R. Persona de V. Magestad como la christiandad ha menester.

Don Francisco Fabro Bremundan.

Aprobación del Padre Fr. Andrés de Fuenmayor, ex ministro Provincial de la provincia de Burgos, confessor de las señoras Descalças Reales, etc.

Por comission del señor don Antonio Pasqual, auditor de la Sacra Rota Romana, arcediano de las Selvas, dignidad de la santa iglesia de Girona y vicario general de esta villa de Madrid y su partido, he visto el *Floro Histórico de la Guerra movida por el Sultán de los Turcos Mehemet IV, el año MDCLXXXIII, contra la augustíssima Casa y el Sacro Romano Imperio, traducido de la lengua italiana por don Francisco Fabro Bremundan, del Consejo de Su Magestad, y su secretario y oficial intérprete de la Lengua Latina en la Secretaría de Estado del Norte*. Y habiendo el Autor merecido hasta aora la grande estimación, que es notoria por sus muchas letras y, especialmente, por los muchos escritos históricos que ha dado a la luz, y los que tiene para publicar, en que entiendo comprehende gran parte de lo más memorable del reynado de nuestro gran monarca Felipe Quarto, que de Dios goza en la vida y hechos de don Luis de Benavides, Marqués de Caracena, observados y trabajados en más de quarenta años que sirve a Su Magestad con la aprobación que se cifra en sus empleos, siendo el presente libro por la materia, el estilo y el cuidado de la verdad, digníssimo de que le vean todos. No solo me parece no tiene inconveniente el publicarle, pero le hallaría en que se dilatasse un solo día el satisfazer a la curiosidad universal, ansiosa de lograr el consuelo de las más estimables y plausibles noticias con que la divina providencia manifestó jamás su poderosa protección a la militante iglesia. Deviéndose especialmente al secretario don Francisco Fabro el haverle pulido, continuado y amplificado desde la marcha de los exércitos de la Liga Sagrada la buelta de Barkan, (en que le dexó su primer autor Anónimo) hasta la toma de Zerchim, y total conclusión de tan heroyca campaña en los quarteles de imbierno, valiéndose para ello de los materiales seguros y legales que le ha subministrado su ministerio y de la singular habilidad que Dios le ha dado para mayores obras. Hallando pues, en esta nueva muestra de su zelo para el bien común, muchas cosas de suma edificación a gloria de Dios y de nuestra santa fe, y nada en contrario ni de las

buenas costumbres, es mi sentir y mi deseo de que luego se dé a la estampa y corra por todos estos Reynos. Esto parece, salvo meliori, en este Real convento de las Descalças de Madrid, a tres de febrero de mil seiscientos y ochenta y quatro.

Fray Andrés de Fuenmayor.

Licencia del ordinario.

Nos el Doctor D. Antonio Pasqual, arcediano de las Selvas, dignidad y canónigo en la santa iglesia de Girona, auditor de la Sacra Rota y vicario de esta villa de Madrid y su partido, por la presente, y por lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir e imprima el libro intitulado, *Floro Histórico de la Guerra movida por Mahometo Quarto contra la Augustíssima Casa*. Atento que de nuestra orden y comission se ha visto y reconocido y no contiene cosas contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres. Fecha en Madrid, a diez y siete de febrero de mil seiscientos y ochenta y quatro años.

Doctor Pasqual.

Por su mandado, Lucas de Cavañas. Not.

Aprobación del Padre Juan Cortés Ossorio, de la Compañía de Jesús, calificador del Consejo Supremo de la Inquisición, revisor de las librerías de Madrid y catedrático de Teología en los Estudios Reales del Colegio Imperial. Teólogo de Su Magestad.

Mándame, V. A., examinar este libro intitulado *Floro histórico*, que de lengua italiana traduce en nuestro idioma don Francisco Fabro Bremundan, secretario del Rey nuestro señor, etc. Mas, por ser el assumpto de la obra tan piadoso y tan heroyco, confieso que la curiosidad facilitó de tal modo la obediencia, que casi le quitó el merecimiento, porque atendiendo al crédito que, de los curiosos, ha grangeado el Traductor, por su mucha erudición, buenas noticias y cuydadoso estilo, no solo induce a que se vea esta obra, más por estudio que por censura, sino que parece forçoso concurrir al abono de sus aciertos sin desdezir del universal aplauso. Lo cierto es que, siendo tantas las prendas de que necessita una perfecta Traducción, no solo ha conseguido el Autor el manifestarlas, sino que con nuevos realces añade primores al mismo original de quien translada. Un elegante pintor acreditó su arte, y su pincel, con hazer un retrato del Rey Antígono sin pintarle el defecto de la vista, que industriosamente ocultó con el lado que no era defectuoso, pero el Autor no se contenta solo con dissimular algunos descuydos del Anónimo, a quien copia, sino que las sombras se las convierte en luzes y, los borrones que manchavan la obra con fealdad, los convierte en las facciones de una perfecta

hermosura. Por esta causa pues, y porque la materia es tan sagrada como la defensa de la ley divina y la protección que Dios muestra con su iglesia y, juntamente tan admirable y rara que apenas se pueden leer en las Historias ni tan generosas hazañas ni victoria tan ilustre, no solamente promete la aprobación de todo el pueblo christiano, sino también que asegura tanta distancia de oponerse a nuestra santa fe, y a las buenas costumbres, que antes convendrá que se publique para consuelo de la piedad, y para excitar el agradecimiento debido a la Magestad divina por tan singular favor, y despertar el religioso zelo de los católicos para merecer y pedir el que se continúe. Esto parece, salvo meliore, etc. En el Colegio Imperial de la Compañía de Madrid, y febrero 1 de 1684.

Juan Cortés Ossorio.

Compendio del Privilegio.

Tiene Privilegio Sebastián de Armendáriz, Librero de Cámara de Su Magestad, para que por tiempo de seis años pueda imprimir y vender un libro intitulado *Floro Histórico de la Guerra movida por Mehemet IV contra la Augustísima Casa*, y no a otra persona, so las penas en dicho Privilegio contenidas. Ni que ninguna persona pueda introducirle en estos Reynos, de fuera, sin su consentimiento como más largamente consta del original, despachado en el oficio de Miguel Fernández de Noriega, secretario de Su Magestad y su Escrivano de Cámara de Gobierno del Supremo de Castilla. En Madrid, a 20 de enero de 1684.

FEE DE ERRATAS.

Pág. 48, lín. 24. Genizaron, lee Genízaros. Pág. 54, a la buelta, lín. 1. Llevadale, lee, llevada.

Este libro intitulado *Floro Histórico de la Guerra contra los Turcos*, advirtiendo estas erratas, concuerda con su original. Madrid y febrero diez y siete, de mil seiscientos y ochenta y quatro años.

Lic. Don Francisco Murcia de la Llana.
Corrector general por Su Magestad.

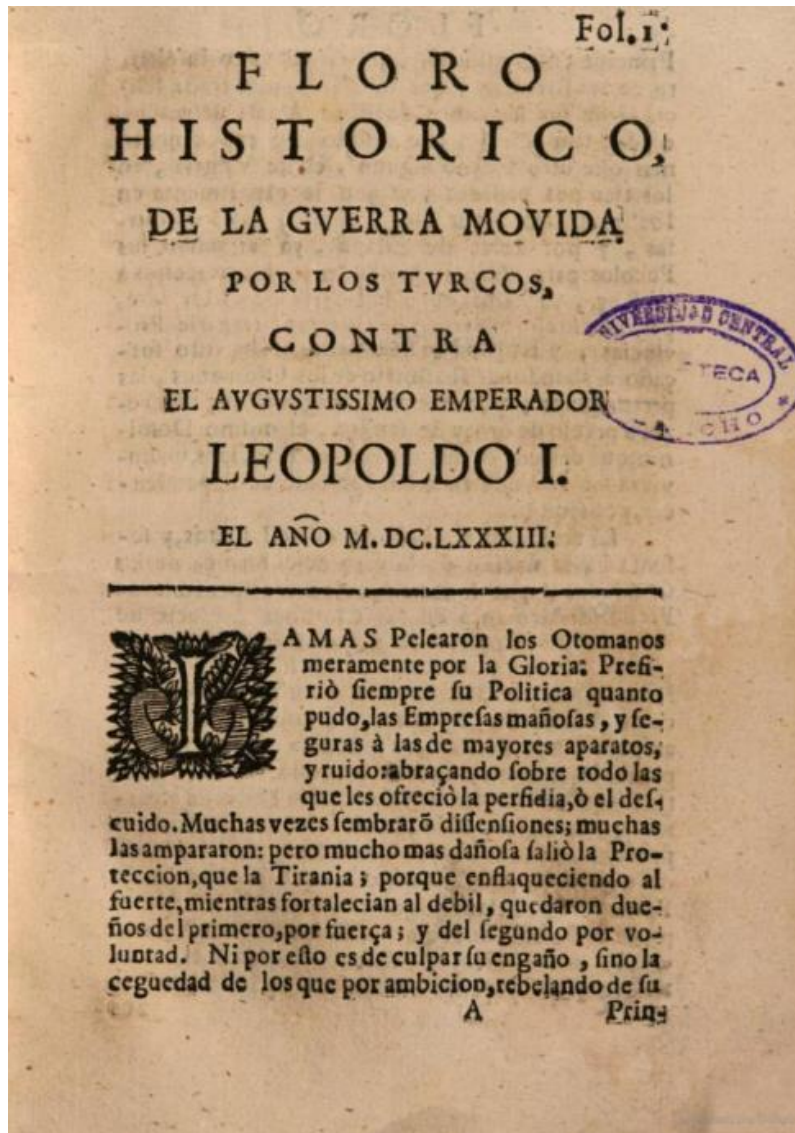
SUMA DE LA TASSA.

Tassaron los señores del Consejo Real a ocho maravedís cada pliego del *Floro Histórico*, como más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Miguel Fernández de Noriega, secretario de Su Magestad y su Escrivano de Cámara en el Real de Castilla. En Madrid, a diez y ocho de febrero de mil y seiscientos y ochenta y quatro.

DON FRANCISCO FABRO al Lector discreto.

Si mi juizio puede valer algo para la calificación de esta obra, direte me prendió tanto desde que la vi en su primer idioma italiano que, haviéndola hallado sin nombre de padre, resolví adoptarla por medio de la Traducción. Y, aun para hazerla más mía, añadirla de mi mano los sucessos en que se terminaron las magnánimas fatigas de la Liga Sagrada el año passado.

Llamola su primer Autor *Ragguaglio*, pareciéndole con esto distinguirla con alguna ventaja de las *Relaciones* y *Diarios* diversos del mismo assumpto que corrían por la Europa. Confiéssote mi duda de si lo acertó, assí por valer la voz de “*Ragguaglio*” en la significación aun abusiva que la usó el Bocalini, y la usaron otros modernos, lo mesmo que *Relación*, como porque, a mi entender, no desmerecía el título de Historia. Devió, sin duda, quien la escribió, para negársele, tener concebida una idea mucho más sublime que otros del nombre y requisitos de la Historia. En cuyo examen no me alargo, por ser contingente el que me llevase la pluma a una muy prolija dissertación, que quizás no leerías. Assí pues, diré solamente que este Escrito, ni por la brevedad ni por lo que contiene, desmerecía, a mi corto entender, aquel blasón más honroso. Pues quál de las más clásicas Historias (que fue el escrúpulo que atajó al Autor) no se rige por la orden del tiempo, y aun de los días. Tampoco la hazía indigna del propio honor alguna desigualdad del estilo. Antes bien, hallo la hermosea el mismo lunar. Quién presumiera sugetar a explicarse con reglas las passiones más desregladas del gozo y del dolor. Diga el contento con que se bevieron aquellas noticias (hijas de la providencia superior) donde reyna la lengua italiana, y las ansias con que se solicitan en español, si se reparó o se reparará en verlas más o menos peynadas. No te digo nada de lo añadido a la edición estrangera por dejártelo dezir todo y doblarme, desde luego, con esta resignación, a tu censura, no desconfiando el que me anime a servirte con Obras propias y de más bulto. Assí vivas contento y dichoso.



***Floro Histórico de la Guerra movida por los Turcos
contra el augustísimo Emperador Leopoldo I.
El año MDCLXXXIII.***

Jamás pelearon los otomanos meramente por la gloria. Prefirió siempre su Política, quanto pudo, las empresas mañosas y seguras a las de mayores aparatos y ruido, abraçando sobre todo las que les ofreció la perfidia o el descuido. Muchas veces sembraron dissensiones, muchas las ampararon, pero mucho más dañosa salió la Protección que la Tiranía porque, enflaqueciendo al fuerte mientras fortalecían al débil, quedaron dueños del primero, por fuerza, y del segundo por voluntad. Ni por esto es de culpar su engaño, sino la ceguedad de los que, por ambición, rebelando de su príncipe, más quisieron sujetarse al yugo insolente de los bárbaros que tolerar la moderada felicidad de sus legítimos dueños. A esta desgracia o (dígase mejor) a este castigo, le

experimentó más que otro Reyno alguno el de Ungría en los tiempos passados. Y aún le experimenta en los presentes, que por ligeras y vanas causas y por zelos de Estado, ya armando sus pueblos para usurpar injustamente los derechos a su Rey, ya llamando a la Puerta del Oriente para que suelte borrascas de guerras a tragarse provincias y reynos, finalmente se ha visto forçado a abandonar al arbitrio de los otomanos las pretensiones y la libertad, pagando muchas vezes a precio de oro y de sangre el mismo Dominio que, debaxo de sus verdaderos príncipes, no huviera sido más que un título aparente de dependencia y obsequio.

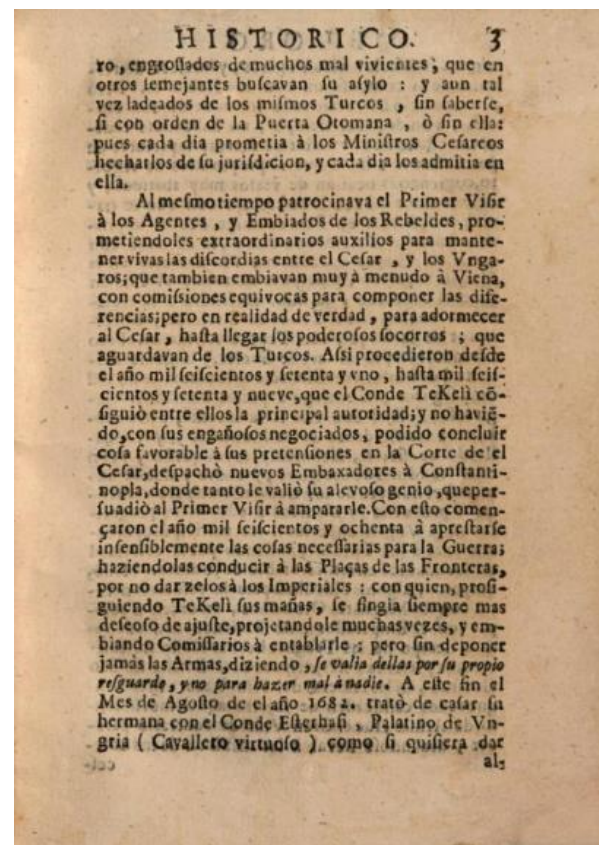
La rebelión que el año de mil seiscientos y sesenta había nacido de la vana desconfianza de los Condados, por la introducción indispensable de presidios alemanes en sus ciudades, creció de bien débiles principios a grande altura alimentada del interés y ambición de los magnates, acelerándose a rematar sacrílegamente en el estrago de su mismo Rey y señor, si Dios, que en la tierra ampara con particular asistencia sus más conspicuas imágenes, no huviera retorcido el rayo contra los que le dirigían y la espalda desleal a escarmentar la misma infidelidad. Ni las azechanças prevenidas por el Conde Pedro Zrin [[Petar Zrinski-Croata](#)] contra la vida del clementísimo César en los contornos de Potendorf [[Pottendorf-Austria](#)], ni el fuego que el Conde Nadasli [[Férenc III Nádasdy-Hungría](#)] hizo pagar al palacio nuevo de la emperatriz de Viena el año mil seiscientos y sesenta y ocho, ni el veneno con que se procuró inficionar el agua de los pozos de la Corte y palacio imperial **el año mil seiscientos y setenta**, tuvieron más efecto que el de confundir el impío ingenio de los artífices de aquellas maldades y la malicia horrorosa de los traydores. Aturdida quedó la misma perfidia en el execrable combite prevenido al Emperador y a toda la Corte, por el Nadasli, en un Lugar suyo, donde haviendo trazado quitar la vida a Su Magestad Cesárea con un pastel avenestado, quiso la providencia divina que la propia muger del conde, aborreciendo de tan imponderable patricidio, mandasse al cocinero hacer otro pastel semejante y exquisito. Y quitado el avenestado, pusiesse estotro en su lugar, lo qual conocido del Nadasli, avenenó a la inocente esposa y, con sus propias manos, mató al cocinero porque la huviesse revelado el secreto. Entretanto, no cessavan las tramas ocultas con la Puerta Otomana porque se determinasse a invadir los Estados de la augustísima Casa, llevándolas con profundo secreto el Zrin y el Marqués Francisco Frangipani [[Francesco Cristoforo Frangipani](#)], su cuñado, con quien también estava coligado el Conde de Tatembach, consejero del gobierno de la provincia de Stiria, dueño de considerables Estados en el condado de Chilea. Pero este por disposición divina, acusado de su mismo secretario y, los Tratados, de los demás, comunicados por el intérprete Panaioti [[Panagiotis Nikousios, 1613-1673, primer gran dragomán de la Sublime Puerta de origen cristiano](#)] al residente imperial en Constantinopla, convencidos de sus propias cartas halladas en cinco caxones de papeles, quando se sorprendió la fortaleza de Murano,

donde solían tener sus juntas secretas. Presos, procesados y, finalmente, sentenciados a muerte fueron degollados. **El Nadasli en Viena y, el Zrin con el Frangipani, el propio día treinta de abril de mil seiscientos y setenta y uno en la ciudad de Neustar [Wiener Neustadt]. Y siete meses después, el primer día de diziembre** (por no haverse terminado antes su causa), el Conde de Tatembach, en el palacio del Consejo de Gatz [Gratz-Austria].

Creyó el César que el fin infeliz de los caudillos sería escarmiento bastante a los sequazes y que, implorando el perdón, evitarían el castigo que por sí mismos confessavan merecer. A este efecto, templando los rayos de la justicia con el rocío de la clemencia, publicó **a seis de junio de mil seiscientos y setenta y uno, con edicto solemne, el perdón general de los traydores**. Pero con calidad que ni los citados a comparecer, ni los capitulados, ni los huidos a países estraños, ni los contumazes, se entendiessen comprehendidos en el indulto si no comparecían a disculparse personalmente en la Corte. Mas ni el castigo, ni la piedad, bastaron a curar el achaque de los ánimos que, una vez mal dispuestos contra su Señor hasta quererle privar de vida y Estados, eran ya incapazes de ablandarse con los lenitivos de la clemencia.

Murieron aquellos principales traydores, pero no con ellos la rebelión y, de aquellas quatro cabeças cortadas, brotaron otras infinitas a la hidra de la infidelidad. A los excluidos los irritó más el perdón publicado y los comprehendidos abusaron de él. Unidos pues, los primeros con estos otros, eligieron nuevos caudillos con pretexto de la libertad de conciencia y de los Privilegios del Reyno. Y ganados con estos motivos (justificados en la apariencia, pero dañosísimos en la realidad) los ánimos de los Condados, fuertes en votos y armas, salieron repetidas vezes en campo abierto contra los cesáreos peleando con varia fortuna, ayer vencidos y oy vencedores, pero finalmente casi aniquilados con el valor del General Caprara [Enea Silvio Caprara, 1631-1701]. Sin embargo, siempre bolvieron a crecer en mayor número, engrossados de muchos mal vivientes que en otros semejantes buscavan su asylo y, aun tal vez ladeados de los mismos turcos, sin saberse si con orden de la Puerta Otomana o sin ella, pues cada día prometía a los ministros cesáreos hecharlos de su jurisdicción, y cada día los admitía en ella.

Al mesmo tiempo patrocinava el Primer Visir a los agentes y embiados de los rebeldes,



prometiéndoles extraordinarios auxilios para mantener vivas las discordias entre el César y los úngaros, que también embiaban muy a menudo a Viena con comisiones equívocas para componer las diferencias, pero en realidad, de verdad, para adormecer al César hasta llegar los poderosos socorros que aguardaban de los turcos. **Assí procedieron desde el año mil seiscientos y setenta y uno hasta mil seiscientos y setenta y nueve**, que el Conde Tekeli [Emérico Thököly- Príncipe de Hungría del Norte, 1682-1685 y Príncipe de Transilvania, sept.-oct. 1690] consiguió entre ellos la principal autoridad. Y no habiendo, con sus engañosos negociados, podido concluir cosa favorable a sus pretensiones en la Corte del César, despachó nuevos embaxadores a Constantinopla, donde tanto le valió su alevoso genio que persuadió al Primer Visir a ampararle.

Con esto, començaron **el año mil seiscientos y ochenta** a aprestarse insensiblemente las cosas necessarias para la guerra, haziéndolas conducir a las plaças de las fronteras, por no dar zelos a los imperiales, con quien prosiguiendo Tekeli sus mañas, se fingía siempre más deseoso de ajuste projetándole muchas vezes y embiando comissarios a entablarle, pero sin deponer jamás las armas diziendo *se valía de ellas por su propio resguardo y no para hazer mal a nadie*. A este fin, **el mes de agosto del año 1682**, trató de casar su hermana con el Conde Esterhasi [Pablo I Esterházy de Galántha, 1635-1713], palatino de Ungría (cavallero virtuoso), como si quisiera dar alguna satisfacción a los úngaros y huviera de terminarse la composición con los rebeldes. Pero se reconoció haver sido todo introducido con cautela, a fin de ganar tiempo, no hallándose todavía en estado de contrastar las fuerças superiores de los cesáreos, hasta que el propio mes de agosto, cogiendo la ocasión de verlos muy abatidos y desminuidos del continuo trabajo con que se havían de sustentar en país enemigo, rotos improvisamente los Tratados de Pazes, se adelantó con todas sus tropas a Cassovia [Košice- Eslovaquia], plaça fuerte en la Ungría superior y, después de talado el país en todo el contorno, la sitió.

Defendiose valerosamente muchos días el Conde de Strasoldo, Gobernador de la plaça, con tropas alemanas. Pero faltándole las provissions de guerra y la gente bastante a defender una ciudad, cuyos naturales no eran muy seguros, la entregó a pactos honrados. Orgulloso Tekeli con este feliz suceso, passó adelante a las ciudades de las montañas y, no hallando oposición, fácilmente las conquistó y, con ellas, las minas de oro, plata y cobre, donde aumentó el número de los trabajadores para aumentar el provecho. Y añadidos a estos, otros progresos en la Ungría superior, los participó oportunamente a los turcos instando por la celeridad de los auxilios en tan favorable coyuntura. Halló empero, alguna dificultad para la resolución total con los magnates otomanos en orden a romper con el emperador, no habiendo aún expirado el tiempo de las treguas hechas el año mil seiscientos y sesenta y [tres, sic] cuatro [Tratado de Vasvár (Paz de Eisenburg), 10 de agosto de 1664], después de la batalla de San Gotardo [1 de agosto de 1664]

en las riberas del río Raab [Szentgotthard-Hungría]. Mas, aunque todos calificassen de injusto aquel movimiento de armas, fue el Gran Visir de contrario parecer, dexándose llevar a las máximas de sus antecesores que, para mantener su dignidad en tiempo de emulaciones, tuvieron por acertado empeñar al Sultán en alguna guerra importante a adquirir Fama y establecerse mejor en su cargo, disfrazando empero su intención secreta con la precisión de recobrar a Javarin [Györ-Hungría], donde habiendo havido mezquitas, y hallándose sepultados muchos musulmanos, era obligado (según dezía) por religión a restaurar aquella plaça. Assí, tragándose reynos con la imaginación, y soñando vitorias, despachó a todas las partes del Imperio y hasta los Reynos más remotos del Asia, para que encaminassen milicias escogidas y numerosas la buelta de Ungría.

Esto, penetrado por el Conde Alberto Caprara [enviado extraordinario a la Sublime Puerta en 1682 para renovar el Tratado de Vasvár], ministro de Su Magestad Cesárea en Constantinopla, lo escribió luego a Viena para que se hiziessen las prevenciones posibles contra este nublado. Sobre este aviso, despachó luego el César las órdenes para reclutar a su número cabal los Regimientos veteranos y formar otros nuevos. Embió consecutivamente ministros a las Cortes de los Príncipes de Alemania. Y también al Rey de Polonia, Juan Tercero [Juan III Sobieski, 1674-1696], a quien despachó el Conde de Valstein con poder y comisión para establecer una Liga ofensiva y defensiva contra el enemigo común, siendo bien notorio en la Corte cesárea que este invictísimo Príncipe, cuya real púrpura se había teñido en sangre infiel, desde quando se hallava exerciendo el puesto de Gran General de su patria, vendría con mucha voluntad en una confederación de tantas consecuencias y de tan alegres esperanças a la christiandad. Mas porque las determinaciones que penden del arbitrio de muchos, suelen las más vezes madurarse tarde y con dificultad, para obviar todo lo posible a ello, fue luego convocada una **Dieta**, que después se juntó **el mes de marzo del año mil seiscientos y ochenta y tres**, en que vencidos finalmente los peligrosos contrastes de diferentes magnates que ocultamente procuravan sembrar cizaña, con sumo consuelo de todos los enemigos de la secta de Mahoma, fue milagrosamente **concluida a 18 de abril la Santa Liga**, con los capítulos siguientes [aunque las negociaciones y preparativos se iniciaron en Roma en la primavera de 1683, el documento de la alianza se firmó formalmente el 5 de marzo de 1684 en Linz-Austria, siendo posteriormente ratificado en Roma por la Santa Sede].

Primeramente. Que la ofensiva haya de durar hasta tiempo de poder assentar una Paz ventajosa para ambas Coronas y, la defensiva, a perpetuidad.

En segundo lugar. Que la hayan de jurar, por y en los nombres de Su Magestad Cesárea y de Su Magestad Polaca, los eminentísimos cardenales Pío [Carlo Pio de Savoia] y Barberino [Carlo Barberini], en Roma, en manos del Pontífice [Inocencio XI].

Tercero. Que, de parte de Su Magestad Cesárea, se renuncian todas las pretensiones que pudiesen resultar del Tratado hecho en tiempo de la Guerra con Suedeses, tocante a auxilios, y que se restituya y aniquile el Diploma de la Elección del Rey.

Quarto. Que recíprocamente renuncian el Rey y la República de Polonia a todas las pretensiones recíprocas que resulten del mismo Tratado.

Quinto. Que ni una ni otra parte pueda sola pactar, ni acetar la Paz, y sea necesario el consentimiento común de ambas.

Sexto. Que los sucessores y herederos queden obligados a la misma confederación.

Séptimo. Que sea limitada solamente para ocasión de guerra con el turco, sin jamás poder estender a otra guerra.

Octavo. Que el Emperador haya de tener en pie setenta mil hombres, comprendiéndose en este número los presidios de Ungría y, el Rey de Polonia, quarenta mil, durante la guerra ofensiva.

Nono. Que dicha guerra haya de moverse en diferentes partes. Esto es, por el Emperador, para recobrar las plazas de Ungría y, el Rey de Polonia, por Kamenice, Podolia y Ukrania.

Déximo. Que, para acelerar las tropas, Su Magestad Cesárea haya de anticipar y desembolsar al Rey de Polonia ducientos mil reales de a ocho, con calidad que dicha suma pueda baxarse y satisfacerse con las dézimas que el Pontífice concediere a la Polonia.

Undéximo. Que sean combidados a esta Liga todos los demás Reyes y Príncipes christianos, pero no de otra suerte que con el consentimiento de ambas Coronas y, particularmente, los Czares de Moscovia.

Havía ido desde el año antes que se concluyesse esta Liga, a cinco de noviembre, el Conde de Martiniz por Italia a implorar auxilios del Sumo Pontífice y otros potentados, en que tuvo muy buen efecto la comisión, pues Su Santidad dispuso de un millón de escudos para remitirlos en Letras a su Nuncio en Viena, sucessivamente. También publicó el Consejo de Guerra, a veinte y dos de noviembre, un

Edicto por todas las provincias hereditarias que todos los vassallos huviesen de pagar uno por ciento de todos sus bienes, de que se recogió una cantidad considerable de dinero en las arcas de la guerra. Assimismo fue embiado el Barón de Valendof, **a 29**, a los quatro Electores del Rhin procurando socorros, pero con poca suerte por hallarse aquellos Príncipes con temor de las armas cercanas de Francia.

Entre tanto, haviendo Tekeli sacado cien mil escudos de oro de las minas, hizo batir monedas con su efigie y el título de Príncipe de la Ungría superior y, ordenó, **a nueve de octubre**, a los padres jesuitas de Cassovia [Košice-Eslovaquia] de pagarle quarenta mil pesos por su rescate, señalando en ambas acciones la rebelión duplicada a su legítimo Señor y a Dios mismo. Sin embargo, se atrevió a embiar otra vez al Emperador solicitando una suspensión de armas y ciertos districtos donde poder inventar con sus tropas. Y alcanzó uno y otro, pensando reducirle aquella Corte a su parcialidad, pero con condición que restituyesse a los imperiales las ciudades de las montañas y las minas.

A este mismo tiempo, advirtió de nuevo el Conde Alberto Caprara al Emperador no había esperança de ajuste con los turcos, que persistían en sus extravagantes pretensiones de que Su Magestad Cesárea les cediese Comorra [Komáron-Hungría] y Javarin [Győr-Hungría], y demoliesse todas las fortalezas y castillos hasta Viena y, además, pagasse quatro millones de oro por los gastos de la guerra. Y haviéndose sabido los inmensos aprestos que hazían en almacenes de avena, heno, trigo y maderos para puentes, diziendo claramente precedería la empresa de Viena a todas las demás, por no perder tiempo con las plazas de menos suposición. Trató el César de levantar nuevos regimientos y, los polacos, le concedieron quatro mil hombres debaxo del mando del Príncipe Lubomirski. Entonces, despachó al Conde de Lamberg por embiado a las Cortes de Saxonia y Brandemburg a solicitar socorros correspondientes al previsto aprieto.

Entretanto **Tekeli**, por medio de sus embaxadores, **ajustó en Constantinopla sus Convenciones y pactos de tributario y vassallo**, que fueron de este tenor.

Primero. Que haya de ser declarado Rey de Ungría.

Segundo. Que haya de pagar anualmente a la Puerta cincuenta mil reales de a ocho.

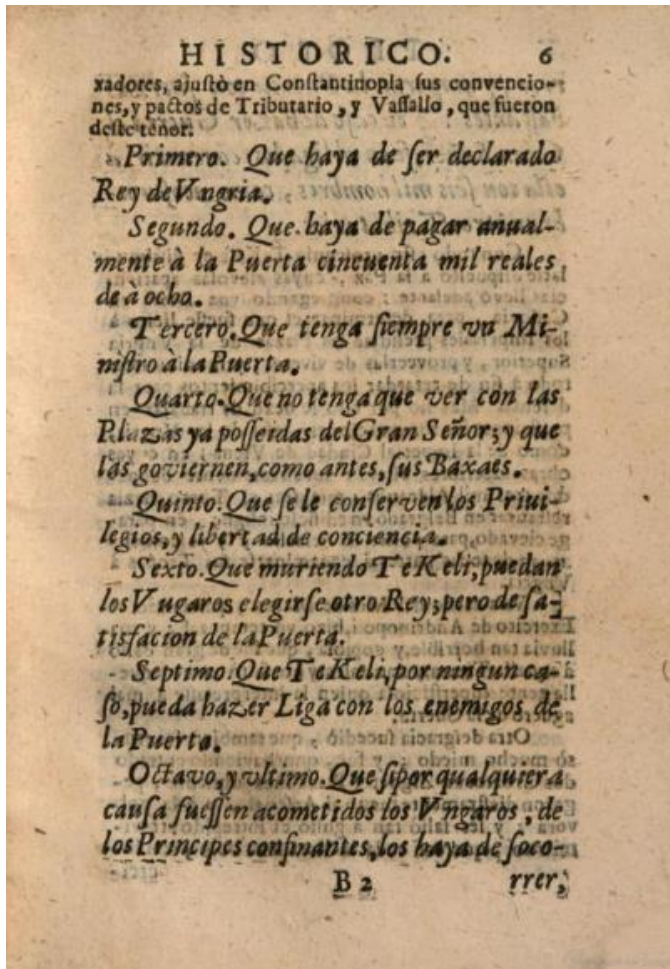
Tercero. Que tenga siempre un ministro a la Puerta.

Quarto. Que no tenga que ver con las plazas ya posseídas del Gran Señor y, que las gobiernen, como antes, sus Baxaes.

Quinto. Que se le conserven los privilegios y libertad de conciencia.

Sexto. Que muriendo Tekeli, puedan los úngaros elegir otro Rey, pero de satisfacción de la Puerta.

Séptimo. Que Tekeli, por ningún caso, pueda hacer Liga con los enemigos de la Puerta.



Octavo y último. Si por qualquiera causa fuesen acometidos los úngaros de los Principes confinantes, los haya de socorrer y amparar la Puerta con fuerzas bastantes y, en caso de hazer guerra el Gran Señor, sean obligados concurrir a ella con seis mil hombres, como acostumbran otros tributarios.

Con todo esto, proseguía Tekeli en disimularse dispuesto a la Paz, cuyas alevosas apariencias llevó adelante congregando una Dieta en Cassovia [Košice-Eslovaquia], para determinar el que fuese lícito a los imperiales presidir las plazas de la Ungría superior, y proveerlas de víveres y municiones, todo a fin de retardar los apercebimientos para la defensa. Mas no por esto, se dexó de trabajar en perficionar las fortificaciones, assí de la Ungría como de la imperial ciudad de Viena, en cuyas obras exteriores estaban incessantemente ocupados tres mil aldeanos, mientras el

Turco hazía restaurar en Belgrado un edificio insigne, en parage elevado, para poner su serrallo y ya comenzavan de todas partes a encaminarse sus tropas a Ungría.

Una tarde del **mes de marzo**, partiendo el ejército de Andrinópolis [Edirne-Turquía], hizo un temporal y una lluvia tan horrible y copiosa, que fue de gran daño a aquella tierra y naturales y no faltó, entre aquella gente supersticiosa, quien la interpretasse a mal agüero de la guerra.

Otra desgracia sucedió que también les causó mucho miedo y fue, que habiendo entrado dos croatos en Ziguet [Szigetvár-Hungría], plaza inexpugnable, pegaron diestramente fuego al arsenal y a la pólvora, y les salió tan a gusto el intrépido atrevimiento que casi toda la fortaleza boló con increíble cantidad de provisiones de guerra.

El mes de abril, habiéndose establecido (como queda dicho) la Liga entre el Emperador y el Rey de Polonia, remitió Su Magestad Cesárea ducientos mil reales de a ocho para apercibir las tropas confederadas, y se añadió a los capítulos de la Liga otra recíproca obligación: “Que si el Turco atacasse la ciudad de Viena, el Rey huviesse de venir en persona con el ejército a socorrerla y, lo propio huviesse de hazer las armas cesáreas, si la metrópoli de Polonia fuesse acometida de los infieles”.

El mes de mayo, salió de nuevo Tekeli a campaña con sus rebeldes y atacó a Donclites, castillo del Barón Giovaneli que, no pudiendo ser socorrido de ninguna parte después de muchos días de valerosa resistencia, se rindió a pactos de buena guerra. Pero en lugar de observarlos, detuvo el rebelde prisionero al Barón, obligándole a pagar seis mil escudos de oro por su rescate y a ceder sus bienes, estimados en quarenta mil reales de a ocho.

Sabida del Turco la Liga concluida entre el Emperador y el Rey de Polonia, embió un chiaus a Varsavia [Varsovia-Polonia], a assegurar *que las armas de la Puerta no se movían a causarle daño alguno, pero que el Gran Señor desseava no se mezclase en las cosas de Ungría*. La respuesta fue, mandarle prender el Rey y declarar: *no le soltaría que primero el Barón Giovaneli no fuesse puesto en libertad*.

Mas, ya se adelantava el Primer Visir con ciento y ochenta mil hombres de guerra y treinta mil gastadores, a los quales se havía de juntar un gran cuerpo de tártaros en las fronteras de Ungría. Luego, llegado el ejército a Belgrado, havía de romper el Baxá de Buda y, **a principios de junio**, dar el Gran Visir principio a las operaciones. Entonces el ejército christiano, que tenía su plaza de armas en las dilatadas praderías de Quinze, junto a Posonia [Bratislava-Eslovaquia], se prevenía para passar muestra general en presencia de Su Magestad Cesárea, que a este fin havía partido de Viena.

El martes quatro de mayo, a las ocho de la tarde, se hallaron el Emperador, la Emperatriz reynante, la señora Archiduquesa, el señor Elector de Baviera, con una escolta de mucha cavallería y archeros, a la vista de Posonia, Corte de Ungría y, passada la primera puente del Danubio (donde estava de guardia una parte del Regimiento de Grana, que logró la honra de asistir de guardia al César, assí en el castillo, como en la ciudad), llegaron a la segunda puente, muy adornada y compuesta de tablanes puestos sobre setenta y tres barcas.

Allí recibió a Sus Magestades Cesáreas con el obsequio devido, el Arçobispo de Strigonia [Esztergom-Hungría], Primate del Reyno de Ungría, assistido de muchos obispos y prelados del propio Reyno, a cuyo cumplimiento, después de respondido benignamente por el César, hubo una salva de toda la artillería del castillo y de la ciudad.

Hasta la puerta del castillo, fue servido Su Magestad Imperial de un grueso esquadrón de aquellos ciudadanos. Inclínose el Borgomaestro (o Corregidor) con el mayor rendimiento y, presentándole las llaves de la ciudad, le hizo una oración muy ingeniosa y elegante en latín, a que satisfizo el César con grave y ponderada energía en el propio idioma y, restituyéndole las llaves, dijo: *Estava muy confiado en el afecto de los naturales y que, con sumo contento, bolví a ver tan buenos vassallos, entre los quales se tenía por muy seguro*. Entonces se hizo la segunda salva de artillería y, después de breve intervalo, la tercera. Assí, dando las nueve, llegaron al castillo donde, separándose los Príncipes de Sus Magestades Cesáreas, se recogieron en unos quartos suntuosamente alhajados de aquella Real habitación.

El miércoles cinco, a la tarde, vino el señor Duque de Lorena de Quinze (donde tenía su cuartel junto al campo) a dar la bienvenida a Su Magestad Cesárea, con quien después de conferido algunas horas, volvió al ejército cortado de los generales y de otra mucha nobleza.

El jueves seis, por la mañana, comenzaron a pasar innumerables personas de todas calidades, en coches y caballos, a la espaciosa llanura a ver los alojamientos y cuarteles del ejército, que ocupaban más de una legua en lo largo, pero dispuestos en estrecho terreno sobre una línea recta. A las cuatro horas de la tarde, comenzaron a moverse las tropas y, a las siete, los regimientos de Staremborg, Souches y Mansfelt que, formando un esquadron de treinta banderas y más de seis mil hombres marchando sobre la mano izquierda, después por la frente y por la mano derecha, iban juntándose de todas partes con la otra infantería formando, finalmente, un Campo dividido en dos columnas largas tres cuartos de legua, con setenta y dos piezas de artillería puestas delante de toda la infantería, con capitanes y artilleros. Y también el Conde de Staremborg, general de la misma artillería. Por otra parte, comenzó la caballería, a las ocho, a desfilar a dos estandartes de frente dividiéndose en dos partes, de suerte que, engrosándose siempre, llegó finalmente a formar el ala derecha, y la izquierda, con diez estandartes por frente, de suerte que en las dos alas se contaban ciento y sesenta y cuatro estandartes, en medio de los cuales estaba doblada la infantería en tan vistosa orden, que de todos pudo ser vista toda, aunque numerosa de más de treinta y cinco mil combatientes, gente bellísima y escogida. El serenísimo Duque de Lorena, desde las tres de la mañana, estuvo a caballo reconociendo personalmente todo el campo y distribuyendo las órdenes para que cada uno ocupase el puesto y terreno que le tocaba. Además de la milicia referida alemana, había unos siete u ocho mil ugaros y husares doblados junto al ala derecha de la caballería alemana con catorce piezas de artillería y, delante de ellos, el Conde Esterhasi, palatino de Ungría, y otros muchos caballeros ugaros.

Hallándose en tan famosa orden el ejército, llegó el Emperador a cosa de las diez al campo con un séquito de infinitas carrozas, y paró en una tienda plantada poco distante de la artillería, donde después de haberle recibido el Arzobispo de Strigonia, vestido de pontifical, entonó el himno *Veni Sancti Spiritus*. Y acabado de cantar por los músicos, celebró missa solemne. Al mismo tiempo, dijo missa rezada en la tienda cercana el Padre Hipólito, religioso Francisco Recoleta.

Acabada la missa mayor, dio el arzobispo la bendición al ejército y, después, se puso Su Magestad Cesárea a caballo, la Emperatriz en silla de manos, la serenísima Archiduquesa en carroza, los serenísimos Duques de Lorena y Baviera a caballo delante del Emperador, pero el de Lorena, como tiniente general, anduvo casi siempre a la mano izquierda del César que, en la orden referida, se adelantó derecho por la frente de la artillería al ala derecha y,

assí, passó y repassó por todo el exército saludando con triplicada salva de todas las tropas. Eran las quatro de la tarde quando se terminó este alarde, con que el Emperador, con la orden dicha, se fue a sus magestuosos pabellones plantados casi en la orilla del Danubio donde, estando prevenida la vianda, fue suntuosíssimamente regalado del señor Duque de Lorena, con la señora Emperatriz reynante, la sereníssima Archiduquesa, los señores Elector de Baviera, Príncipe Luis de Baden y Duque de Saxonia Labenburg. Acabado el combite, que duró hasta las siete, se retiraron Sus Magestades Cesáreas a su palacio de Posonia, habiendo mandado distribuir al exército un donativo de cincuenta mil florines.

En esta solemne muestra se hallaron catorze regimientos de infantería, que eran los de Staremburg, Mansfeld, Diebenthal, Baden, Grana, Strasoldo, Souches, Heisfer, Beck, Walis, Scherfemberg y los medios regimientos de Neuburgo, Thim y Wirtemberg. Doze regimientos de corazas y cavallos, que eran los de Rabata, Gondola, Halevuil, Palfi, Dunewald, Caprara, Montecuculi, Saxonia Lavenburg, Taf, Goz, Dupiñi y Mercy. De dragones tres, Stirum, Casteli y Herbeville. Y quatro compañías de croatos de Richard. Que todos juntos hazían el número de cerca de treinta y cinco mil hombres, sin la gente úngara, que serían ocho mil. El tren de la artillería y proveeduría con víveres y municiones de guerra, y gente de servicio, era numerosíssimo; de suerte que cada día se destribuían 60M.740 raciones de pan. Havía ya comissarios destinados para que, con toda orden y exactitud, tomassen la muestra por menor y, a ellos, podían recurrir los soldados a dar sus quejas de lo que no se les huviesse pagado de sus sueldos atrassados. En estas y semejantes funciones, se gastó el tiempo **hasta el día nueve de mayo**.

A diez, hizo el señor Duque de Lorena marchar el exército la buelta de Rab (o Javarin) [Györ-Hungría] por pays enemigo. Llegó **a quinze** a aquella plaça y, passado el Danubio, fue a campear **a veinte y tres cerca de Comorra**, donde se detuvo **hasta quatro de julio**. A esta sazón, separó S.A. ocho mil cavallos y quatro mil infantes y, con ellos y ocho piezas de artillería, se adelantó a reconocer Strigonia. Mas hallando los turcos bien fortificados en la eminencia, que havían destruido el pays y quemado las poblaciones del contorno para quitar a los imperiales el modo de subsistir en ellas, bolvió atrás. Sin embargo, fue tanto el terror que ocasionó aquella expedición a los habitantes de Strigonia, que la gente noble y los principales ciudadanos abandonaron confusamente la ciudad y se retiraron a Neuheusel [Neuhäusel, Nové Zámky-Eslovaquia], como si estuvieran ciertos de un asedio. También assustó a los imperiales de la mesma expedición, una voz falsa de que el exército turco se encaminava a todo trance a aquella parte, con que se dieron más priessa en la retirada. Causó el accidente alguna turbación en lo demás del exército, que no solo havía tenido orden de marchar, pero marchado ya más de quatro horas a incorporarse sobre Strigonia, bolvió pues, a ocupar sus

primeros cuarteles, donde se desengañaron todos de que el turco estuviese todavía en aquella cercanía.

Entretanto, fue el señor Duque de Lorena con el ejército a la de Neuheusel (plaza expugnada de los infieles el año mil seiscientos y sesenta y tres), con propósito de sitiarla, como lo executó **la tarde del día seis**. Y de primer abordó, expugnó la palizada que cubría el arrabal y, apoderado también de esto con bien poca pérdida de los suyos, se fortificó a ducientos passos del fosso, ventajas que todas le persuadían no tardaría la plaza ocho días a capitular. Mostró empero la experiencia lo contrario porque, hallándose el ejército sin artillería gruesa y sin las municiones necessarias, se había recogido dentro de estrechas trincheas, detrás de algunas casas, sin poder disparar un cañonazo capaz de hazer el más mínimo efecto en las murallas. Embió S.A. a Colmar, dos leguas distantes del campo, pidiendo prontamente cañones de batir, pero tardaron en traerlos más de lo que era menester. Luego llegados, fueron puestos en baterías con mejores esperanças de llevarse la plaza brevemente. Mas pocos días antes, había llegado aviso a la Corte Cesárea de que el Sultán con el Primer Visir, hallándose ya en Belgrado con un ejército de ducientos mil hombres, había hecho passar un gran trozo de ellos al Puente de Esseck [Osijek-Croacia], dando que temer por la provincia de Stiria o de que se arrimasse a aquella parte y que, con el resto, avanzado ya el Visir a la cercanía de Buda, acelerasse la marcha.

Todo lo qual considerado en el Consejo de Guerra, despachó, en nombre del Emperador, un extraordinario al Duque ordenándole desistiesse de aquel asedio y passasse a cubrir la Ungría, como lo executó **a nueve**, no sin gran sentimiento de los soldados, casi seguros de hazer sus fortunas en el saqueo de aquella plaza donde, entre otras muchas, se habían retirado todas las riquezas de Strigonia.

A diez, prosiguió el ejército su camino hacia Comorra [Komáron-Hungría] y, campeando poco distante para poder acudir donde fuesse menester, padeció mucho de las partidas que los turcos de Strigonia y Neuheusel embiavan contra los forrageadores. Sin embargo, se detuvo allí hasta el día **diez y nueve**, que otra vez se movió el bagage y la gente hacia Javarin. En aquellos contornos paró el ejército **hasta primero de julio** que, adelantadas las huestes turcas, empezaron a dejarse ver de las imperiales. Entonces, sueltos diferentes gruesos de infantería y cavallería de ambas partes, sucedieron entre ellas varios, pero ligeros, rencuentros.

También vio los turcos el presidio de Javarin y, oyendo los cañonazos del campo, disparó los suyos con igual furia contra el enemigo, no pudiendo, empero, oponérsele ni embarazar el que no plantasse sus tiendas en la vecindad. Mandó luego, el Duque de Lorena a los soldados, que saqueassen el arrabal y que quemassen todo lo que pudiesen aprovechar los bárbaros para el ataque de la plaza, a que mostravan querer aplicarse. Mas lo que después

inesperadamente sucedió, llenó los ánimos de tal confusión y miedo que fue forzoso pensar en otra cosa que en lo que antes se tenía ideado.

Desde quando comenzaron los turcos a encaminarse a los confines, fueron distribuidos los puestos para embarazarles los passos de los ríos y, en particular, ofreció el Conde de Budiani cuydar de las orillas del Raab, junto al lugar de San Gotardo, que luego le fio el señor Emperador, así por la valentía del sujeto como por la fidelidad con que, en otras ocasiones, se avía señalado su familia en los exércitos imperiales. Pero muy diversamente respondió el efecto a la opinión, porque no solo franqueó infamemente el passo a los turcos y tártaros, pero les juntó seis mil de los úngaros que tenía consigo y procuró destrozár el refuerzo de alemanes que le avían añadido, para mejor cumplir su promessa. Defendiéronse estos con exemplar resolución, aunque por la inferioridad de número, quedó casi totalmente destruido el regimiento de dragones del Cavallero de Saboya y, él mismo, muy mal herido de la cayda que dio del cavallo, que se le alborotó de suerte que, llevado a Viena a curarse, murió de allí a pocos días, y también el Príncipe de Aremberg, aventurero flamenco, en el mismo conflicto, perdido el bagage y cerca de dos mil soldados. Inondavan al pays los tártaros, saqueando y destruyendo todo con la más inhumana barbaridad, quando el señor Duque de Lorena comenzó con la cavallería a retirarse de Pertenell, la buelta de Viena, después de recogida la infantería al abrigo de la isla de Schut [[isla fluvial de Szigetköz-Hungría](#)]. Pero, el fuego que se divisó en aquella cercanía fue el primer indicio de hallarse el enemigo poco lejos. Como viose, de tal suerte, la ciudad a aquella vista, que ni la Corte ni los naturales sabían qué resolver ni qué hazer, todos querían huirse, pero no sabían dónde. Todos querían salvar sus haziendas, pero no sabían cómo. Imaginavan haver ya penetrado el enemigo a todas partes, quando **a diez de julio, por la tarde**, llegó en gran diligencia el General Caprara, despachado por el señor Duque de Lorena a avisar al César el peligro. Lo qual fue motivo al Consejo de Estado para consultar era interés del Imperio que Su Magestad Cesárea y la señora Emperatriz, preñada y en días de parir, con toda la Corte assegurassen sus personas con una pronta partida, siendo evidente el intento del enemigo de sitiar a Viena.

Partió pues, **el día once**, Su Magestad Cesárea con toda la Corte y más de sesenta mil personas de todos géneros en lastimosa confusión, quedando de orden del César el General Staremburg (llegado pocos días antes) para defender la plaza. Acompañó a Su Magestad Imperial el regimiento del General Caprara, hasta Lintz. Y la primera noche hubo de alojar pobremente la señora Emperatriz en Closter Neuburg [[Klosterneuburg-Austria](#)]. Pocas horas después de partido el señor Emperador, se hallaron los contornos de Viena llenos de turcos y tártaros. Entretanto, llegó el señor Duque de Lorena con el exército a la sombra de la artillería de la ciudad, con gran consuelo del pueblo. Pero fue señal evidente de la protección divina, y de que no quería se perdiesse aquel antemural de la christiandad, la ociosa detención del exército

turco sobre Javarin. Pues, si derechamente hubiera proseguido su camino al ataque de Viena, no habiéndose aún dispuesto la mínima parte de la defensa, se la hubiera sin duda llevado casi sin oposición.

Continuaban los tártaros sus correrías, robando y quemando los lugares por donde passavan, violando mugeres y donzellas, y llevándose las más hermosas para regalar al Gran Visir y al Baxá de su ejército. Todos los hombres que pudieron prender fueron destinados a tirar sus carros como jumentos, llevar los despojos y trabajar a las trincheas, degollando a los niños inocentes y a los viejos y enfermos, atrocidades todas, y otras muchas que exercieron hasta junto a Lintz. Entretanto, mandó el señor Duque de Lorena que la infantería retirada en la isla de Schut se juntasse con la cavallería del General Sultz para venir prontamente a la ciudad, como lo executó, apressurando dos días y dos noches el passo por la otra parte del Danubio y, llegando cansada, pero segura, a Viena **a doze del mes**. De esto se pudo arguir quán saludable fuesse al principio la separación de las tropas, que retiradas del conflicto hubieran, sin duda, perecido juntas y, salvas, llegaron a tiempo de conservarse ellas mismas y a la ciudad. Apenas llegada la infantería, avisaron al General Stanemberg que la vanguardia del ejército turco venía a Viena y, habiendo también descubierto parte de ella, hizo pegar fuego, assí a los montones de maderos prevenidos para edificios como para quemar, habiendo grandíssima cantidad de ambos géneros en las orillas del Danubio. Al mismo tiempo, ordenó a los vezinos que despojassen luego los arrabales y trajessen la ropa a la ciudad. Después de executado el despojo, se les dio con tres cañonazos la señal (antes ofrecida) de que se descubría el enemigo, para que comenzassen el incendio de las casas por la misma parte que se acercava. Con esto, **la tarde del día catorze**, se vio el lamentable espectáculo de quemar todas las casas de los arrabales sus propios dueños, en todo el circuito de la ciudad menos en el arrabal de Leopoldstar, cuyos habitantes se hallavan tan abatidos y fuera de sí, que si bien tenían a la vista las llamas y el humo de las villas y lugares que los turcos quemavan, no dejándoles quizá la confusión o el afecto que tenían a sus mismas habitaciones y haziendas pensar que los bárbaros huviessen de acercarse a Viena, quedaron inmóviles hasta ver que otros sacrificavan al fuego las casas con quanto había en ellas. Entonces, pero tarde, trataron de ponerse en seguro, pues a muchos fue forçoso huir y abandonar todo, mientras otros perdían la vida con la ropa en el mismo incendio. Estando ya ardiendo generalmente los arrabales, fueron destinados los clérigos y religiosos a cerrar las calles de la ciudad, de suerte que no se pudiesse passar con carros. En la ciudad no faltavan municiones de guerra, pero de boca, menos pan y vino, se hallava muy mal proveyda. Y aunque algunos vezinos huviessen traído a sus casas algún número de ganado mayor y menor y se hallassen bien abastecidos de cecina y otras carnes, con todo esto, no querían participarlas a los oficiales militares, aunque los vieran perecer de necesidad.

El día treze, a cosa de las dos de la tarde, compareció a tiro de cañón de Viena todo el numeroso y formidable ejército turco, contra quien se disparó una salva general de todo el bronze de los imperiales, que vieron ocupar un grande espacio de campaña en todos aquellos contornos de número innumerable de enemigos. Este ejército terrible, y tal que la Europa quizá no ha visto otro mayor en muchos siglos, había sido juntado por Kara Mustafá, Primer Visir (que le governava) de todos los Estados del Gran Señor, a cuyo efecto, después de resuelta la guerra en Constantinopla contra el Emperador, hizo inmediatamente avisar con propios a todos los baxaes, sangiacos, agas y spahis que con sus milicias, como otros qualesquiera que tenían obligación por sus estipendios, acudiessen sin dilación de todas partes a la guerra que se había de mover contra los christianos. Para esto mesmo, habiendo hecho copiosísimas provisiones de avena, víveres y artillería, en la muestra general que tomó el mes de junio al ejército, en presencia del Sultán, passaron:

De Amasia, y Anadulia.	18000.
Seimon, Sariges, y Deli, Guardias del Primer Visir a pie, y a cavallo.	12000.
Genizaros pagados del Sultán, con el Aga.	25000.
Spahis, y otros a cavallo.	35000.
Tartaros.	15000.
Transilvanos.	6000.
Valacos.	6000.
Moldavos, con su Cabo, y Comandantes de la V Kraina.	6000.
Que en todo formavan vn cuerpo de dncientos quarenta y vn mil y trecientos Soldados.	241300.
A que se añadian Gebegis de la Artilleria, Minadores, Cayadores, y Gastadores, treinta y dos mil.	32000.
Sin la otra gente menuda de muchachos, criados, y otros, destinados a alistar, y convoyer el Bagage, Proveduria, y otros aprestos.	Mi-

De las gentes de Diarbekir, entre el Éufrates y el Tigris.	1300.
De Amodis y Bagdat, sobre Babilonia.	14000.
De la Soria superior.	24000.
De la inferior.	18000.
Del Asia menor.	30000.
De la Panfilia.	8000.
De la Acaya.	16000.
De Amasia y Anadulia.	18000.
Seimon, Sariges y Deli, guardias del Primer Visir, a pie y a cavallo.	12000.

Genízaros pagados del Sultán, con el aga.	25000.
Spahis y otros a caballo.	35000.
Tártaros.	15000.
Transilvanos.	6000.
Valacos.	6000.
Moldavos, con su Cabo, y cosacos de la Ukrania.	6000.
Que en todo formavan un cuerpo de ducientos quarenta y un mil y trecientos soldados	241300.
A que se añadían Gebegis [<i>Gebeci</i> , armeros especializados] de la artillería, minadores, cavadores y gastadores, treinta y dos mil.	32000.

Sin la otra gente menuda de muchachos, criados y otros, destinados a asistir y convoyar el bagage, proveeduría y otros aprestos militares, que no eran inferiores en el número y en la abundancia a tan grande ejército para qualquiera empresa que quisiessen intentar, contándose, sin los otros géneros de menos estimación, ducientos y cincuenta cañones de batería, ducientos mil quintales de pólvora, arcos treinta mil, cavallos para el tren treinta mil y, camellos para el bagage de la Corte, tres mil. Acampadas pues, unas huestes tan numerosas y formidables con todas aquellas prevenciones el día treze sobre la ciudad de Viena, mandó luego el Gran Visir que se levantasse tierra y se diesse principio a la circunvalación, la qual empezada a catorze, en distancia de cinco millas italianas de la plaza, la ceñían, assí en la llanura como en las colinas.

Hallávase aún el señor Duque de Lorena en la isla del Prater [*Praterinsel* en alemán] con el ejército, aplicado a defender los puentes del Danubio que tenían comunicación con la ciudad, en cuyo tiempo sucedieron algunos rencuentros con los turcos que passavan a nado por el brazo más estrecho del río, a fin de sorprender la Puente del Tabor. Y aunque la primera vez los rechazaron con grande ánimo, assistiendo a la acción el General Sultz, pero se reconoció después la imposibilidad de mantener aquel puesto, si bien hubiera sido muy ventajoso. Todo lo qual maduramente previsto por el señor Duque, tuvo por mejor introducir (como lo hizo) en Viena quatro regimientos viejos, que hazían ocho mil hombres veteranos de excelente calidad, y otros quatro mil entre cavallos e infantes con municiones y otras cosas, que pareció a S.A. eran menester a tan ardua defensa. Las quales nuevas tropas, añadidas al presidio ordinario, formavan un cuerpo de treze mil y novecientos hombres y, computándose además los estudiantes y vezinos hábiles al manejo de las armas, subió el número de los defensores a treinta y quatro mil combatientes. Entonces se quemó el primer puente, lo qual visto de los turcos, ocuparon muy prontamente y sin contraste la isla del Prater. Y aunque se havían hecho quemar todos los demás puentes de las islas menores por el General Sultz, adelantándose con todo, junto a Neudorf, por la llanura a Leopoldstat (o Leopoldina) y pegado fuego al arrabal y a la bellísima iglesia de los padres Carmelitas Descalços (que enteramente se consumió), quedó, con la pérdida

de este puesto, cerrada y ceñida enteramente la ciudad y quitada cualquier comunicación con los nuestros de afuera.

Entretanto, habiendo los infieles, **hasta quinze del mes**, levantado sus baterías en número de ocho: la una a la puerta de Ungría, dos a la puerta de la Corte, una a la puerta de Schoten, una contra el baluarte de Leble y otra cerca de esta última, que no se acabó, comenzaron a batir la plaza con gran fracasso y tanto se acercaron con los aproches que, por la mañana, se vieron acabados dos alojamientos, uno tras otro. Adelantáronse con felicidad igual a los ángulos principales de los dos baluartes de la Corte y de Leble, no pudiéndoselo embarazar los defensores, porque las paredes de los arrabales que habían quedado en pie les servían de parapetos. De esto se infirió que su intención era hazer el mayor empeño por aquella parte, creyendo fuesse la más débil aún, porque no estava acabada la contraescarpa.

Poco antes de este tiempo, sucedió una gran confusión en la ciudad y fue, que bolviendo (como queda dicho) los vezinos de despojar sus casas de afuera, entraron mezclados con ellos algunos assessinos o incendiarios turcos, al número de diez y siete, vestidos a la francesa con cabelleras postizas, embiados de Tekeli, los quales se escondieron, esperando la oportunidad de executar su execrable intento. Entretanto, haviéndose, de orden del General, puesto fuego a las casas de los arrabales y sobrevenido tras el incendio un viento impetuoso que, llevando carbones encendidos por el ayre, daba que temer a los naturales de otro mayor desastre en la ciudad obligando gran parte de ellos a subir y detenerse día y noche en los tejados para obviar semejante desgracia, usaron los incendiarios de la ocasión para cumplir su infernal ministerio, comenzando por el grandioso convento de los padres Benitos, en el barrio de Schotem, frontero al palacio del Embaxador de España, y junto al arsenal donde estava toda la munición. Causó el efecto de esta maldad gran miedo a los ciudadanos, que todos se tuvieron por perdidos con sus casas y haziendas, dilatándose tanto el fuego ayudado del viento que, en un solo día, consumió quarenta casas, entre otras los palacios de los Condes de Traun y Avesperg, y se acercava ya a hazer otro tanto del arsenal, de que pendía la ruina de la mayor parte de la ciudad por los muchos materiales combustibles que contenía. Mas pareció que Dios (cuya infinita misericordia, desde principios de esta guerra, ha interpolado siempre milagros favorables entre las desdichas) mandasse al viento que, torciendo a otro lado sus ímpetus, divirtiesse las llamas de un edificio tan importante, con que el pueblo quedó libre de tan gran peligro y confusa la pérfida intención de Tekeli, que tenía ofrecido a los turcos sorprender la plaza al favor de tan cruel estratagema.

También fueron descubiertos los assessinos, uno de los quales pagó la pena, desollado vivo por el pueblo. Otros tres, quemados y, a otro, fueron cortados los pies y manos y después la cabeza, dejándola con el cuerpo expuesta en público para terror a los demás, que después se abstuvieron de semejantes intentos. Cessado el incendio, se halló que apenas avía havido agua

bastante para matarle porque supo el enemigo, por afuera, cerrar los caños de las fuentes. Pero no quiso la providencia divina que este daño fuese general porque, habiéndose reconocido que los mismos incendiarios habían quitado el curso a dos fuentes en la propia ciudad, se le restituyó, quitando el embarazo que le avían puesto y, con esto, hubo agua bastante.

Los ciudadanos, como también los oficiales de todas profesiones y los estudiantes, fueron llamados a las armas. Y, al mismo tiempo, se pregonó que en pocas horas se quitasse a las casas los tejados de madera para que las bombas que cayessen hiziessen menos daño. A este mismo fin, se desempedrarón las calles. El Gran Visir había escogido para su alojamiento el palacio de la Favorita Vieja [predecesor del actual Palacio de Schönbrunn], junto al qual hizo enarbolar el estandarte verde que, el Sultán, con las acostumbradas ceremonias le había entregado en presencia del ejército, puesto en batalla, antes de partir de Constantinopla.

La noche de diez y seis, echaron los turcos la primera vez bombas en la ciudad, pero con poco o ningún daño de los asediados, que también los regalaron abundantemente con el mismo género de fruta y con frecuentes bien dirigidos cañonazos. Assimesmo, se hizieron dos salidas. En la segunda de las quales, con maravilloso brío, rechazaron los turcos hasta la extremidad exterior de su trinchea, mandando aquel día en la contraescarpa el Conde de Fo que, durante todo el sitio, hizo la función de General de batalla con el de Schaffemburg.

El día diez y siete, llegaron los sitiadores con su aproche hasta cerca del ángulo exterior de la contraescarpa y, desde su batería de la Corte, cañonearon furiosamente al castillo o residencia imperial. Y en la misma punta de la contraescarpa, dieron **el día siguiente** fuego a una mina con algún efecto, después de cuyo buelo, vinieron al assalto con armas blancas acompañados de sus granaderos, mosqueteros y archeros, que incansablemente llovían flechas, granadas y balazos en los defensores. Y con todo esto, no ganaron un palmo de tierra. Antes bien, fueron rechazados repetidas veces con imponderable denuedo, concurriendo la mosquetería christiana a la ocasión hasta bolver todos a su primer puesto.

A veinte, procuró el enemigo llevar artillería gruessa sobre barcas hazia la isla, a la vista de los sitiados que, luego a cañonazos, se la echaron a pique. Mas habiendo passado alguna, con el favor de la noche siguiente comenzaron a batir furiosamente la ciudad por aquella parte, que era la más débil. Havíase el señor Duque de Lorena, después de salido de la isla, retirado con el ejército a la provincia de Moravia, conociendo infructuosa su detención para cosa alguna, de momento, contra las armas de tan poderoso enemigo, a quien llegavan cada día nuevos refuerzos de gente y municiones.

Estos propios días hizieron los turcos el esfuerzo possible para assolar a cañonazos el palacio imperial, de suerte que en la fachada no quedava ya un palmo de pared entero. El General Staremburg, hallando en las mismas ruinas

su ventaja, acomodó en ellas quatrocientos cazadores y arcabuzeros que no perdían, ni erravan, el menor tiro contra cualquier enemigo que sacasse dos solos dedos de cabeza fuera de sus parapetos o de la estrada cubierta. Mas los días después, hechando de ver que sus primeras baterías no hazían el efecto que quisieran, pusieron **a veinte y uno** todo su cuydado en batir los valuartes del Schoten, de la Corte y de Leble, plantando principalmente contra el de la Corte tres baterías dobles; la una más alta que la otra, con muchos cañones que innumerables vezes dispararon, replicando espessos avances, pero sin fruto por la constante resistencia de los imperiales.

La noche de veinte y dos, pareció cessava algo el ruido de los cañonazos y de las bombas, y fue porque los turcos atendieron más a fortificarse. Entonces salieron dichosamente los nuestros, pues bolvieron a entrar con muchas cabezas de infieles. Estos se aplicaron a trabajar debajo de tierra a minas y hornillos para arruinar la contraescarpa, no dexando, empero los sitiadores de contraminar, si bien, con poca fortuna por ser los minadores de la ciudad toda gente aldeana e inexperta en aquel linage de operación.

Assí corrían las cosas del assedio, quando el correo extraordinario que Su Magestad Cesárea había despachado al Rey de Polonia, dándole el funesto aviso del mismo assedio para que acelerasse la marcha de su exército a socorrer la plaza, le halló en Valbuoca, diez y ocho leguas lejos de la metrópoli. Pues Su Magestad, el domingo diez y nueve, con la Reyna, los Príncipes sus hijos y monseñor Palavicino, Nuncio apostólico, havían ido a la devoción de nuestra Señora de Chestokova, para después encaminarse a la muestra general de su exército la buelta de Cracovia, teniendo a esta ciudad por más cómoda como más vezina que la de Leópolis [[Lviv-Ucrania](#)], adonde primero havía señalado la plaza de armas. Assí, luego recibido el despacho cesáreo, se fue a aquella parte respondiendo con el propio correo a Su Magestad *Que no se descuydaria un momento, tocante a mover promptamente las tropas al socorro del Imperio y de toda la Christiandad.*

En aquel intervalo, hizieron los turcos bolar tres minas en la contraescarpa sin más efecto que el de mover algo las palizadas, de las cuales se fueron algunas al ayre, pero las remplazaron inmediatamente los sitiados.

El día veinte y quatro, hubo recíprocamente por ambas partes muchos cañonazos, bombas y granadas. Mas, aunque en gran número cayessen las enemigas en las casas de los vezinos, a nadie hizieron daño. Este propio día, tuvieron los soldados una infeliz curiosidad en recoger las flechas que, innumerables, tiravan los infieles. Y siendo muy curiosas, era ocasión para aprovecharse de ellas quien las recogía, vendiéndolas muy caro. Lo qual sabido de los turcos, las arrojavan a manojos en las salidas para que (como sucedía), desmandándose los imperiales a levantarlas, diessen muchas vezes la vida a tan ligero precio. Assimesmo, acontecieron diferentes salidas en que los sitiados escarmentaron los turcos, hechándolos valerosamente de sus trincheas. Mas, viendo estos que tal vez faltavan los oficiales christianos y flaqueava la buena

disciplina, cargaban a los defensores con tal presteza que executaban en ellos algún estrago.

Prosiguió el turco sus aproches hasta la punta de la contraescarpa y, **la tarde del día veinte y cinco**, hizo bolar una mina que movió bastante tierra, dando abertura a los sitiadores para un nuevo asalto que, con gran furia, executaron. Mas, al cabo de una hora de porfiadísimo combate, fueron forzados a retroceder con muerte de trescientos, sin más pérdida de los imperiales que de dos oficiales y catorze soldados.

A veinte y seis, replicaron otra mina con suceso para todos los sitiados mucho peor que los antecedentes, pues consiguieron descomponer gran parte de la contraescarpa, frontera al revellín, después de cuya considerable operación, avanzando de nuevo, hubieron los nuestros de ceder y abandonar la misma contraescarpa, oprimidos del número e ímpetu de los agresores.

Sin embargo, **la noche siguiente** intentaron recobrarla y, después de sangrienta contienda, lo consiguieron y bolvieron a pertrecharla con palizadas. Mas, bien poco gozaron del beneficio de su nuevo trabajo porque, al otro día, la recobraron los turcos avanzando con tal ánimo y alojándose tan fuertes en ella, que después fue imposible bolvérsela a quitar. Después de esta pérdida, se pusieron **a veinte y ocho** a levantar trincheas y hazer cortaduras, para estorvar al enemigo la bajada al fosso.

Entre tanto, haviéndose ajustado entre Su Magestad Cesárea y el señor Elector de Saxonia la forma con que S.A. había ofrecido apereibir diez mil hombres para socorrer al Imperio, tuvo estos días su plaza de armas en Dresda, a la qual concurrieron:

Seis compañías de Dragones, debaxo del mando del Conde de Reux.

Una de Trabantes de la Guardia de a cavallo.

El regimiento de cavallería de S.A. Electoral.

El regimiento de cavallería del Mariscal de campo Glozen.

El regimiento de S.A. Electoral de a pie.

El regimiento de infantería del Tiniente de Mariscal de campo General Fleming.

El regimiento de infantería del coronel kupfer.

Ocho compañías de granaderos.

El regimiento de infantería del coronel Leventz.

El regimiento de infantería del Duque Christiano de Saxonia.

El regimiento de infantería del coronel Golz.

El regimiento de cavallería del Conde de Trautemandorf.

El regimiento de cavallería del coronel Plato.

Además de la gente que assistía el bagage y a la artillería, consistiendo esta de diez y ocho piezas de campaña y quatro trabucos, con gran cantidad de provisiones de boca y guerra, mandava el Elector en persona el ejército y aguardava S.A. un correo del César que prescribiesse el tiempo de la marcha,

quando a punto llegó a Dresda **el último día de julio**, con que a **primero de agosto** se puso en camino con las fuerzas referidas.

Entretanto, había el General Dunevald encontrado junto a la Moravia una fuerte partida de tártaros ocupados en sus acostumbrados robos y, degollando trescientos, obligó a los demás a dejar el botín y soltar muchos christianos que llevaban presos, sin más daño de su parte que una herida ligera de un flechazo en la cabeza.

A veinte y nueve, intentaron los sitiadores de Viena cerrar el menor brazo del Danubio con palizadas, aunque sin poderlo conseguir por la fuerte velocidad de la corriente. Era su fin, minar también por aquella parte adonde consideraban la plaza más débil.

Bolvieron pues, **el día treinta**, a fatigar la ciudad con sus baterías, arrojando también piedras, bombas y otros artificios de fuego. Y se observó que algunas de las bombas de aquel día pesaban trecientas y quatrocientas libras. Mas fue Dios servido que hiziessen poco mal, excepto a algunos valerosos ingenieros, a quienes hirieron y mataron. Y porque (como queda dicho) no habían podido cortar un brazo al Danubio, y embarazarle el comunicar con la ciudad, **el último día de este mes** hizieron una nueva prueba, que fue juntar algunas barcas sobre el menor brazo del río, con propósito de formar un puente y atacar la plaza por la puerta Roja.

A primero de agosto, bajó primera vez el enemigo al fosso, habiéndosele antes impedido con grande esfuerzo. Procuró luego tomar puesto, pero se lo embarazaron los defensores y se desalojaron, aunque no sin daño considerable y pérdida de mucha gente. Mas fue incomparablemente mayor la de los turcos, porque bolaron los imperiales una gran mina en que sepultaron a muchos.

Este propio día, llegó el Rey de Polonia a Cracovia, donde tomada la muestra de sus tropas se hallaron treinta mil hombres, entre los cuales veinte mil toda gente noble; y quatro mil hússares o lanceros con coraza, lanza y alfange, además de los criados que, en las ocasiones, pelean como los amos, según más particularmente se dirá en otra parte. La cavallería lituana, que eran diez mil cavallos, por la mucha distancia aún no había llegado, como tampoco los quatro mil cosacos.

A dos, baxaron los turcos otra vez al fosso, en que tomaron puesto, no obstante, el terrible contraste que les hizieron los imperiales, pero muy tardío, pues al principio, fijado una vez el pie a la sombra del descuido de las guardias, de quien se habían fiado las caponeras y galerías de los sitiados, no fue possible librarse de aquella peste con toda la sangre que en muchas salidas vertió a este fin la ciudad. Con todo esso, procuró el Governador vengar en algo el peligro y el desayre, embiando luego algunos hombres prácticos de nadar entre dos aguas, al Danubio, donde los turcos (como se dijo) habían intentado formar un puente para acometer a la ciudad por aquella parte. En

efecto, consiguieron cortar las armas de las barcas prevenidas para aquella obra y, desbaratándola para siempre, libraron la ciudad de aquel peligro.

Esto sucedía, quando el señor Duque de Lorena tuvo aviso de que en la cercanía de Strigonia [[Esztergom-Hungría](#)] había pasado un cuerpo de doce mil otomanos y ocho mil rebeldes, que se adelantaban con propósito de ocupar también la otra parte del Danubio, para mejor impedir los socorros que esperaban los sitiados. Y divisando de lejos arder algunas aldeas por obra de los úngaros, embió S.A. a los Generales Baden y Sultz, con los tres regimientos del Príncipe Lubomirski, Gran Mariscal de Polonia, que a buen passo se adelantaron hazia Hilemberg [[Kahlenberg/Leopoldsberg-Viena-Austria](#)], donde encontraron con el enemigo muy bien puesto en batalla y apercebido para pelear. Dobló S.A. al ejército e inmediatamente dio la señal de acometer, pero se anticipó el enemigo a chocar con el ala izquierda, compuesta de los dos regimientos de dragones de Staremborg y Sultz, que tenían tres piezas de campaña plantadas en un bosque al lado de una colina, las cuales disparando a tiempo, acompañadas de una bizarra salva de mosquetazos, hizieron tan buen efecto que, escarmentados los enemigos del estrago, torcieron sus furores hazia el ala derecha, compuesta de gente polaca, que no resistió el ímpetu muy superior de los turcos, comenzando a desordenarse el primer batallón. Lo qual visto por el señor Duque, mandó fuesse a socorrerlos el regimiento de corazas de Rabata y el de dragones de Kupfstein, con los quales, reordenados y alentados los polacos, fue puesto el enemigo en irremediable confusión y obligado a una descompuesta fuga, huyendo Tekeli entre los primeros con los de su bando. Dividiéronse los fugitivos en dos trozos, apresurándose el uno hazia el puente de Viena y, el otro, la buelta de la Marca. A los primeros, muy en breve, los alcanzaron los hússares y aventureros y les causaron tal miedo que, entendiendo tenían todo el ejército a cuestras, luego se echaron al suelo y al agua del Danubio procurando escapar la vida a nado.

En poder de los cesáreos quedó la mayor parte del bagage, con gran número de carros, veinte y siete banderas, veinte y dos estandartes, treinta y seis camellos, seiscientos cavallos y, tendidos en el campo, más de dos mil, entre los quales el Baxá de Egipto con gran número de rebeldes, sin los que se ahogaron en el río y muchos prisioneros. También fue perseguido Tekeli, que devió al favor de la noche su salud. Entretanto entraron en Posonia los imperiales, de donde concluido el presidio de quatrocientos cavallos de Tekeli, se restituyó aquella ciudad a la devoción del César con muerte de pocos soldados del ejército cesáreo y del solo coronel Butler, polaco, pero con grande estrago y terror de los turcos y úngaros, como se pudo ver aun por una carta escrita luego después del combate, al Gran Visir, por Tekeli, y se halló con el sobrescripto que aquí se puede ver, en poder de su secretario, a quien poco después prendieron los imperiales.

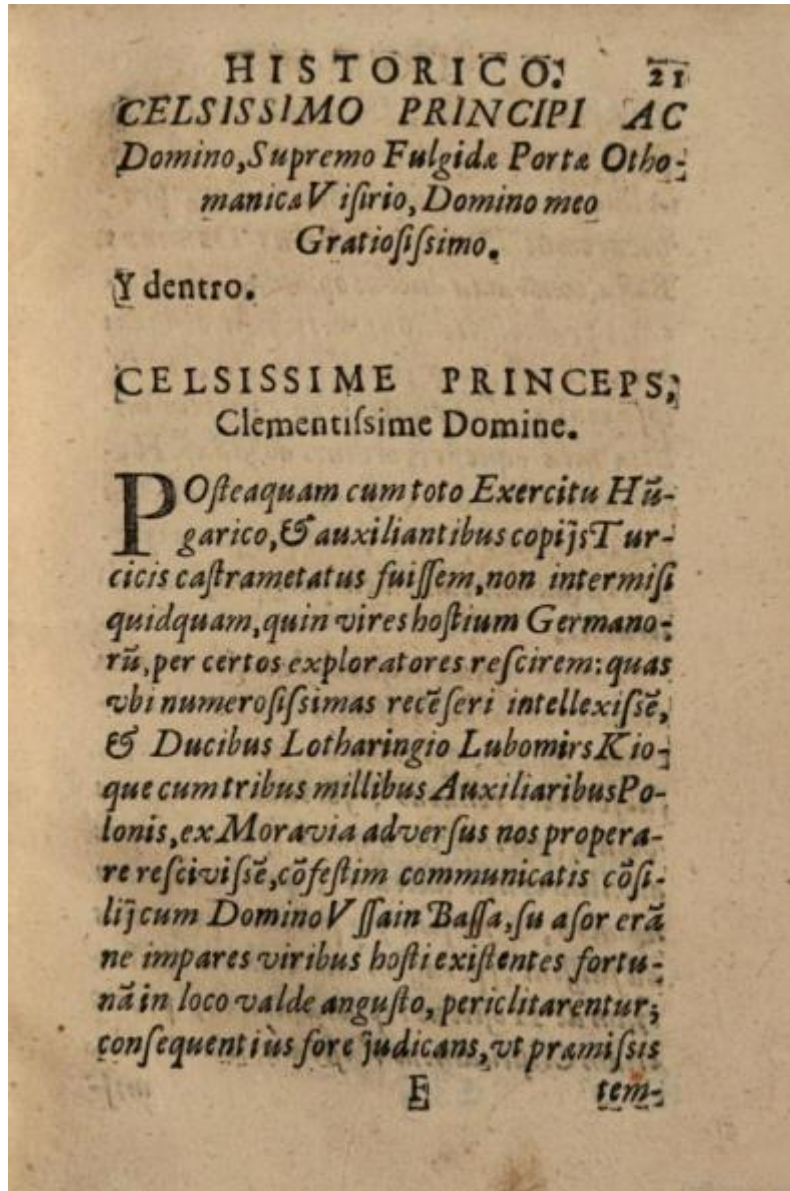
FLOR O

dos del Exercito Cesareo, y del solo Coronel Butler;
Polaco; pero con grande estrago, y terror de los Tur-
cos, y Vngaros, como se pudo ver aun por vna carta
escrita luego despues del combate, al Gran Visir, por
TeKeli, y se hallò con el sobrescripto, que aqui se
puede ver, en poder de su Secretario, à
quien poco despues prendieron los
Imperiales.

(?§?)



C.E.L.



(?§?)

HISTORICO CELSISSIMO PRINCIPI AC Domino, Supremo Fulgidae Portae
othomanicae Visirio, Domino meo Gratosissimo.

Y dentro.

CELSISSIME PRINCEPS.
CLEMENTISSIME DOMINE.

Posteaquam cum toto exercitu Hungarico & auxiliantibus copiis Turcicis castrametatus fuisset, non intermisi quidquam, quin vires hostium Germanorum, per certos exploratores rescirem: quas ubi numerosissimas recenseri intellexissen, & Ducibus

Lotharingio Lubomirskio que cum tribus millibus auxiliaribus Polonis, ex Moravia adversus nos properare rescivissent, confestim communicatis consiliis cum Domino Ussain Baxá, su asor eran ne impares viribus hosti existentes fortunam in loco valde angusto, periclitarentur; consequentiis fore iudicans, ut pramissis tempestive curribus & munitione, nos metipsos adV agum reciperemus, hostem que in late patentes campos, hac ratione provocaremus. Derum predictus Dominus Bassa, contraria ductus opinione, nec curatis praemonitionibus meis, hosti obviam profectus est, cum suo Equitatu, cui & ipse majoris securitatis ergo, partem militiae meae equestri ordinis adjunxi. Hostis autem validus & commoditati loci fidens, eosdem subito strenueque aggresus est, damnotamen ex parte nostra tollerabili.

Fateor equidem quodiste casus me non modice conturbavit, tum ex eo quod Dominus Bassa, opinioni ac sententiae meae subscribere renuens, fortunam tentare voluit, partim vero quod speratae copiae auxiliares non aderant, quasi completo numero, & in sua perfectione praesentes ad fuissent, sperassem me omnino victoriam de Hostibus reportaturum, proutetiam Celsitudinem Vuestram iterato de missis que rogo, quatenus promissas easdem Copias transmittere mihi dignetur, quibus praemissam actionem vindicare possim, cum gloria Celsitudinis Vestrae, quam occasione omni pro parte mea ampliare conabo. Haec est vera & ingenua rei gesta narratio, quam Celsitudine Vestrae tempestive ad noticiam dare debui.

Celsitudini Vestrae de caetero longaevam vitam & rerum prosperrime gerendarum amplissima incrementa precor.

Datum est Castris ad Fluvium Vagum positis, die nona Augusti 1683.

Celsitudinis Vestrae

Servus humillimus & obseq.

Emericus Tekeli

Esta carta aleve, traducida en castellano, dize lo siguiente:

○ F L O R O
AL SERENISSIMO PRINCIPE;
y Señor, el Supremo Visir de la Fulgi-
da Puerta Otomana, mi Gracio-
sísimo Señor.

SERENISSIMO PRINCIPE;
Clementísimo Señor.

DESDE Que campeé con todo el
Ejército Vngaro, y las Tropas
auxiliares Turcas, no dejé de procu-
rar, por medio de mis confidetes, noti-
cias ciertas de las fuerzas de los enemi-
gos Alemanes: y luego q̃ supe quan
numerosas eran, y que los Duques de Lo-
rena, y Lubomirski con tres mil Po-
lacos Auxiliares, venian à toda prisa
de Moravia, contra nosotros entonces
consultada la materia con el Señor Vi-
sain Bajá, fue mi sentir, que hallando-
nos inferiores en numero al enemigo,
no provaramos la mano en vn sitio el
trecho: pareciendome mejor, que em-
bian-

○ F L O R O
en su perfeccion, no hubiera yo duda-
do conseguir vna victoria entera de los
enemigos. Así pido, y suplico humil-
mente a V. A. que se digne de embiar-
melas dichas Tropas ofrecidas, para
poder vengar la accion referida con
gloria de V. A. la qual de mi parte ef-
forzaré aumentar en todas ocasiones.
Esta es la verdadera, é ingenua relacio-
de lo acontecido, la qual he devido
dar prontamente V. A.

En fin anuncio à V. A. vna larga vi-
da, con muy prosperos sucesos, y co-
piosísimos aumentos en todas sus
empresas.

Dada en el Campo, junto al Rio Vag-
go, à nueve de Agosto 1683.

De V. A.

Muy humilde, y Obedientísimo
servidor

Emerico Tekeli

Sig.

AL SERENÍSSIMO PRÍNCIPE y Señor, el Supremo Visir de la fúlgida
Puerta Otomana, mi Graciosísimo Señor.

SERENÍSSIMO PRÍNCIPE.
CLEMENTÍSSIMO SEÑOR.

Desde que campeé con todo el ejército úngaro y las tropas auxiliares turcas, no dejé de procurar, por medio de mis confidentes, noticias ciertas de las fuerzas de los enemigos alemanes. Y luego supe cuán numerosas eran y que los Duques de Lorena y Lubomirski, con tres mil polacos auxiliares, venían a toda priessa de Moravia contra nosotros. Entonces, consultada la materia con el señor Visain Bajá, fue mi sentir que, hallándonos inferior en número al enemigo, no prováramos la mano en un sitio estrecho, pareciéndome mejor que, embiando temprano el carruage y las municiones delante, nos retiráramos al río Vago y, con esto mismo, trajéramos al enemigo a campos abiertos y dilatados. Mas, el señor Bajá, tomando la opinión contraria sin hazer caso de mis advertencias, fue a encontrar al enemigo con su cavallería a que, por su mayor seguridad, añadí parte de las tropas compuestas de mi nobleza. Pero el enemigo, muy fuerte y confiado en la comodidad del puesto que ocupava, los acometió luego con grande ánimo, si bien con daño tolerable de nuestra parte.

Sin embargo, confieso que este suceso me conturbó fuera de modo, assí porque el señor Bajá, rehusando conformarse con mi dictamen, quisiesse aventurar el combate, como porque las tropas auxiliares que se esperavan no habían llegado, pues si huvieran estado presentes con todo su número y en su perfección, no hubiera yo dudado conseguir una victoria entera de los enemigos. Assí, pido y suplico humlidemente a V.A. que se digne de embiarme las dichas tropas ofrecidas, para poder vengar la acción referida con gloria de V.A., la qual de mi parte esforzaré aumentar en todas ocasiones. Esta es la verdadera e ingenua relación de lo acontecido, la qual he devido dar prontamente a V.A.

En fin, anuncio a V.A. una larga vida con muy prósperos sucessos y copiosísimos aumentos en todas sus empresas.

Dada en el Campo, junto al río Vago, a nueve de agosto 1683.

De V.A.

Muy humilde y obedientísimo servidor
Emerico Tekeli

Significó luego el señor Duque de Lorena la victoria al General Staremborg con tres tiros de artillería, la qual ocasionó al mesmo General y a toda la ciudad un extraordinario consuelo. Pero continuavan los turcos en fatigar la plaza, batiéndola **el día tres** con mayor furia que antes, echándola bombas, piedras, fuegos artificiales de diferentes géneros y, particularmente, carcassas, pero dos solas vezes y con poco fruto. También salieron en buen número los sitiados, no sin algún provecho, bolviendo a entrar con gran número de ganado mayor, que fue muy a propósito por padecerse ya entonces gran penuria de carnes frescas. El propio día, intentaron los enemigos un assalto al valuarte de Leble que, al principio, les salió bien porque se apoderaron del puesto. Mas poco se lo dejaron gozar los defensores, hechándolos con muerte de quinientos infieles, aunque no sin pérdida considerable de su parte y especialmente de muchos oficiales, entre otros el Tiniente coronel del regimiento de Staremborg, con gran sentimiento del propio General. Los soldados ordinarios muertos fueron treinta. Mas poco tardaron en vengarse los sitiados, pues haviendo **el día después** atacado los turcos a la contraescarpa por tres diferentes partes, continuando toda la noche el arma, fueron bizarramente rechazados con pérdida de más de seiscientos.

A cinco, dieron los turcos fuego a otra mina en la punta del nuevo revellín, pero inútilmente y sin el efecto que desseavan. No les fue más propicia la fortuna en otras diversas partes de las fortificaciones exteriores, atajándoles cualquier progresso el General Staremborg, que aquel día mandava en persona. Otra mina nueva, previnieron **a seis** debaxo del revellín y, aunque procuraron los christianos ocurrirle con una contramina, no tuvieron suerte de encontrarla, de modo que, **al otro día**, boló en gran daño de la plaza, llenando el fosso de la cortadura interior. Después, acometieron con tal furia el puesto que se huvieran pertrechado en él, si la resistencia de los imperiales no los forzara a retroceder muy maltratados, al cabo de una hora de contienda. Dio, a los imperiales, el buen logro de aquella ocasión nuevos alientos para salir **el día ocho** al fosso, donde sorprendieron los enemigos, que ya havían hechado muchos sacos de lana para hazerse escala al revellín, llevándose los mesmos sacos y destrozando a muchos de los que pensavan aprovecharlos. Este día, llegó el serenísimo Elector de Baviera mandando personalmente a diez mil soldados suyos, todos de excelente calidad, muy bien armados y vestidos, que luego se incorporaron en el ejército imperial.

No menos memorable hizo al propio día la célebre función con que monseñor Palavicino, Nuncio apostólico, dio la bendición al Rey de Polonia, de parte de Su Santidad, en la iglesia catedral de Cracovia, assistido de seis obispos, dos generales, muchos senadores y oficiales, assí del Reyno como del ejército; además de un numerosísimo pueblo que llorava la cercana ausencia en que, su Rey, iba a exponer a tantos peligros una vida tan preciosa y necessaria al mayor bien de su Corona. Consolávalos empero la memoria de

las muchas veces que avía derrotado a los infieles, esperando que en esta ocasión adquiriría nuevos quilates a las glorias e inmortalidad de su nombre.

Señalose, **el día nueve**, con una valiente salida que hizieron los imperiales contra el enemigo que estava alojado en el fosso, obligándole a abandonar y desbaratándole sus aproches. Verdad es, que **el día siguiente**, recobró el puesto y rehízo lo que le havían deshecho. Cabó, además, una mina debajo del revellín que estava entre los valuartes de la Corte y de Leble y, con ella, abrió una brecha de treinta varas, a la qual dio un terrible assalto, pero fue rechazado de los defensores con el esfuerzo que otras veces.

Sin embargo, temiendo no poder resistir mucho tiempo a las obras subterráneas de los turcos, **a onze**, comenzaron nuevas cortaduras detrás de los mismos valuartes. Entretanto el coronel Heusler, con ánimo intrépido, invadió al mismo campo enemigo y se llevó trecientos camellos cargados de víveres.

A doze, prosiguieron los infieles con horrible tesón el uso de sus baterías, aunque sin suspender el trabajo de las minas, pues los christianos oyeron debajo del valuarte de la Corte trabajar a una muy grande mina. A que, dada fuego **el día treze**, abrió una espaciosa brecha en la cortina que, luego, fue atacada ganando al mismo tiempo los genízaros al nuevo revellín, situado en la propia parte. Allí plantaron al instante treze banderas al son de sus añafles y chirimías, saltando y haziendo grandes fiestas a su uso. Y pensando tenerle muy seguro, le guarnecieron con quinientos hombres, mientras proseguían los otros en el avance de la cortina, pero los echaron y excluyeron totalmente de ella bien escarmentados de la mortandad que les havía costado el arrojó.

Tampoco duró mucho la fiesta ni el son de los instrumentos en el revellín, pues haviendo el General Governador hecho abrir una gran mina en las entrañas del mismo puesto, la hizo dar fuego en tan buen punto que hechó el ayre a todos los quinientos genízaros, con sus banderas, cayendo dos de ellos vivos en el fosso interior de la ciudad.

Después de tan alegre espectáculo, salieron de la plaza dos regimientos seguidos de buen número de ciudadanos que, atacando a los enemigos de costado en sus aproches, destrozaron a mucha parte de la guardia. Mas con pérdida bien lastimosa del Conde de Lesle, Tiniente coronel del regimiento de Souches. En la propia facción, quedó herido ligeramente de un flechazo en la cara el valeroso Conde de Staremborg, que acudía a cualquiera parte donde juzgava pudiesse aprovechar su asistencia personal, como el brazo o con la autoridad de su cargo.

Este mismo día, trabajando el ingeniero Rumpler a una contramina junto al baluarte de la Corte, tuvo suerte de encontrar con un arca de estaño que, al principio, pensó era algún sepulcro. Mas haviéndola abierto, halló gran cantidad de monedas de oro y plata, y muchas joyas muy preciosas dentro de otra cajilla también de estaño, en que se leyeron con fatiga esculpidos estos

dos renglones misteriosos o disparatados, quizá por no averse podido leer bien.

*Si inveneris, gaudebis, videbis, tacebis, orabis, pugnabis, aedificabis, non
hodie, nec cras, sed quia.*

Si hallares, te alegrarás, verás, callarás y rezarás, pelearás, edificarás, no oy, ni mañana. Mas porqué.

Y debajo estotras palabras, no más claras que las primeras.

Inversus Equus, Turris erecta & armata, diversa & inordinata.

Cavallo derribado, Torre levantada y armada, diversa y desordenada.

Créese que aquel tesoro le escondiese allí, el siglo pasado, un arzobispo de Strigonia quando el Sultán Solimán sitió a Viena.

Llegó a este tiempo al campo sobre Viena el Conde Alberto Caprara, ya ministro del César a la Puerta Otomana, comboyado de turcos hasta Mautern [*Mautern an der Donau—Austria*]. Y por divertimento, bien digno de la inhumanidad endemoniada de su autor, hizo el Gran Visir degollar en su presencia diez mil christianos que le havían traydo presos de diferentes partes.

A catorze, dieron los turcos un nuevo assalto tan pertinaz al revellín que se peleó dos horas con igual viveza, aunque sin adquirir la numerosa furia de los agressores más ventaja que la de alojarse en un espacio bien limitado de la punta, después de rechazados repetidas vezes de lo interior. Verdad es que, por afuera, hizieron una cortadura con una nueva trinchea y se cubrieron de tal suerte en el fosso que, no pudiéndolos ofender la artillería de la plaza, mandó el Governador mudarla a parages de donde pudiese obrar contra las baterías otomanas.

A quinze, hizieron los imperiales tres salidas con suma felicidad, quemando algunas galerías y gabiones que los infieles tenían en el fosso, pues el fuego, ayudado de un viento recio, consumió la mayor parte de aquella prevención.

Este día, solemne por la festividad de la Assumpción de la Virgen madre de Dios, partió de Cracovia el Rey de Polonia haviendo, primero Su Magestad, y todo el ejército, comulgado generalmente. Dejó a la señora Reyna, con los dos pequeños Príncipes y monseñor Nuncio, en el castillo de aquella ciudad con mil sodados de presidio y llevó consigo al hijo primogénito.

Al empezar las trompetas a tocar la marcha, enarboló el estandarte de Nuestra Señora, a cuya protección encomendó devotamente su persona y sus huestes. Mandava al ala derecha el Gran General del Reyno; a la izquierda el General del Campo y, al cuerpo del medio, el mismo Rey, con treinta y seis piezas de artillería, dándose priessa para llegar a tiempo al socorro de Viena.

Este propio día quinze mataron al buen ingeniero Rumpler, con increíble sentimiento del Conde de Staremborg por sus grandes experiencias en el arte de las minas. Sucedióle la última fatalidad el día después de haver hallado el tesoro, y fue a tesarizar en el cielo en premio de sus christianas fatigas.

Prosiguieron, **a diez y seis**, los sitiados en fortificarse dentro de la ciudad, detrás de los dos baluartes de la Corte y de Leble, frontera a la contraescarpa, guarneciéndola de palizadas. A este tiempo, llegaron los tártaros con sus correrías más allá de Kloster Neuburg, ejercitando sus acostumbradas proezas de robar, quemar y hazer esclavos y, particularmente, haziendo grande estrago en las cuevas, rompiendo y vertiendo en aquella cercanía más de veinte mil pipas grandes de vino.

A esta misma sazón, hazía gran provecho para las actuales coyunturas el tesoro del santo jubileo universal que, publicado en Roma a onze por el zelantísimo pastor Inocencio XI, iba propagándose en todos los Reynos de la christiandad, que no se saciaban de bendecir y alabar la piedad de un pontífice, a cuyo oro y lágrimas, hasta entonces, se había debido la salud del imperio y de toda la christiandad.

A diez y siete, por la parte del enemigo, boló una mina en el revellín, pero con poco daño, no haviendo movido sino algunas piedras. Sin embargo, quisieron dar el assalto, pero no les salió más favorable que la mina, antes bien perdieron mucha gente.

A diez y ocho, salió de la ciudad el coronel Dupiñi, lorenés, sin el consentimiento del General, con trecientos de sus soldados. Pero haviéndose empeñado con demasiada furia, encontrando de un número excesivo de infieles, aunque peleó tres horas continuas con imponderable esfuerzo, finalmente hubo de perder la vida con todos los suyos, sin bolver si quiera uno tan solo a la ciudad. Mas no fue menor el estrago que executaron en los enemigos.

Ya había el General Staremborg embiado diferentes personas con cartas al señor Duque de Lorena, pero los prendió todos, el enemigo, menos uno que, este día en tiempo de la salida, pasó vestido de turco con una carta que puso en manos de S.A., en que el General dava parte de *cómo hasta entonces se había sustentado el asedio a costa de mucha gente y, en particular, de oficiales. Que comenzaban a faltar las municiones de guerra. Que le habían traído un genízaro preso en el revellín, de quien había sabido que los turcos, hasta entonces, habían perdido onze mil hombres y muchos oficiales de los genízaros, entre los quales el Baxá de Mesopotamia y el de Albania. Que comenzaba a faltarles el forrage y los víveres, los quales iban a buscar muy lejos. Que también aguardaban un convoy de Buda con municiones y que, si fuese posible encontrar en el camino y romperle, podría S.A. servirse de este medio para frustrarles sus esperanzas, no dejando, empero, de pedirle humildemente socorro, conociendo ser imposible por las dificultades ponderadas llevar mucho más adelante la defensa.*

Concluía, sin embargo, la representación con su acostumbrada generosa clausura: *No entregaré esta plaza, sino quando me quede ya una gota de sangre en las venas.*

Oyeron los sitiados, **el día diez y nueve**, trabajar fuertemente los turcos en diferentes partes debajo de tierra. Lo qual fue motivo para que el General ordenasse se estuviesse con grande atención en las cuevas cercanas a la

muralla de la ciudad y, especialmente, en las más profundas porque el enemigo no penetrase impensadamente adentro de las mismas cuevas. Al propio tiempo, se contraminó fuertemente en el revellín, bolando algunas minas. Los turcos le dieron un terrible assalto de día. Mas se huvieron de retirar con la peor. Sin embargo, repitiendo de noche el acometimiento, se apoderaron de la punta del revellín.

En ese estado se hallava la angustiada ciudad de Viena, a quien las minas y la artillería havían quitado las defensas y reparos y, los assaltos y salidas, los hombres, quando para mayormente ilustrar la constancia a todas luzes heroyca de los defensores con el trabajo que, incessantemente, padecía de los enemigos, se conjuró el azote de una mortal dissentería que, encendiéndose universalmente, iva a porfía con el hierro y el fuego en quitar la vida a los militares y ciudadanos, murieron más de cincuenta al día. De esta dolencia no quedó libre el mismo General Governador, cuya maravillosa vivacidad, aunque superior al cruel achaque, sin embargo, le huvo de padecer ocho días continuos. Entonces, no teniendo fuerzas para moverse de por sí, se hazía llevar donde era menester consolando, enfermo como era, a los enfermos, alentando a los que estavan cansados y débiles e insinuándoles con energía, como suya: *Que no solo Alemania los considerava y les pedía mantuviessen animosamente aquella plaza, pero se lo requería todo el orbe christiano, atento a sus grandes acciones. Que Dios mesmo, desde la parte más sublime del cielo, estava observando con quál firmeza se oponían al diluvio de los enemigos, con quál destreza y vigor mantenían intacta la honra de sus templos y el sacrificio inefable en sus altares. No ser ya lo que passava castigo de culpas, sino prueba de su constancia atropellar por aquel camino, sin hecharlo de ver la potencia otomana, azia su fin. Abogarse los mismos faraones en la mar, sentados en el carro de sus triunfos. Que se acordassen de cuánto Dios havia cuydado en todos tiempos del honor del César, sacándole siempre con mayor gloria y reputación de las desgracias y passos más peligrosos de su vida. Haver ellos, hasta entonces, triunfado de los trabajos más penosos, estar ya cerca el socorro y la remuneración de las fatigas y, quando a alguno tocasse morir, no poderse imaginar mejor ni más santa ocasión de mejorar de vida. Poder estar seguros de que primero acabarla de vivir que, de pelear, compañero de todos en las fatigas y en las fortunas, las primeras estar muy en vísperas de terminarse y acercarse las segunda; esperassen pues y peleassen.*

Ya se havían puesto en camino las tropas auxiliares de Brandemburg, en número de quinze mil hombres, debajo del mando del General Dorfling, para juntarse con las fuerzas imperiales que mandava el señor Duque de Lorena, quando por motivos que no son de este assumpto, las mandó su mesmo dueño bolver atrás.

Entretanto los turcos, que **desde el día doze hasta el veinte**, avían probado la suerte de nueve assaltos, quisieron ver apunto en este último día cómo les saldría el dízimo, para apoderarse enteramente del revellín. Mas no solo fue mantenido intrépidamente de los defensores, pero atizada la contienda y enfervorizada por parte de los christianos con una oportuna

salida, fueron los genízaros desalojados de lo que ocupaban en el propio puesto y hechados del fosso a la contraescarpa, con muerte de todos los que no quisieron retirarse prontamente y, de cerca, sesenta imperiales.

A veinte y uno, para más atemorizarlos, exercitó el enemigo con particular aplicación sus acostumbradas crueldades, haziendo inhumanamente assar los niños christianos quitados del pecho de sus madres en las últimas correrías, y mostrándolos en las puntas de sus lanzas (horrible espectáculo) a los defensores. Amenazándoles *la misma muerte, si proseguían en contrastarles lo que presto serían obligados ceder a la fuerza*. Mas todas aquellas crueldades servían a alentar, antes que a desanimar los generosos defensores. No sucedía lo mismo con los minadores que, después de experimentado quán fácilmente habían quedado algunos de ellos sepultados en sus hoyos, apenas oían el mínimo ruido del trabajo cercano de los turcos, que no se atrevían bolver más a minar; lo qual nacía de la poca práctica de aquella gente villana y plebeya.

Passó, **el día veinte y dos**, con una salida de los imperiales, dirigida a desalojar los enemigos de alguna poca parte que ocupaban todavía de la contraescarpa. Mas socorridos poderosamente de los retenes, no solo forzaron los nuestros a retroceder con algún daño, pero bajando otra vez al fosso, tomaron puesto debajo de la punta del baluarte de Leble. Mejor efecto hizo la mina que, **el día siguiente**, se boló en el revellín, pues fue muerte y sepultura de muchos turcos que, para vengarse, acañonearon furiosamente al cavallero que domina al mismo baluarte, por haverse plantado en él una gran batería que destruía las palizadas fronteras.

En esta mesma sazón, consiguió el Conde de Serav una vitoria no despreciable de algunos rebeldes sequazes del Budiani, acometiendo y deshaziendo con grande resolución a quatrocientos, de los quales bien pocos se escaparon.

Grande aliento causó aquellos propios días, a los sitiados, la suspirada noticia de acercarse el socorro tan necessario por la escaseza a que se havían reducido, assí las municiones como el presidio.

Continuaron los turcos a minar, dando fuego **el día veinte y quatro** a dos grandes minas. Una de las quales no tuvo efecto, pero la otra sepultó a muchos de los defensores que el propio día, habiendo encontrado otra mina, la bolaron con grande daño del enemigo y, al mesmo tiempo, haziendo salida, le echaron del fosso, destruyéndole mucha gente, pero la noche recuperó el puesto.

A veinte y cinco, bolaron los turcos otra mina, a cuyo efecto se siguió inmediatamente un avance formidable de mil genízaros que, después de larga y sangrienta contienda, fueron rechazados.

Haviéndose observado, **a veinte y seis**, que los turcos prevenían una grande facción, se reforzaron todos los puestos y, particularmente, el valuarte de la Corte, mandando disponer en sitios oportunos treinta piezas de artillería para flanquearle.

A veinte y siete, atacó el enemigo por tres diferentes partes a un mismo tiempo, para divertir las fuerzas de aquel valuarte, pensando con esta estratagemata apoderarse de él. Mas hallando oposición mayor de lo que había presupuesto y, viendo disparar la artillería con cartuchos llenos de fragmentos de hierro, balas y piedras menudas, dio atrás con muy notable daño y pidió treguas para retirar los muertos, pero con cautela valiéndose de ellas para un fin muy diferente. Y fue que, figurándose estarían los defensores menos cuidadosos, a la sombra de la actual suspensión, avanzó con nueva gente y repitió el asalto más recio que al principio. Pero recibido, como siempre, con la artillería y mosquetería, perdió sin encarecimiento más de tres mil hombres.

No hicieron brecha dos minas que, **a veinte y ocho**, boló el enemigo. Mas no dejaron de ocasionar grandes recelos en la ciudad que, percibiendo tantos trabajos subterráneos contra sí, no podía contraminar por falta de minadores; hallándose toda la gente empleada en levantar cortaduras y reparos sobre los baluartes y el revellín.

Este día llegaron las tropas del Círculo de Franconia, que eran cuatro regimientos de infantería, uno de dragones y dos de corazas, a la orden del Marqués de Barreit, en tiempo que el señor Duque de Lorena tomaba la muestra general al ejército, en que entonces se contaban veinte y tres mil imperiales, tres mil polacos del Príncipe Lubomirski, diez mil del señor Elector de Baviera, diez mil de Saxonia y, de Franconia, ocho mil.

También llegaron dos Príncipes, hijos del señor Duque Ernesto Augusto de Brunswick y Luneburg, con una tropa considerable de aventureros, mostrando al César el deseo que tenían de señalarse en tan relevante coyuntura y, escusándose de no haber traído mayor socorro, aunque tenían en pie un ejército de treinta mil hombres, pero sin poderle apartar de sus confines por los zelos que dava a todos el Rey de Dinamarca que, con grandes fuerzas de mar y tierra, confederado con Francia, amenazava romper.

Entretanto habían, los turcos, apercibido cinco grandes minas para **el día veinte y nueve**, con intento de bolarlas todas de una vez y, después, dar un asalto general a la plaza para celebrar con una señalada hazaña la fiesta de la degollación de San Juan Baptista, concluyendo la empresa en su día sin saber que, detrás de aquellas fortificaciones, había otras interiores prevenidas de la suma prudencia del nunca bastantemente alabado General Conde de Staremborg que, por adentro, se había fortificado hasta el palacio del Embajador de España para hallarse en estado de defenderse hasta la llegada del socorro. Mas se les descubrió una de las minas ya cevada y cargada, de la qual se trasportaron más de setenta barriles de pólvora; socorro bien oportuno a la penuria que se padecía de ella.

Esta noche, se vieron bolar primera vez de la torre de San Estevan los cohetes concertados con los del ejército imperial, significando el mal estado de los sitiados y la necesidad de alivio, mientras los sitiadores habían amontonado faginas y sacos de lana para llenar el fosso, delante del revellín, y

prevenirse el camino a un nuevo assalto. Diéronle con increíble furor **a treinta**, pero con valentía mayor fueron desechados. **El último del mes**, bolaron una mina en la cortadura de la contraescarpa que mantenían los sitiados para cubrir sus caponeras en el fosso. Fue el efecto llevarse algunas palizadas, pero presto fueron remplazadas, defendiéndose entre tanto el puesto con armas blancas.

A primero de septiembre, bolaron los infieles otra gran mina que decidió la contienda larga y tan porfiada del revellín, quitándole todo un costado. Después dieron un furioso assalto que, reñido muchas horas, finalmente logró su intento, pero fue el duodécimo esfuerzo que, durante veinte y dos días, resistió heroicamente el presidio, mezclado de ciudadanos, habiendo hecho y defendido consecutivamente ocho cortaduras con parapetos, embarazando con ellas y la mosquetería de las caponeras y galerías el que se apoderassen los infieles, no solo del puesto referido, pero de la punta de los baluartes; siendo constante que no ganaron aquel terreno sino palmo a palmo y regado de su sangre. Mas en este último trance todo se hubo de ceder y aun dexarlos fortificar en la punta del baluarte de la Corte, de donde fue después imposible desecharlos con ninguna de las reiteradas salidas que se hizieron al propio efecto.

Finalmente, llegó el desseado Rey de Polonia con todo su ejército a Crems, adonde hecho alto en las riberas del Danubio quiso Su Magestad conferir luego, y sin perder tiempo, con el General Conde Enea Caprara sus dictámenes, en orden al modo de atacar los turcos para que los comunicasse después con el señor Duque de Lorena, a cuyo fin le combidió con un expreso a un abocamiento. Mas no pudiendo el Conde ausentarse del puesto que entonces ocupava, embió un capitán suyo, a quien entregó el Rey un papel en que expressava su magnánimo parecer tocante al socorro de la plaza, que fue sumamente aprobado y aplaudido de todo el Consejo de Guerra.

A dos, vino el señor Duque de Lorena al propio parage a encontrar a Su Magestad y, queriéndole hazer los cumplimientos devidos a su dignidad y propios de la ocasión, se le anticipó el benignísimo Rey, diciendo: *Se quedava el Rey en Polonia, que S.A. hiziesse cuenta de tener allí un hermano y un amigo y que, dentro de ambas cariñosas líneas, trataría siempre con él.* Al mismo tiempo hizo Su Magestad un acto bien digno de su grandeza, entregando al señor Duque el Príncipe, su hijo primogénito, diciéndole: *Debajo de la disciplina de tan gran capitán, aprenderás, hijo mío, los elementos más essenciales de la profesión militar.* Confirieron los dos largamente la misma tarde, la noche cenaron juntos y, dándose recíprocos abrazos, juraron hermandad al uso de Alemania y Polonia, con recíprocas promessas de ser fieles a Su Magestad Cesárea en beneficio de toda la christiandad.

Esto passava **a tres del mes**, quando la ciudad hizo una dichosa salida sobre el aporche del baluarte de Leble, consiguiendo el arruynar gran parte del trabajo de los enemigos y, a la tarde, repitió otra el coronel Conde de Souches

que, habiendo hecho pegar fuego a las galerías de los turcos, se quemaron todas con el favor del viento y juntamente los gabiones, de suerte que los sitiadores huvieron de abandonar el puesto y tuvieron los sitiados tres horas de tiempo para deshazer, sin peligro, los alojamientos del propio ataque. Fue esta hazaña tan considerable, y de tal terror a los enemigos, que passaron dos días sin que se atreviesen a hacer novedad por aquella parte.

Vino el Príncipe de Baden a dar la bienvenida al Rey de Polonia, de parte del señor Emperador, y le trajo un bastón de General guarnecido todo de piedras preciosas. Túvose Consejo de Guerra, en que de todos fue aprobado nuevamente lo que Su Magestad Polaca había propuesto.

A quatro, dieron fuego los enemigos a dos minas en el baluarte de la Corte, que le abrieron todo, por una parte. Assaltáronle consecutivamente, durando el afán tres horas enteras con mucha sangre de ambas partes y, ya habían plantado encima quatro banderas en señal de possession y victoria, quando los hecharon, menos dos mil de ellos, muertos en la demanda. Emplearon los defensores **el día siguiente** en hazer una cortadura en el mismo baluarte, reglándola con lo que de él había derribado la mina y dificultándose siempre más la possession total a los infieles, pues en la capacidad del mismo baluarte había lugar para más cortaduras; ventaja muy diversa de lo que dava de sí el Leble, más angosto y escaso de terreno.

A tres (sic) [debe decir seis], bolaron otras dos minas debajo del propio baluarte, las cuales aunque no hizieron el efecto que desseavan, sin embargo, informados del cercano socorro, acometieron aquel puesto con tal rabia que no dudaron el ocuparle. Duró mucho el contraste, con grande estrago de los agressores, pero no menor de los defensores respecto al estado en que se hallavan, siéndoles mayor daño la pérdida de uno que a los otros de diez. Con esto, a las nueve de la noche, hecharon de nuevo cohetes desde la torre de San Estevan, repitiendo las señas del mayor aprieto.

Esse último día, hallándose prevenido el puente sobre el Danubio para passar el ejército junto a Thulum, lo executó precedido del Rey y del señor Duque de Lorena, sin encontrar un solo enemigo que se les opusiese. Luego passadas las tropas, se juntó el Consejo de Guerra para determinar el día del acometimiento y se concluyó fuesse el octavo del mes. Mas las excessivas lluvias que luego después cayeron inundando la campaña, hizieron suspender la empresa hasta el onzeno.

Antes de convocarse el Consejo de Guerra, querían los Príncipes que se pusiese en práctica el ceremonial para cumplir con el Rey. Mas reparando Su Magestad en lo que esto podía dañar al más acertado servicio de Dios, y al socorro de los sitiados, declaró públicamente: *No había venido allí a usar de ceremonial, sino a manejar la espada. Que había depuesto la persona de Rey en Varsovia y tomado la de hermano de todos. Que así, tratassen de lo que más importava.* Ocioso fuera ponderar quán admirados y edificados quedaron los señores Duque de

Lorena, Electores y demás Príncipes y Oficiales mayores, que merecieron ser testigos de tan generosas expresiones.

Al ventilarse en el Consejo de Guerra la forma de emprender la liberación de la plaza, se ponderó había dos caminos: el de las eminencias y el de la llanura. A este le abonaba la facilidad de marchar doblado el ejército y, por otra parte, le disuadía el encuentro forzoso de los enemigos con estos, si bien al de la montaña le desacreditaba lo penoso de la subida, pero fue antepuesto al otro como más a propósito para el fin que se esperaba, evitándose un combate demasiado distante de donde había de lograr su fruto; además de que también habían referido los hombres más prácticos de aquellos sitios que, en la montaña, no había más guardias que unos pocos turcos con algunas piezas de artillería, colocadas en el convento de los religiosos camaldulenses.

Entretanto, repitieron las señas desde la torre de San Estevan solicitando el socorro, pues los enemigos se habían adelantado **el día siete** con cinco apaches irregulares contra la cortina y cavado siete minas, después de apoderados de una pequeña falsabrega hecha por los de adentro durante el asedio, para mejor inquietar al enemigo en el fosso. Prevenían además dos grandes minas contra cada uno de los baluartes de Leble y de la Corte.

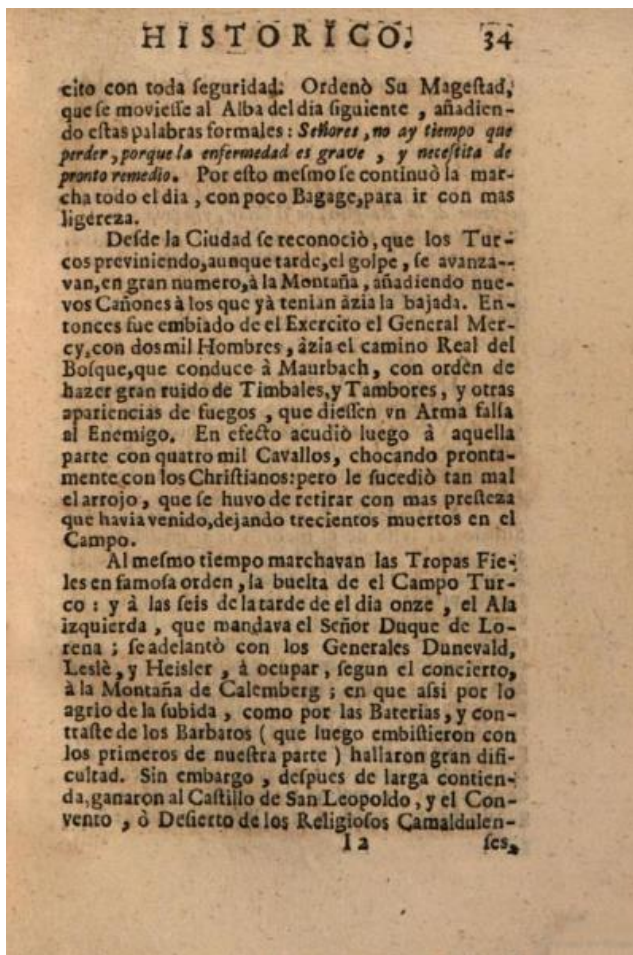
Mientras se examinaba lo más conveniente, campearon los ejércitos cesáreo y polaco en la campaña de Tulm, donde hacían a un tiempo perspectiva espantosa y hermosa; los polacos en número de veinte y cinco mil combatientes, sin los criados, con cuatro mil lanzas entre húsares y cosacos a caballo y, pendientes de las lanzas, ciertas banderillas rayadas de varios colores que hacían lindísima vista. Levántanse en medio de la infantería y de los dragones, dentro de las dos alas de los cosacos y húsares, dos sumptuosísimos pabellones del Rey con una plaza delante y, en alguna distancia de ellas, las tiendas del Gran General del Reyno; adelantándose en línea recta en frente de la retaguardia, la del General de campaña, Alférez mayor y otras esparcidas de los onze palatinos del Reyno. Veíase en el espacio de media legua la vanguardia del campo cesáreo con el Príncipe Lubomirski, sus polacos y los dragones; y al lado azia la montaña, las tropas de Saxonia, Baviera y otros auxiliares de Príncipes y Círculos del Imperio que, juntos con las milicias patrimoniales del César, hacían un cuerpo de sesenta mil hombres, toda hermosa y brava gente que, unidos a los polacos del Rey, formaban un ejército de noventa mil hombres efectivos. Por la tarde, fueron observadas algunas tropas turcas que a toda priessa se adelantaban al Danubio, creyendo se acercaba el socorro por allí. Mas presto desengañadas, volvieron a sus cuarteles.

El padre Marcos de Aviano, capuchino, embiado de Su Santidad al ejército a instancia del señor Emperador, pasó **el día ocho** a las tiendas reales, en que se celebró la santa missa y comulgó al Rey, al Príncipe primogénito y a los principales Generales. Después dio la bendición a ambos

exércitos y assistió en ellos, con un santo Christo en la mano, el día del combate.

Después de aquel acto, repitieron los generales sus conferencias no permitiendo las incessantes lluvias proseguir el camino de la montaña. Entonces, vino aviso de que los infieles comenzaban a retirar algunas piezas gruesas de artillería, como si antevieran lo que avía de suceder.

A nueve, fueron a ver al Rey los señores Electores de Baviera y Saxonia, Duques de Lorena y Hanover, Príncipes de Anhalt y de Saboya, y otros Príncipes del Imperio hasta número de catorze, y los generales y palatinos con otros cavalleros aventureros. Oyeron todos a unos cazadores y aldeanos que ofrecían guiar al exército con toda seguridad. Ordenó Su Magestad que se moviesse al alba del día siguiente, añadiendo estas palabras formales: *Señores, no ay tiempo que perder porque la enfermedad es grave y necessita de pronto remedio*. Por esto mesmo, se continuó la marcha todo el día con poco bagage para ir con más ligereza.



Desde la ciudad se reconoció que los turcos, previniendo, aunque tarde, el golpe, se avanzaban en gran número a la montaña, añadiendo nuevos cañones a los que ya tenían azia la bajada. Entonces, fue embiado del exército el General Mercy con dos mil hombres azia el camino Real del bosque que conduce a Maurbach, con orden de hazer gran ruido de timbales y tambores, y otras apariencias de fuegos, que diessen un arma falsa al enemigo. En efecto, acudió luego a aquella parte con quatro mil cavallos chocando prontamente con los christianos, pero le sucedió tan mal el arrojo, que se hubo de retirar con más presteza que havia venido, dejando trecientos muertos en el campo.

Al mesmo tiempo, marchaban las tropas fieles en famosa orden la buelta del campo turco y, a las seis de **la tarde del día onze**, el ala izquierda que mandava el señor Duque de Lorena se adelantó con los Generales Dunevald, Leslé y Heisler a ocupar, según el concierto, a la montaña de Kalemberg; en que

así por lo agrio de la subida, como por las baterías y contraste de los bárbaros (que luego embistieron con los primeros de nuestra parte), hallaron gran dificultad. Sin embargo, después de larga contienda, ganaron al castillo de San Leopoldo y el convento, o desierto de los religiosos camaldulenses, en la

propia eminencia. Fue el combate obstinado y cruel, y muchas veces dudoso. Mas finalmente, lo allanó todo el ánimo y actividad invencible del señor Duque de Lorena que bolava a todas partes la espada en mano a alentar los combatientes, representándoles *la necesidad de la plaza en honor de la religión, del César y su propio crédito*. Seguía buen número de nobles aventureros alemanes, italianos y flamencos, entre otros el Marqués de Patella, que llevaba consigo sesenta valerosos voluntarios, con que dio alcance al enemigo cortando él mismo la cabeza a un Bajá, sin más daño de los suyos que cinco heridos y uno muerto.

El cuerpo de la batalla que mandaban los señores Electores de Saxonia y Baviera y el Príncipe de Valdec, avanzó inmediatamente tras el señor Duque de Lorena; y el ala derecha polaca, marchó azia el torrente o pequeño río de la Viena.

A la tarde, se dio con tres cañonazos el aviso del socorro. **A medianoche se repitió la propia señal y, otra vez, antes del amanecer. Al rayar del alba,** con una batería plantada la propia noche al pie del monasterio, se comenzó a disparar fuertemente contra los enemigos que de cerca disputaban el terreno. Mas con todo, se iba ganando y bajaban las tropas azia lo llano la buelta de Teblín, aun mientras se peleava, mudándose de hito en hito los cañones de campaña. Al acabar de bajar, fueron explayándose los ejércitos cesáreo y polaco. El ala derecha que este formava, tomó el camino de Sempium al mismo tiempo que el señor Duque de Lorena embiava tres regimientos de infantería, segundados de otro de dragones contra los turcos, que en gran número se habían fortificado allí. Pero desalojados, y muy maltratados de aquella gente, quedaron excluydos de toda la montaña y demás eminencias hasta el Danubio.

Entonces, habiendo los turcos bolado una mina debajo del baluarte de Leble (que casi entero se le llevó el ayre), le dieron el avance más terrible que se había visto en todo el asedio, impelidos de las nuevas ansias de concluir la empressa a la vista tan inmediata del socorro.

Hizo el señor Duque de Lorena atacar a todo trance las líneas del enemigo, según lo resuelto en el Consejo de Guerra y, aunque se resistiesen indeciblemente los contrarios, de suerte que dos regimientos alemanes quedaron casi totalmente deshechos en el ataque, sin embargo, acudiendo S.A. con el resto del ejército austriaco y los auxiliares saxones y bávaros, a la orden del Príncipe de Valdec, penetró finalmente después de dos horas de contienda las trincheas. Y luego lo embió a significar al Rey que, en una eminencia ganada al enemigo, tenía ya plantada su artillería con intento de diferir la batalla hasta el día siguiente. Mas entonces, haziendo apeaar los criados polacos, les mandó acometer también la circunvalación por aquel costado y, fue Su Magestad tan bien servido que, en instantes, los vio dentro y penetraron ambos ejércitos con tales bríos por el campo turco que le quitaron una batería de diez y seis cañones, ocupada antes en batir la ciudad y, en este

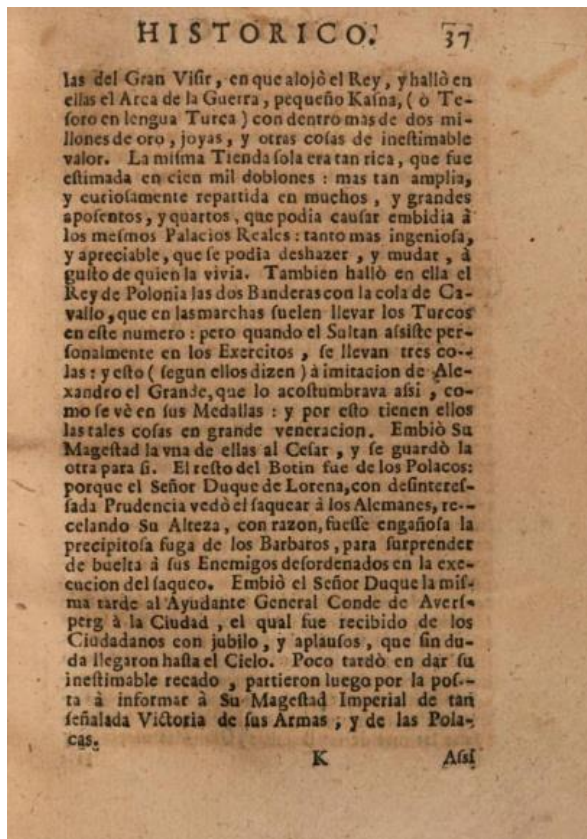
lance, estaba buelta contra la gente del socorro. Retiróse muy depriessa el enemigo a otros quarteles, creyendo que los exércitos christianos se contentarían con solo introducir socorro en la ciudad, sin obligarle a abandonar enteramente el assedio. Mas viendo el Rey que los imperiales con tanta felicidad havían superado el primer quartel, ordenó se prosiguiesse el combate con más calor sin detenerse en embiar gente a la plaza, la qual impensada resolución aturdió a los bárbaros. Mientras, Su Magestad, viendo que un grueso de diez mil genízaros havía estrechado de tal suerte sus hileras que parecía imposible romperle, mandó le atacasse un cuerpo de hússares que, entrándole furiosamente a lanzadas, le pusieron luego en confusión; quedando assimesmo rota el ala izquierda turca de los imperiales, cuyos Príncipes, Generales, Oficiales y Soldados hizieron inexplicables proezas. Viendo el Conde de Staremborg a quán grandes passos se iba declarando la victoria por los christianos, dispuso una salida improvisa (de gran momento a la felicidad del suceso) encargada a los coroneles Souches y Schaffemberg, por quatro diferentes partes de la ciudad, degollando quatro mil de los sitiadores que después se contaron muertos en el fosso, y poniendo en fuga desordenada los demás que assistían a los ataques. Poco después sucedió lo propio de la cavallería que, viendo los suyos hechados de las trincheas, desamparó enteramente la infantería, de cuyo cuerpo fueron unos doze mil hechos pedazos. Y, como al mismo tiempo, se vieron muchos genízaros que unidos iban buscando y preguntando ansiosamente por el Gran Visir (que ya se havía apartado algo del campo) como si tuvieran algún gran tesoro que entregarle, avisado el Rey de la novedad fue luego en su alcance. Halló era una tropa de aquella milicia destinada a cuydar del Estandarte verde de Mahoma, que el Primer Visir suele recibir con ceremonia y, juntamente, las dos colas de cavallo de mano del Sultán antes que se mueva con el exército. Y agarrando Su Magestad del Alférez que le llevaba, después de breve pero fuerte lucha, que terminó con la muerte del infiel, quedó el éroe christiano dueño de la prenda y la hechó a los cavalleros que le seguían y la recogieron. Esta mesma, fue después embiada a presentar a Su Santidad.

No es fácil representar en este periodo la consternación, el miedo y el terror de aquel grande exército de bárbaros que, poco antes, havía causado tanta aprehensión a Alemania y a toda la christiandad. Huviérades visto algunos, ciegos de la turbación, hecharse de por sí en las espadas christianas. Otros apearse con la mayor vileza a pedir de rodillas (aunque en vano) la vida. Otros llorar y herirse los pechos, arrepentidos del infausto empeño. Otros innumerables encomendarse a la más veloz fuga, aligerándose del dinero, armas y bagage. El mesmo Gran Visir (como uno de sus esclavos, que le servía en la Cámara durante el assedio, lo contó al Rey de Polonia) no ligeramente herido, viendo muertos poco lejos de él quatro de los más principales Bajaes, sin llegar a sus tiendas, donde le tenían apercebido su cavallo muy pomposamente enjaezado, montó en el primero que se le ofreció

y, con algunos cañones y carros de bagage, llorando inconsolablemente se huyó; semejante al terrible Xerxes que, ya dueño y cabo de un formidable y numerosísimo ejército, derribador de montañas, tragador de ríos, después de pasado el mar a caballo y navegado en tierra firme, solo y desamparado, fue visto huirse en una pequeña lancha por el mismo Helesponto que antes había domado con puentes y, vanamente, hechóselo esclavo con cadenas.

Cessada la pelea y executada, como queda dicho, la fuga de los infieles, estuvieron los vitoriosos para servirse de la ocasión y terminar aquel día tan grande vitoria, pero se les opusieron dos considerables e invencibles obstáculos. El primero, fue el cortísimo bagage con que se habían apressurado al ataque de las líneas enemigas, de calidad que se lo pasó el Rey dos días con solo pan y vino y, los demás, ni aun con tanto y los más con agua sola; demás de que los cavallos casi se caían de hambre por no haverse sustentado aquellos propios días sino con las poquísimas yervas que se hallaron en aquellas colinas. Cansados pues, de las fatigas de las marchas y del combate, fueron forzados a repararse. El segundo obstáculo, no menos considerable, fue la noche que sobrevino a favorecer al enemigo después de la batalla, dándole lugar de salvarse azia Schwequet. Alojó el ejército vitorioso en el campo turco, hallándole en tan buena orden y disposición que parecía una bien reglada ciudad. Tenía sus calles cortadas a nivel y hasta sus paseos con todas comodidades y delicias imaginables, como si los turcos huvieran venido antes a divertirse que a pelear. Llegaron las tiendas principales al número de quatro mil, entre las cuales muchas muy sumptuosas y ricamente

alhajadas como, sobre todo, las del Gran Visir, en que alojó el Rey. Y halló en ellas el arca de la guerra, pequeño Kasná (o tesoro en lengua turca) con dentro más de dos millones de oro, joyas y otras cosas de inestimable valor. La misma tienda sola era tan rica, que fue estimada en cien mil doblones. Mas tan amplia, y curiosamente repartida en muchos y grandes aposentos y quartos, que podía causar embidia a los mismos palacios reales, tanto más ingeniosa y apreciable que se podía deshazer y mudar a gusto de quien la vivía. También halló en ella el Rey de Polonia las dos banderas con la cola de cavallo, que en las marchas suelen llevar los turcos en este número, pero quando el Sultán assiste personalmente en los exércitos, se llevan tres colas. Y esto (según ellos dicen) a imitación de Alexandro el Grande, que lo acostumbrava assí, como se ve en sus medallas. Y por esto, tienen ellos las tales cosas en grande veneración. Embió Su Magestad la una



de ellas al César y se guardó la otra para sí. El resto del botín fue de los polacos porque el señor Duque de Lorena, con desinteresada prudencia vedó el saquear a los alemanes recelando Su Alteza, con razón, fuese engañosa la precipitosa fuga de los bárbaros, para sorprender de buelta a sus enemigos desordenados en la ejecución del saqueo. Embió el señor Duque, la misma tarde, al ayudante general Conde de Aversperg a la ciudad, el qual fue recibido de los ciudadanos con júbilo y aplausos que, sin duda, llegaron hasta el cielo. Poco tardo en dar su inestimable recado, partieron luego por la posta a informar a Su Magestad Imperial de tan señalada victoria de sus armas y de las polacas.

Assí mereció, **el felicíssimo día doze de septiembre**, ser registrado entre los más dichosos que haya en ningún tiempo ilustrado las glorias christianas, después de librada segunda vez la nobilíssima ciudad de Viena de un estrecho y obstinadísimo asedio, un día antes del propio mes que el año mil quinientos y veinte y nueve fue atacada del Sultán Solimán y, defendida entonces con menos sangre por el valor y fortuna de Carlos Quinto, que obligó al mismo Solimán, a catorze de octubre, a retirar su ejército de ducientos mil hombres del asedio; pero no con gloria igual, pues no fue en tiempo que duravan los ataques, como en esta última ocasión, que governava la plaza un Conde de Staremborg, idea de todas las calidades militares que requería, no solo su puesto, pero los más elevados de su profesión. Y, en verdad, muy adecuadas al peligro que, con todas apariencias era de temer cansasse y oprimiesse la constancia de los defensores. Mas quiso Dios hazerla libre y afamada quando nada, o bien poco en el feliz siglo presente, se esperaba de los hombres porque se luciesse más el milagro y se le atribuyesse, principalmente, el beneficio y gracia recibida que no podía venir de otra parte, hallándose la ciudad reducida a los extremos de la más desesperada constitución.

Havíase consumido la mayor parte de los soldados y ciudadanos capaces de pelear. Ocho mil se había llevado el hierro y el fuego de los bárbaros, otro gran número también se habían tragado las operaciones subterráneas e, innumerables, los achaques epidémicos. A los vivos faltavan casas en que habitar, abiertas o destruidas las más de las bombas, granadas mayores y piedras arrojadas de los trabucos, o derribadas a cañonazos. Faltavan los alimentos, pues quitado el pan, que todavía se hallava con menos escaseza, un huevo costava seis gruessos; esto es poco menos de dos reales de plata, valiendo el real de a ocho treinta gruessos. Una libra de carne de vaca, diez sueldos; una de ternera, veinte sueldos; un par de gallinas, seis pesos; un par de ánades, quatro florines (que son las dos de tres partes del valor de un doblón); un pavo, seis reales de a ocho. Y aunque parecía abundasse la harina, pero el pan que en otros tiempos valía un grueso, había subido a veinte gruessos. Otra cosa no se oía en la ciudad que temblores de las minas, que convertían las casas en sepulturas de sus mismos dueños; o lamentos y voces

por la muerte improvisa de los hijos y parientes a lluvias de piedras, a caídas de bombas y otros fuegos artificiales que, a todas horas, tomaban por blanco las personas; o los tejados, de suerte que no quedava hora ni parte segura donde abrigarse o descansar. Y todo era poco, respeto a la pena del temor concebido de lo que sucedería si se perdiese la plaza por assalto, y aun por concierto. Pues según lo que diariamente referían los prisioneros, tenían los infieles, deliberado executar en los naturales el mayor y más cruel estrago que, en ninguna era, inventó la más infernal inhumanidad. Pero no lo permitió el cielo, que (si se puede hablar assí) havía quedado tan admirado como satisfecho de la firmeza sobrehumana de los sitiados. Siendo assí, que la incomparable prudencia y gobierno militar del señor Duque de Lorena durante el assedio, que la campaña estava casi inundada toda de turcos y tártaros, apenas bastó a conservar intacto de necessidades y achaques, y aun de sediciones, el ejército de su inspección que después se immortalizó en la liberación de la plaza. Ni, finalmente, permitió la pérdida de esta el valor christiano y zelo guerrero del siempre glorioso Rey de Polonia que, abandonando su Reyno para defender la jurisdicción de la cruz y, trocada la corona en celda, emplear el alfanje católico de su afamada nación en provecho de la Religión y del Imperio; pudiendo blasonar muy dignamente (quando no en el language de la superstición antigua de Hércules y Marte) de azote de los infieles, campeón de Christo, defensor del evangelio y libertador de la Germania, y de toda la Europa christiana, que una vez cayda Viena en manos de los turcos, huviera dilatado, pero muy difícilmente evitado, la esclavitud.

Varias fueron las hablillas y los cuentos que se oyeron después de la victoria, citando algunos la maldición que a corrida dio su padre Ibrahim al Sultán moderno, quando para alcanzar el Imperio de mano de los genízaros, firmó el decreto de su muerte y que, por este acto parricida, le auguró la desgracia y ruina del Estado y, atribuyendo a la propia maldición la borrasca que oy padece Mehemet IV. Otros referían el sueño funesto que este mesmo Sultán tuvo, todavía de edad de quinze años, en que se le representó ser improvisamente acometido de un Príncipe christiano y, cortándole la cabeza, por cuya interpretación (como es costumbre de los turcos) acudió a su muftí y a los doctores del *Alcorán*. Mas primero quiso ver los retratos de todos los príncipes de Europa y, después de considerádoslos atentamente uno tras otro, llegando al del emperador Leopoldo I, quedó atónito confessando era el mesmo de quien se havía soñado. Aun havía turcos que, como desde el principio no aprobaron aquella expedición, por ser contra la palabra dada al Emperador de las últimas treguas aún no expiradas, dezían pronosticó el muftí un mal successo a los mussulmanos. Añadiendo era castigo muy merecido de Dios, a quien havía ofrecido solemnemente Solimán, después de levantado el sitio de Viena, que él ni ninguno de sus descendientes y sucessores passaría en adelante el río Raab, si no fuesse por legítima causa. Mas la verdad de esto (según el éxito lo ha manifestado) fue una imprudencia del Primer Visir que,

engañado de sus consejeros o persuadido de los rebeldes, se dejó traer a una plaza situada en las entrañas del pays enemigo, olvidado de las que dejaba atrás, empeñándose sobre una a cuya defensa y liberación (como en efecto sucedió) habían necessariamente de acudir todos los Príncipes del Imperio y el mismo Rey de Polonia personalmente, en virtud del último capítulo de la Liga. Todo obra y efecto de la iusticia divina que, en esta ocasión como en otras, quiso valerse del infiel como de azote para castigar saludablemente los suyos y, después, romperle y hecharle por el suelo.

En la ciudad, durante el asedio, perecieron muertos de armas o enfermedad cerca de diez y seis mil ciudadanos y soldados. En el ejército imperial, el día de la batalla, mataron al hermano del Duque de Croy e hirieron al Duque mismo. También mataron al Sargento mayor del regimiento de Sulz. Y de los polacos, un sobrino del Rey, e hirieron al Gran General. Los soldados ordinarios polacos muertos fueron setecientos y, de los imperiales, vassallos propios de Su Magestad cesárea, tres mil. Del ejército auxiliar de los señores Electores y Círculos del Imperio, quedó ligeramente herido de un flechazo el señor Elector de Saxonia, habiéndose empeñado con bravura imitable de pocos en lo más caluroso y confuso de combate, de donde salió tan sangriento que apenas le reconocieron sus propios soldados, de los cuales murieron quatrocientos. El señor Elector de Baviera, arrebatado de bríos verdaderamente heroycos, se adelantó tanto que se halló embuelto en un gran cuerpo de infieles hasta que, con su propio esfuerzo y el de uno de sus regimientos de dragones, triunfó del aprieto, en que también perdió quinientos de sus soldados. Del regimiento de Mansfeld no quedó hombre vivo, sino un solo Capitán, habiéndose sacrificado los demás a la inmortalidad propia y a las glorias de la fe de Christo. Del regimiento del Duque de Vitemberg, fuerte de mil y ducientos hombres, sobrevivieron solo ducientos. En conclusión, quedó el ejército imperial desminuido de quatro mil entre oficiales y soldados. Mas fue incomparablemente mayor el daño de los bárbaros, habiendo primeramente sido degollados en el fosso los quatro mil que davan el assalto y cerca de cinco mil en el combate, sin otros mil fugitivos en el campo, entre los quales Ibrahim Bajá, General del campo, con otros muchos de su misma calidad. Otros mil que, no sabiendo el suceso del combate, intentaron defenderse en la ciudad que ya fue de los judíos y se llama oy Leopoldstat, o Leopoldina, situada en la isla. Y, finalmente, otros mil y quinientos heridos y enfermos que se hallaron en los quarteles y, aunque pidieron quartel, no pareció al Rey concedérsele porque no consumiessen indignamente los víveres y, también, por ser muy fresca la memoria de los muchos millares de inocentes, en que el Visir y los tártaros habían cevado su crueldad.

Durante el asedio, assí en los ataques como en los assaltos y salidas de los defensores, y en otras facciones de la misma campaña, llenaron los turcos y tártaros muertos el número de setenta mil y hubo tres mil prisioneros. Los

fugitivos se apartaron con velocidad tan igual al terror que los llevaba, que bien poco pararon hasta verse al abrigo de las plazas de su pays.

La mañana del día treze, al salir del alba, se bolvió en varias partes a pelear, haviendo la cavallería polaca en dos leguas de distancia dado alcance a la infantería enemiga fugitiva y, abandonada de su cavallería, la passó toda a cuchillo. Lo propio aconteció en los arrabales, entre cuyas ruinas se hallaron muchos escondidos y también a los minadores que, ignorando lo que passava fuera de sus hoyos y galerías, hallaron la muerte al salir de ellas. Mas de diez mil esclavos christianos recobraron la libertad, no haviendo podido llevarlos consigo los bárbaros y, haviendo entre los que gozaron de aquel beneficio muchos muchachos huérfanos, de edad de diez hasta quinze años, los acomodaron en los lazaretos y hospitales de la ciudad.

Este mismo día, entraron triunfantes en Viena los señores Rey de Polonia y Duque de Lorena, precedidos de las colas de cavallo que se habían hallado en la tienda del Gran Visir. Fueron encontrados de todos los ciudadanos, admitiendo el Rey con un cumplimiento recíproco de lágrimas de alegría, al pueblo, a besar la mano, que había sido el instrumento más noble de su liberación. Y esto cerca de la iglesia de San Estevan donde, y después en la de los Agustinos Descalzos, hizo cantar un *Te Deum* acompañado de una salva de toda la artillería y del son de las campanas. De allí fue, con el señor Duque de Lorena, a cometer en casa del General Gobernador, que los regaló suntuosa y exquisitamente con las provisiones que se habían hallado en el campo turco.

Es casi impossible contar la fiesta y el júbilo universal que experimentaron en aquel felicísimo ingresso, assí de los pocos ciudadanos que habían sobrevivido a tantos trabajos como de los soldados que, todos con infinitos aplausos y comparaciones heroicas, no acababan de pronunciar los mayores encomios que les dictava el zelo y el ingenio, aunque todos escasos y desiguales al mérito de aquellos Príncipes de la soldadesca alemana, imperial y auxiliar. Mas sobre todo del glorioso Rey de Polonia. Unos haziendo el paralelo de la ciudad de Viena con la de Roma, sitiada muchos siglos ha de los galos senones, dezían era mayor que Camilo, pues no rogado como aquel antiguo, sino de su voluntad, había venido no a defender la patria, sino una ciudad, aunque amiga, no suya. Y de aquí, passando al señor Duque de Lorena, le comparavan con el antiguo Fabio Romano, pero con esta diferencia, que aquél (dezían) restauró la República sentado y éste siempre andando y trabajando con el ejército, quitando ayer la vida y oy los víveres a los bárbaros. Añadían no se había mostrado en las obras inferior a su excelsa prosapia, verdadero descendiente del piadoso Jofrepe Bulion, siendo glorias muy iguales la de recobrar una ciudad a Christo, como ese otro héroe, y la de conservar otra ciudad a nuestro mesmo Dios, como este. De su magnánimo, prudente y constante Gobernador y conservador el Conde Ernesto de Staremborg, no sabían por dónde empezar a hablar, no pareciéndoles bastante

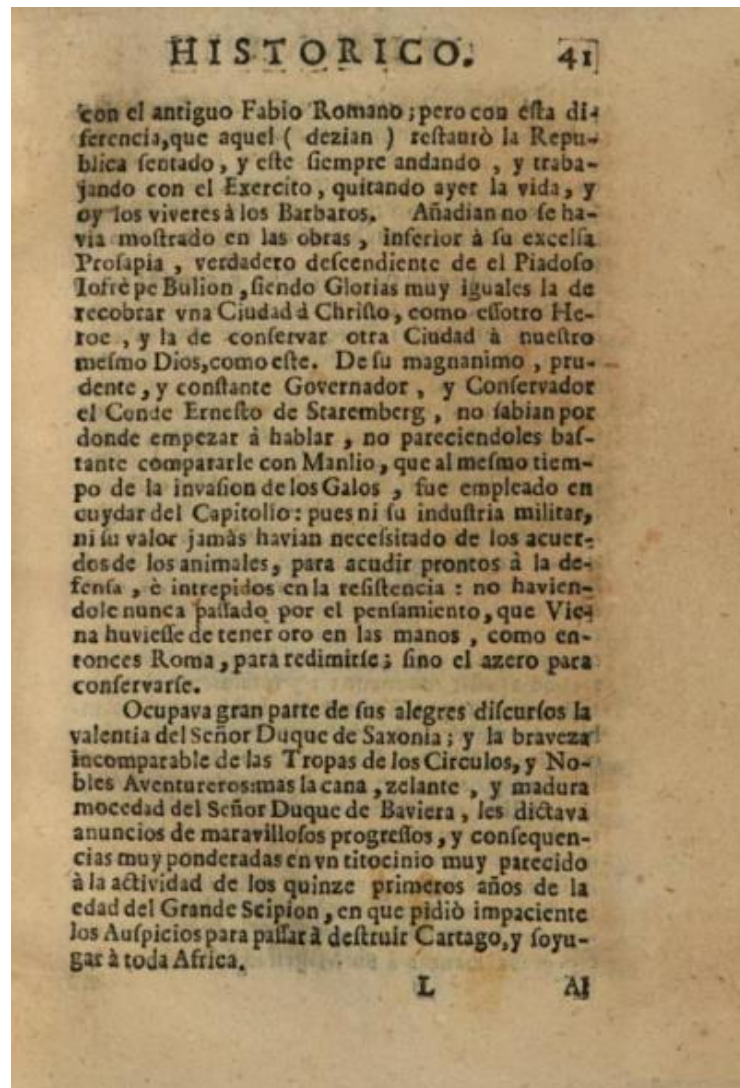
compararle con Manlio que, al mismo tiempo de la invasión de los galos, fue empleado en cuidar del capitolio, pues ni su industria militar ni su valor jamás habían necesitado de los acuerdos de los animales para acudir pronto a la defensa, e intrépidos en la resistencia, no habiéndole nunca pasado por el pensamiento que Viena hubiese de tener oro en las manos, como entonces Roma, para redimirse, sino el azero para conservarse.

Ocupava gran parte de sus alegres discursos la valentía del señor Duque de Saxonia y la braveza incomparable de las tropas de los Círculos y nobles aventureros. Mas, la cana zelante y madura mocedad del señor Duque de Baviera, les dictava anuncios de maravillosos progressos y consecuencias muy ponderadas, en un titocinio muy parecido a la actividad de los quinze primeros años de la edad del grande Scipion, en que pidió impaciente los auspicios para passar a destruir Cartago y soyugar a toda África.

Al Sumo Pontífice y al señor Emperador se aplaudía con admiración, alabando en el uno la plata de las lágrimas y el oro de los donativos, para mantener tanto tiempo su ciudad, y finalmente para liberarla, y en el otro la piedad y la incansable aplicación a los negocios más arduos.

Después del banquete, los señores Rey y Duque, y Conde General, fueron a ver los trabajos y obras de los turcos en que, junto el odio con la admiración, les parecía ver una ciudad subterránea

con varias calles cubiertas que, muchas veces se extendían a una hermosa plaza, con cajones de madera y muchas enladrilladas como grandes aposentos, donde se entretenían los oficiales y los soldados, con innumerables callejuelas hondas la altura de un hombre, que parecían laberintos, cubiertas de sacos llenos de lana y tierra, de cuyo género había a centenares de millares para resguardarse de los cañonazos y mosquetazos. Viose también en el fosso, desde la contraescarpa hasta el revellín de la Corte, de aquellos sacos y faginas, de suerte que la misma cavallería podía passar por encima. Y totalmente desfigurado y rebuelto el baluarte de Leble, como también dentro de la ciudad la nueva fortificación que llegava hasta el palacio del Embajador de España. Y



después, habiendo considerado el Rey la angustia a que estava reducida la ciudad, buelto al Conde de Satremberg, honró con reales encomios la cordura y el valor que, con tanta industria y resolución entre tantas dificultades, havía sabido mantener y conservar la plaza. A cuyas expressiones, humillándose el General, dio recíprocas alabanzas a Su Magestad de la sabia y feliz conduta del socorro, añadiendo que el cumplimiento de sus deseos huviera sido emplearse en campaña en su Real servicio para aprender, debajo de su acertado mando, la verdadera norma del guerrear. Entretanto, salieron los naturales a recoger su parte del botín y hallaron gran cantidad de costales de harina que se contavan a millares, ordeo, arroz, caffè y otros géneros de mantenimientos que no se pueden registrar con certeza y distinción, pues fue demasiado el número de quien se los llevó sin cuenta ni razón. Lo que se pudo contar fueron ochocientos bueyes hallados en el campo y dos mil carros de cevada para los cavallos, que vinieron muy bien para el regalo y sustento de la cavallería christiana. De municiones y pertrechos de guerra que se havían de transferir al arsenal de la ciudad, cañones, trabucos y otros instrumentos, se havía entonces descubierto ya lo siguiente:

Cañones gruesos y menores, entre los quales havía muchos tomados a polacos, venecianos, persianos y moscovitas, ciento y sesenta.	160.
Trabucos para echar bombas y piedras, quarenta.	40.
Ducientos carros de pólvora. Sin otros tres carros que, inadvertidamente, volaron al ayre.	200.
Plomo en barras, quatro mil libras.	4.000.
Granadas de mano de metal, diez y ocho mil.	18.000.
Granadas de hierro, dos mil.	2.000.
Zapas y palas nuevas, diez mil.	10.000.
Balas de cuerda, mil.	1.000.
Balas de fuegos artificiales, dos mil.	2.000.
Pez griego, cinco mil libras.	5.000.
Olio de piedra, mil libras.	1.000.
Olio de lino, cincuenta mil libras.	50.000.
Salitre, quinze mil libras.	15.000.
Cierto metal que se cree era para hazer moneda, treinta mil libras.	30.000.
Costales de pelo para llevar tierra, ducientos mil.	200.000.
Barriles de clavos de herrar cavallos, diez.	10.
Clavos grandes de hierro para fabricar puentes, cinco mil.	5.000.
Linternas grandes, mil y quinientas.	1.500.
Pieles de ovejas, quatro mil.	4.000.
Alabardas, veinte mil.	20.000.
Bolsas de piel para pólvora, veinte mil.	20.000.
Guadañas para cortar heno, quatrocientas.	400.
Arcabuzes nuevos de genízaros, quinientos.	500.
Balas de lana hilada, y por hilar, cinquenta.	50.

FLORO	
Balas de fuegos artificiales, dos mil.	20000
Pez Griega, cinco mil libras.	5000
Olio de piedra, mil libras.	1000
Olio de lino, cincuenta mil libras.	50000
Salitre, quinze mil libras.	15000
Cierta metal, que se cree era para hazer moneda, treinta mil libras.	30000
Costales de pelo para llevar tierra, ducientos mil.	200000
Barriles de clavos de herrar cavallos, diez.	10
Clavos grandes de hierro para fabricar puentes.	5000
Linternas grandes, mil y quinientas.	1500
Pieles de Ovejas, quatro mil.	4000
Albardas, veinte mil.	20000
Bollas de piel para polvora, veinte mil.	20000
Guadañas para cortar heno, quatrocientas.	400
Arcabuzes nuevos de Geniziros, quinientos.	500
Balas de lana hilada, y por hilar, cinquenta.	50
Costales de lana vacios, mil.	1000
Laminas grandes de hierro, y adargas, veinte mil.	20000
Gordura, y sebo, diez mil libras.	10000
Vasos para polvora dos mil libras.	2000
Otros mayores, que usavan en las minas, ducientos.	200
Fuelles para apagar las Bombas.	40
Fierro no labrado, diez mil libras.	20000
	Inf.

Costales de lana vacíos, mil.	1.000.
Láminas grandes de hierro y adargas, veinte mil.	20.000.
Gordura y sebo, diez mil libras.	10.000.
Vasos para pólvora, dos mil libras.	2.000.
Otros mayores que usavan en las minas, ducientos.	200.
Fuelles para apagar las bombas, quarenta.	40.
Fierro no labrado, diez mil libras.	10.000.
Instrumentos de madera para levantar máquinas, dos mil.	2.000.
Yunques grandes de hierro, diez y seis.	16.
Carros vacíos para municiones, ocho mil.	8.000.
Bombas grandes, tres mil.	3.000.
Balas de varios géneros, diez y ocho mil libras.	18.000.
Instrumentos para echar granadas, veinte mil.	20.000.

Finalmente, muchas sogas y cables para mover la artillería. Para conducción de todos aquellos géneros fueron embargados quantos cavallos, azémilas y carros se pudieron hallar, haziéndose la cuenta necessitavan de seis semanas para acabar la tarea.

Bolvió por la tarde el Rey al campo a disponer la marcha de su ejército en seguimiento del enemigo. Y el día después, despachó por la posta al Conde Thomas Talenti, luqués, su secretario, con el estandarte verde de Mahoma

(que se dijo ganó Su Magestad por su mano) a presentar a Su Santidad, con una carta en que resumía el suceso.

Recibida del César la nueva victoria alcanzada de sus armas y de las polacas con lágrimas de ternura, llevadle por el Conde de Aversperg, partió luego a Viena, donde entró triunfante **el día catorze** acompañado de los señores Electores de Saxonia y Baviera y de otros muchos Príncipes y Generales. Y fue recibido con imponderables aplausos de los ciudadanos y soldados armados y, puestos en hileras, fuéronle presentadas las llaves de la ciudad por el General Conde de Staremborg, a quien, y al disminuido y valeroso presidio, consoló con su augustísima presencia. Y asistió a la missa solemne y *Te Deum*, que se cantó en la iglesia catedral de San Estevan con tres salvas de todo el bronze y mosquetería de la plaza. Acabada esta función, queriendo Su Magestad Cesárea mostrar la mucha estimación que hazía de quien con tanta constancia había defendido su ciudad metrópoli y su residencia, declaró al Conde de Staremborg Mariscal de campo General, prometiendo impetrarle de Su Magestad católica el insigne collar del Tusón de Oro, y le hizo merced de cien mil reales de a ocho por señal de su imperial gratitud y de una renta anual muy considerable. También visitó los aproches y trincheas de los infieles, lastimándose de la ruina y mal estado de las fortificaciones de la ciudad. **A quinze**, fue a cavallo a ver el ejército en la cercanía de Schweket, cortejado de muchos Príncipes y Cavalleros, de cuya llegada, avisado el Rey de Polonia que estava en su tienda, se puso a cavallo y, en un momento, se vio su ejército (entonces, confuso en el campo) reordenarse formando un medio círculo, habiéndose concertado en este modo el abocamiento. Adelantándose pues el Emperador, y el Rey por su parte, ambos a cavallo y fronteros el uno al otro, de calidad que juntándose de lado las cabezas de los cavallos, había lugar de darse recíprocamente la mano. Habló primero el Emperador y respondió el Rey y, abrazándose con gran ternura, alternaron las respuestas hablando uno y otro en latín buen rato, parte del tiempo oydos de todos los Cavalleros y parte solos. En la misma ocasión, quiso el Rey que el Príncipe, su hijo primogénito, besasse la mano al César, que al principio lo rehusó, pero ordenádoselo segunda vez el Rey al Príncipe, se lo permitió benignamente el Emperador, pero en el propio acto del besamano le dio un cariñoso abraço. Executaron la misma demonstración de obsequio al César el gran General de Polonia y otros principales Cavalleros polacos, los quales luego apartados, mostró el Rey a Su Magestad Cesárea cartas importantes (como se cree) halladas en la secretaría del Gran Visir.

Después de despídose Su Magestad Polaca, el Emperador servido del Gran General fue a ver todo el ejército que, según se acercava Su Magestad Cesárea y passava delante de las tropas, desfilavan a veinte hombres de frente, de modo que le vio marchar, todo con comodidad y singular satisfacción, ocupando el espacio de más de dos millas italianas.

Después se encaminó el Rey a proseguir la victoria, seguido de todo el ejército imperial la buelta de Edemburg, adonde nuevamente había llegado un cuerpo de turcos con el resto de su bagage y ocho piezas gruesas de cañón, tirado cada uno de noventa búfalos. Dízese eran los mismos que el Sultán Amurath llevó a Babilonia quando la ganó y, de nuevo, fueron derrotados y puestos en fuga forzados a ceder aquel residuo de artillería y bagage, con destrozo de otros cinco mil de ellos y libertad de gran número de esclavos. Hallábase todavía la ciudad de Edemburg en buen estado pues, aunque se habían valido de ella durante el asedio y en la actual situación de fuga, no habían tenido lugar de saquearla ni quemarla. Así, entraron en ella algunas compañías imperiales de presidio y, poco después, embió el Rey de Polonia a presentar a Su Magestad Cesárea dos hermosísimos cavallos turcos, riquísimamente enjaezados, que habían sido del Gran Visir.

Durante aquellos días, llegó a Venecia la gran nueva de la liberación de Viena, por la qual, arrebatado el pueblo de contento, hizo espontáneamente extraordinarias demostraciones de pública alegría con fuegos y aclamaciones de *Viva la christiandad* por toda la ciudad. Lo propio sucedió en Roma, en Florencia y en todas las ciudades de Italia algunos días después, con salvas de artillería y máquinas ingeniosísimas y costosas de fuegos artificiales. Pero en Roma principalmente por los Cardenales Barberino y Pío y, en especial, por el santísimo Padre y Pastor universal, cuyos sagrados ojos celebraron tan alegre e importante nueva con torrentes de tiernísimas lágrimas, no pensando el beatísimo y piísimo Pontífice, dado de Dios para aumento de nuestra santa fe, en otra cosa que en la forma de añadir y propagar las victorias y glorias de la christiandad y abatir al enemigo común.

Entretanto se adelantaron los polacos a Altemburg, adonde encontraron con diez mil genízaros que venían en refuerzo del campo que todavía suponían sobre Viena, con mucho bagage y artillería y, al aviso de la fuga vergonzosa de los suyos, se habían pertrechado con sus carros. Hizo avanzar el Rey quatro regimientos de infantería alemana, con artillería, para expugnarlos. En conclusión, fueron acometidos con tanto ánimo que la mayor parte quedaron muertos y prisioneros. De allí marcharon ambos ejércitos la vuelta de Raab, o Javarin, en alcance de los fugitivos que ya habían pasado el río Raabnitz, en el qual se ahogaron muchos. Halláronse varias tropas de ellos de ducientos y trecientos que, aturdidos y desviados, vagan por el pays y a ninguno se perdonó la vida. Otros muchos, que se habían desmandado antes del suceso de Viena a robar en varias partes sin haver tenido noticia de su desdicha, fueron tratados de la misma suerte, menos algunos que fueron embiados presos a Viena, donde con grillos se emplearon en deshazer las trincheas y los aproches que primero, con tanto trabajo, habían hecho.

Luego divulgada la voz de la liberación de Viena en las provincias por donde baja el Danubio, no hubo en todas ellas quien, por amor o por interés, no desseasse o no se acelerasse a proporción de los medios que le asistían, a

llevar a ella todos géneros de mantenimientos. Y mientras iban llegando, fueron de muy esencial alivio los ochocientos bueyes hallados en el campo de los turcos.

Partió el César la buelta de Lintz después de haver regalado al señor Elector de Saxonia con una espada guarnecida de preciosísimos diamantes, haviéndose S.A., después de levantado el asedio, despedido Su Magestad Cesárea con expresiones y ofrecimientos de servir y militar en todos tiempos a favor del Imperio y, sobre todo de su augustísima cabeza, viendo que los ejércitos cesáreos y auxiliares de Polonia y Alemania eran bastantes para acabar de escarmentar a los fugitivos infieles. Escogiose S.A. dos hermosísimas tiendas de los turcos y otras curiosidades, que se llevó consigo en triunfo.

Pero el señor Elector de Baviera, no contento con haver servido a Su Magestad Cesárea defensivamente contra el enemigo común, movido de su natural magnanimidad en la flor de sus dichosísimos años, además de lo que consideró importava a sus Estados el apartar de los contiguos del Austria un enemigo tan poderoso y voraz, se determinó proseguir personalmente con sus fuerzas la guerra ofensiva en la Ungría.

Embió el César prontas órdenes al cuerpo de sus tropas que militava en la Stiria que, juntamente con los croatos, acudiessen a las partes por donde forzosamente havían de llevar los infieles su fuga. Y fue tan dichosa su obediencia debajo del mando del Conde de Serav que, encontrando a dos mil embiados a reforzar el presidio de Canisa, los rompieron y deshizieron enteramente.

Entretanto llegó el secretario Talenti a Roma, encontrado de las carrozas de los Cardenales protectores y otros Príncipes y Cavalleros fuera de la ciudad, con el famoso estandarte. Admitido pues, a los pies de Su Beatitud, le presentó la carta de su Rey que, comenzando por el famoso dicho de Julio César (pero corregido con humildad christiana) *Veninus, vidimus e vicit Deus*, dava parte a Su Beatitud de la insigne victoria obtenida de sus armas contra un ejército de ciento y ochenta mil bárbaros, con la divina asistencia, embiando a Su Santidad por muestra de tan insigne beneficio, el estandarte de Mahoma, despojo digno de que se colgasse en un templo principal que sirviesse de capitolio christiano a una prenda, en que se cifrava el mayor orgullo y la superstición más atendida de los mahometanos.

Elegido pues, el día para la presentación solemne del estandarte, le llevó el secretario como en triunfo, assistido de un acompañamiento de muchos Cavalleros romanos a la capilla pontificia en presencia del Papa y de los Cardenales y Prelados. Donde, después de pronunciada por el embiado de Polonia, residente cerca de Su Santidad, una elegante oración latina, a la qual respondió Su Beatitud en italiano, desplegó el secretario Talenti el estandarte que, después de considerado no a ojos enjutos, por Su Santidad y el Sacro Colegio, entonó el mismo Sumo Pontífice el *Te Deum*, que fue continuado de

toda la capilla. Al mismo tiempo, hizo salva de toda su artillería el castillo de Sant Angel y tocaron todas las campanas de Roma una hora entera.

Este estandarte no es, como algunos han creído ser, solo uno de los principales del ejército turco, sino el propio que llaman de Mahoma, que solía conservarse en el tesoro del Sultán en Constantinopla y entregarse, por el mismo Gran Señor, al Primer Visir (como sucedió en la forma, que se dijo en su lugar) en presencia del ejército, puesto en batalla, recibiendo aquel ministro *en el nombre de Dios, grande, justo y misericordioso*, tocándose la cara con él y poniéndoselo sobre la cabeza, después de besado con grande veneración. Hecha esta función, también era estilo volver el Visir a su tienda dejando ofrecido cuidar diligentemente de aquella alhaja que, tras los Chiausses, se llevaba con notable respeto, precedido siempre de un pregonero que, en voz alta, avisava al pueblo para que adelante se pusiese en oración. Seguíanle los Scherifes, o parientes de Mahoma, acompañados del Emir bassi, su juez y cabo, pero ya parece se le habrá acabado el supersticioso culto.

Era, aquel estandarte, carmesí en el medio; en la cenefa exterior, verde y, en la interior, carmesí con rosas y labores de plata y oro, y una media luna en la extremidad del ángulo. En la parte inferior tenía una

mancha, como de sangre. Alrededor, y en el medio, se veían muchos caracteres arábigos que expressavan unos dichos o sentencias de Mahoma, primer profeta imaginario de los turcos, y de Abu Bachr y Homar, profetas menores e intérpretes del *Alcorán*, que fueron traducidos en latín por el Padre Bonesio Maronita, profesor de lengua arábica y siriaca en Roma, junto con un sacerdote damasceno, en la forma siguiente.

En la parte superior del paño verde:
MAHVMETES.

Equidem Nos augurati sumus tibi augurationem veram: ut videlicet condones tibi Deus quicquid praecesserit de delicto tuo & quicquid subsecutum fuerit, largiaturque tibi gratiam suam.

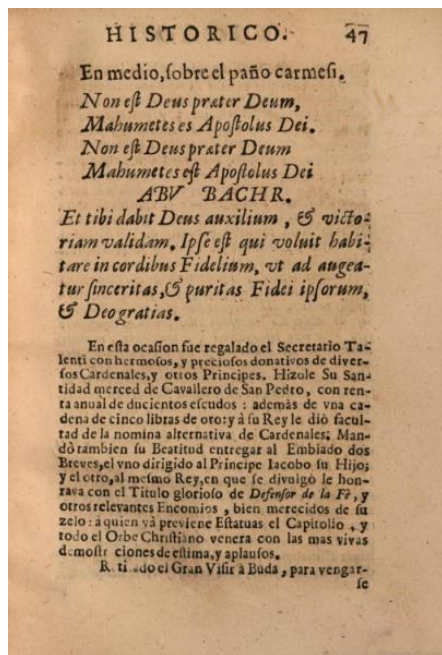
HOMARUS.

Et diriget te Deus in semitam rectam.

En medio, sobre el paño carmesí:

*Non est Deus praeter Deum,
Mahumetes es Apostolus Dei.
Non est Deus praeter Deum
Mahumetes est Apostolus Dei
ABU BACHR.*

Et tibi dabit Deus auxilium & victoriam validam. Ipse est qui voluit habitare in cordibus Fidelium, ut ad augeatur sinceritas & puritas Fidei ipsorum & Deo gratias.



En esta ocasión, fue regalado el secretario Talenti con hermosos y preciosos donativos de diversos Cardenales y otros Príncipes. Hízole, Su Santidad, merced de Cavallero de San Pedro con renta anual de ducientos escudos, además de una cadena de cinco libras de oro y, a su Rey, le dio facultad de la nómina alternativa de Cardenales. Mandó también Su Beatitud entregar al embiado dos *Breves*. El uno dirigido al Príncipe Jacobo, su hijo, y el otro al mismo Rey, en que se divulgó le honrava con el título glorioso de *Defensor de la Fe* y otros relevantes encomios bien merecidos de su zelo, a quien ya previene estatuas el capitolio y todo el orbe christiano venera con las más vivas demostraciones de estima y aplausos.

Retirado el Gran Visir a Buda para vengarse en parte de su desgracia, hizo inmediatamente dar garrote al Visir (o consejero de Estado) Ibrahim, Bajá de la misma ciudad, y a otros quinze Oficiales principales y parciales del propio Bajá, culpándole de cobarde y de que, huyéndose el primero de todos, hubiesse dado exemplo a los demás. Pero no fue más que pretexto para honestar su injusticia con el ejército, que tenía a Ibrahim por hombre de gran valor e igual cordura, pues el verdadero motivo de aquella crueldad fue, que quando el sobervio Kara Mustafá propuso en el Consejo de Guerra el asedio de Viena (ya resuelto en su idea, a persuasiones de Tekeli), procuró Ibrahim dissuadirselo, ponderándole con ingenia libertad: *No solo ser injusto, y de mal agüero, romper sin causa las treguas pactadas con el Emperador de Alemania por veinte años, aún no cumplidos, pero cosa muy intempestiva y arriesgada empeñar el crédito de las armas de la excelsa Puerta sobre aquella ciudad. Hallarse armados todos los príncipes del Imperio y en estado de marchar prontamente al socorro de la metrópoli del mismo Imperio. Lo qual, no dejándolo dudar las noticias cotidianas que, por obligación de su cargo, solicitava y lograva incesantemente y le facilitava la cercanía de Alemania, tenía como muy contingente alguna terrible fatalidad al ejército musulmano en desdoro de su antiguo honor y mengua de la fama otomana, a la qual temblava todo el mundo.* Vaticinio que, después de averiguado en el suceso reciente, causava un extremo odio contra su autor que, temprano, lo despreció. A este motivo de antipatía, se añadía haver el mismo Primer Visir hecho sacar de Buda mucha artillería, trabucos y otras máquinas y aprestos de guerra para el sitio de Viena, desproveyendo casi del todo a esta otra ciudad, con gran sentimiento de Ibrahim que no lo havia podido disimular ni, por lo consiguiente, evitar los zelos que abrasavan a su émulo, temeroso de que con sus amigos informasse al Sultán de su proceder disparatado en lo más essencial de aquella guerra.

Entretanto las plazas de Totis, Papa y Vesprin, en la Ungría inferior (que de su voluntad se havían entregado al Tekeli y él entregáolas a los turcos), se iban restituyendo a los imperiales, que matavan a quantos infieles hallavan en ellas, haviendo Tekeli, luego que supo el suceso de Viena (en que no se halló, por tenerle ya previsto o por estar ocupado en restaurar los descalabros de sus tropas, hasta entonces derrotadas dos veces) retiradose a la Ungría superior.

Los croatos, con la velocidad que ejecutan sus expediciones, bolaron hasta Esseck y quemaron parte del famoso puente de Dravo, largo cerca una legua, con gran daño y descomodidad de los turcos, por ser el camino más breve y más frecuentado de sus comboyes a las plazas de la Ungría inferior.

El Rey de Polonia y el Duque de Lorena, obligados de las penurias de los forrages que los infieles habían destruido en todo el camino de su retirada la buelta del río Raab, pararon campeando entre Peternel y Posonia con todo el ejército, mientras se componía un puente de barcas sobre el Danubio para pasar a la Ungría superior a emprender algún asedio. Acabado pues, **a veinte y quatro**, comenzaron a passarlo **a veinte y cinco**. Y este propio día, llegó el nuevo General Conde de Staremborg a exercer su puesto, habiéndosele dado por sucessor en el gobierno de Viena el Marqués Fernando de Obizi, en tiempo que la ciudad celebrava el nuevo hallazgo de algunas piezas de artillería que el enemigo había dejado al lado del bosque.

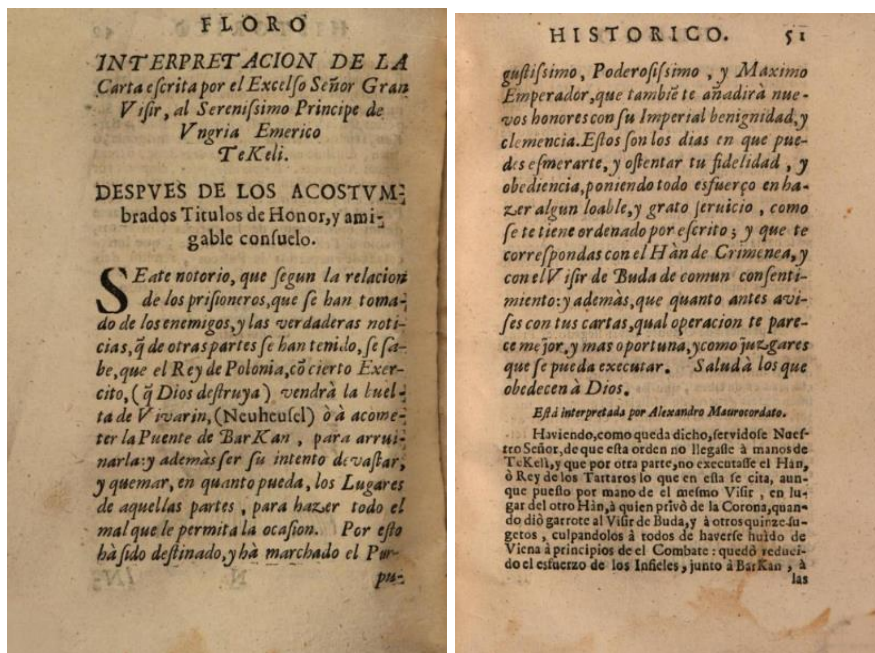
Passados y unidos los ejércitos a la otra parte del Danubio, se convocó el Consejo de Guerra en que se resolvió atacar a Neuheusel, plaza que se había perdido veinte años antes. Reputada entonces por fuerte, pero aora en mucho mejor estado, cuyo peligro antevisto del Gran Visir después de su desdicha, reforzó el presidio todo de genízaros hasta el número de diez mil. Era el intento, después de ganada, acometer a la de Agria (llamada también Eger y Erla), por donde los otomanos subministravan el principal alimento a la felonía de Tekeli y sus sequazes. Y, consecutivamente, restaurar todo lo usurpado de turcos y rebeldes en la Ungría superior, para ir a inventar en la Transilvania y otras partes cómodas, tributarias y sujetas al Sultán. Considerado todo esto por fruto muy estimable y competente de las victorias passadas, en sazón tan inmediata al invierno, passaron los ejércitos el río Vago junto a la misma fortaleza de Neuheusel pero, después de reconocida y adquiridas noticias muy ciertas (sin lo que se pudo arguir de sus fuertes salidas) de su numerosísima guarnición, pareció más conveniente dejarla bloqueada, passando adelante a disponer y assegurar la conquista de Agria, comenzando con quitar a los enemigos los dos únicos passos por donde podían venir socorros, assí a Neuheusel como a esa otra plaza. Y eran los dos puentes que Buda y Strigonia tienen sobre el Danubio, cuyas cabezas por la parte de la Ungría superior son la villa de Pest, arrabal de Buda, y Barkan, también arrabal fortificado de Strigonia o Gran, distando ambas de Agria unas doze o treze leguas alemanas. Resolviose pues, empezar por la toma de Barkan y ruina de su puente para, desde allí, proseguir a hazer otro tanto con Pest. Pero el Primer Visir, recelando algo semejante de los movimientos de las fuerzas christianas, embió a Tekeli la orden siguiente que, intercetada de una partida de polacos, remitió después el Rey de Polonia copia de ella a muchos potentados y, especialmente, al Rey, nuestro señor, en la forma y términos propios que se siguen traducidos del latín.

vnicos passos, por donde podian venir socorros, as-
si à Neuheusel, como à essotra Plaza; y eran las dos
Puentes, que Buda, y Strigonia tienen sobre el Da-
nubio, cuyas cabezas, por la parte de la Vngria Su-
perior, son la Villa de Pest, Arrabal de Buda, y Bar-
Kan, tambien Arrabal fortificado de Strigonia, ò
Gran, distando ambas de Agria vnas doze, ò treze
leguas Alemanas. Resolvióse, pues, empezar por
la toma de BarKan, y ruina de su Puente, para
desde allí proseguir à hazer otro tanto con Pest.
Pero el Primer Visir, recelando algo semejante
de los movimientos de las fuézas Christianas,
embrió à TeKelà la orden siguiente, que inter-
cetada de vna partida de Polacos, remitió des-
pues el Rey de Polonia Cópia della à muchos
Potentados, y especialmente al Rey nuestro
Señor, en la forma, y terminos pro-
pios que se siguen traduci-
dos del Latin.



N

INE



Interpretación de la carta escrita por el excelso señor Gran Visir, al serenísimo Príncipe de Ungría Emerico Tekeli.

Después de los acostumbrados títulos de honor y amigable consuelo.

Séate notorio que, según la relación de los prisioneros que se han tomado de los enemigos y las verdaderas noticias que de otras partes se han tenido, se sabe que el Rey de Polonia, con cierto ejército (que Dios destruya) vendrá la buelta de Vivarin (Neuheusel) a acometer el puente de Barkan para arruinarlo y, además, ser su intento devastar y quemar en quanto pueda los lugares de aquellas partes, para hazer todo el mal que le permita la ocasión. Por esto ha sido destinado y ha marchado el purpurato, alto y honrado señor Mohamed, Bajá de Buda, habiendo juntado a sus milicias del ejército budense, la gente de los confines, la de Silistria, Caramaina y Sebasta, que en todo harán veinte o veinte y cinco mil hombres muy buenos. Además, hallándose pronto y prevenido junto a Strigonia, en Barkan, Haszan Bajá de Sofía, con su gente y todo el ejército de Romulia, pasarán estas fuerzas juntas de treinta y cinco mil musulmanes (Fieles), de los cuales siendo constituido General el dicho Visir de Buda, ha tomado su camino azia Vivarin (Neuheusel) y, assimismo aora, el felicísimo Han Hazí Gerey, con todos los ejércitos tártaros, desde el campo de Pest, se encaminará a esa otra parte. Así pues, tú también con tu suma vigilancia y actividad, informado de esta disposición y, hallándote pronto y apercibido con el ejército de Ungría que está a tu mando, correspondiéndote por medio de veloces mensageros con los dichos Han y Visir de Buda, marchando contra el enemigo de conformidad y consentimiento con ellos, según pareciere conveniente y necessario, pondrás todo cuydado y afán en hazer acciones útiles al excelso Imperio. Quédales prevenido que correspondiendo contigo, obren según tu disposición y consentimiento para el imperial servicio. Espero en esta expedición grandes muestras de tu valor como conviene, y que procederás conforme a las obligaciones de tu sinceridad e ingenuidad. Quiera Dios que muy presto, después de embiadas las órdenes y avisos a todas partes, conforme lo pidiera el caso, se tome la venganza de los enemigos y

paguen la pena debida de su orgullo y malignidad. Con esta ocasión, luciéndose los efectos de tu fidelidad y obediencia, adquirirás estimación en la presencia de nuestro augustísimo, poderosísimo y máximo Emperador, que también te añadirá nuevos honores con su Imperial benignidad y clemencia. Estos son los días en que puedes esmerarte y ostentar tu fidelidad y obediencia, poniendo todo esfuerzo en hacer algún loable y grato servicio, como se te tiene ordenado por escrito, y que te correspondas con el Han de Crimea y con el Visir de Buda de común consentimiento. Y, además, que quanto antes avises con tus cartas cuál operación te parece mejor y más oportuna y cómo juzgares que se pueda executar. Salud a los que obedecen a Dios.

Está interpretada por Alexandro Maurocordato.

Haviendo, como queda dicho, servídose nuestro Señor de que esta orden no llegasse a manos de Tekeli y que, por otra parte, no executasse el Khan o Rey de los tártaros lo que en esta se cita, aunque puesto por mano del mismo Visir en lugar del otro Khan, a quien privó de la corona, quando dio garrote al Visir de Buda y a otros quinze sugetos, culpándolos a todos de haverse huido de Viena a principios del combate, quedó reducido el esfuerzo de los infieles junto a Barkan a las gentes que governava el nuevo Visir de Buda, assistido de Haszam Bajá de Sofía y otros Bajaes que, sin essotras (como lo declara bien la carta) eran un cuerpo muy considerable, assí en el número como en la calidad, y la flor de quantos había salvado de la ocasión de Viena.

Mas bolviendo a los nuestros, primero que verlos mover de la cercanía de Neuheusel, dígase que la fama de la victoria de Viena y de las inmensas riquezas adquiridas de los victoriosos, había traydo ya grandes refuerzos al ejército christiano y, sobre todo, al de Polonia, cuyo primer número se había casi duplicado, sin alargarnos empero, a los cien mil hombres, a que le sube la *Relación* impressa en Venecia. La qual además de traducirla, vamos supliendo y aun enmendando, en lo que sabemos poderlo hazer, con incontrastable legalidad.

A primero de octubre había llegado el Príncipe Lubomiski, palatino de Sandomiria, con dos mil hidalgos que, con sus criados, hazían más de seis mil hombres de pelea. Para cuya mayor claridad, es de saber que las fuerzas polacas consisten en seis géneros de milicias. El primero, mejor y más noble, son los *Hússares*, cuyas armas defensivas y ofensivas son las siguientes. Llevan resguardada la cabeza con un yelmo cerrado y lo demás del cuerpo con peto, espaldar, mangas de hierro y dos grandes alas imitadas de lo mismo, pero adornadas curiosamente con plumas de águilas. Usan de lanzas con vistosas banderillas o gallardetes de tafetán. Un escudo en el brazo izquierdo. Tras las espaldas, una gran piel de tigre y al lado un alfanje. Hallávanse, a la sazón, cinco mil de ellos en el ejército. Llegando el caso de haver de servir a la República, los que aspiran a que los alisten entre los hússares, han de presentar cada uno a los oficiales del sueldo otros dos camaradas a cavallo, y en su propio trage y armas, de modo que los cinco mil referidos hazían quinze mil

efectivos, sin los criados, que llegaban a formar un cuerpo de hasta quarenta mil entre todos, habiendo de pelear los últimos sin ser alistados.

Síguense a los hússares, los *Panceros*, también a cavallo, con cotas de malla, yelmo pequeño, cierto género de lanza, como una media pica que se usa en aquel país, y el alfange. Son todos gente noble, como los primeros. Después vienen los *Cosacos* a cavallo, armados de carabina y alfange y, algunos, de alijavas con sus flechas y arcos. En quarto lugar son los *Dragones*, assimesmo a cavallo, todos muy diestros y hábiles para qualquiera facción, con mosquete y alfange, pero notados de grandes ladrones. Tras ellos vienen los *Piecotés*, gente de a pie, armados de lanza, alfange y bordes, linage de acha que por una parte remata en punta y, por la otra, en media luna que corta. También son *Infantes* los últimos, pero con valor correspondiente a su estatura, no admitiéndose ninguno a su milicia que no exceda la estatura ordinaria y no sea muy fuerte y robusto; llevan un mosquete al hombro, en la mano un acha y al lado un alfange.

Assimesmo se havían aumentado mucho los alemanes, pues en lugar de los saxones retirados, como se dijo, havían concurrido otros que casi llenaban el número de ochenta mil. Son los géneros de su milicia los mismos que en España, Francia e Italia y se entienden debajo de los nombres de *Infantería*, *Corazas* y *Dragones*.

Pero sin detenernos más en este episodio, aunque propio de su argumento, bolvemos al curso de las operaciones, en que bien será menester todo lo que prometen tantos géneros de milicias, tanta diversidad de armas y el industrioso valor que las inventó. Assentadas pues, de consentimiento uniforme y general las últimas resoluciones que se han dicho, **a seis de octubre**, se adelantaron dos leguas los exércitos la buelta de Barkan. **A siete**, el Rey de Polonia, después de prevenido la noche antes al Duque de Lorena la gran marcha que pensava hazer aquel día, determinado a no perder un momento de los que la sazón franqueasse hasta el fin más forzoso de la campaña, movió sus huestes una hora antes del amanecer. Al mismo tiempo, hizo preceder parte de su vanguardia con algunos dragones a reconocer si el enemigo se disponía de veras a defender Barkan, habiendo sabido de algunos prisioneros, estava presidiado de diez *odas* de genízaros. Lllaman *oda* los turcos a un quartel de cien hombres de aquella milicia, con que serían mil los de que se componía aquella guarnición.

Encontró casualmente aquella porción de la vanguardia polaca, ya algo apartada del grueso, unos quatrocientos turcos que passavan de Neuheusel a Barkan y, después de atacados y rotos, fue con precipitación inadvertida persiguiéndolos no solo hasta el valle en que yaze Barkan, y donde el río Gran (que da su mismo nombre a Strigonia) entra en el Danubio, pero sin moderar su fervor a la vista del exército infiel, que allí mesmo se havía acampado después de passado el puente de Barkan la noche antes, llegó hasta el mesmo cuerpo de batalla de los otomanos, de adonde no pudiéndose retirar por estar

los dragones cansados, mal montados y no tener de qué abrigarse en aquel terreno, todo igual y desembarazado, el único recurso que les quedó fue embiar luego a avisar al Rey lo que passava. Al instante que Su Magestd tuvo esta noticia, tomó consigo los primeros batallones que se halló a la mano, bajando con ellos a riendas sueltas al valle. Mas no obstante su presteza, halló los suyos ya desordenados y cargados fuertemente de los turcos. Y aunque su presencia consiguió detener la fuga e infundirles nuevos alientos, pero no había aun acabado de bolverlos a formar, quando el enemigo con gran resolución repitió el choque hasta tres vezes, avisado de los prisioneros que el grueso del ejército estava todavía muy lejos y también la cavallería alemana, como era vedad.

Animado empero de aquella noticia y corrido de la firmeza con que se le resistía, aunque quatro vezes más numeroso, acordó explayar sus alas y obrar a un tiempo con todo su poder. Dando pues en aquella forma una quarta embestida, fue impossible a los batallones polacos no ceder a tan superior esfuerzo, en cuyo trance, dando el Rey nuevas muestras de sobrehumano valor, también experimentó auxilios sobrehumanos en su persona y en la del Príncipe, su hijo primogénito que, imitando apenas cumplidos los diez y ocho años de su edad al incomparable padre, quedó gran rato embuelto con bien pocos de los suyos entre un gran número de enemigos. De que, advertido el Rey, juzgando ser ya escusada qualquier diligencia que se hiziesse para eximirle del peligro, al passo que la intentó. Asseguran personas fidedignas se le oyó exclamar con lágrimas a los ojos: *¡Ha! Que se me habrá anticipado a lograr el morir por la fe, que es lo que más he desseado en esta vida.* A la voz de este David christiano, súfrase a nuestro pobre estilo, el esclamar también: *Qué gloria (fuera de la celeste), qué elogios igualarán jamás a tan santa y heroyca embidia.* Cuidó empero la divina misericordia de conservar a ambos, sacándolos por sus propias manos de tan terrible empeño y guardándolos para nuevos triunfos correspondientes a su virtud.

Entretanto, barruntando el señor Duque de Lorena algo de lo que actualmente sucedía, como quien conocía la actividad fogosa de la valiente nación polaca, puesto delante de la cavallería imperial (mientras el resto de la polaca, la infantería y la artillería marchavan por un valle costeano al Danubio, de donde los suyos no los podían ver), mandó a todas las tropas acelerar el passo. De suerte que, mucho antes de lo que avían pensado turcos y polacos, le tuvieron y divisaron cerca en una frente pomposa y dilatada, cuya primera vista bastó a persuadir a los infieles el separarse del conflicto y recogerse prontamente a su campo. Entonces, quedando los polacos dueños de él, en que se acabava de pelear, poco tardaron el Rey y el Duque en verse. Fueron los cumplimientos recíprocos, breves, aunque muy cariñosos, agradeciendo particularmente el Rey al Duque la apressurada brevedad con que se avía adelantado a socorrerle, y el buen afecto que se devía a esta zelosa diligencia. Tratóse de passar sin dilación a assaltar los enemigos en su mesmo

campo. Mas oídos los votos de los Generales polacos y, considerado el cansancio y aun la turbación de los que acababan de pelear, además de que no avía llegado aún toda el ala derecha del ejército imperial, pareció más acertado concederles algún descanso. Y assimesmo, a todas las demás tropas en atención a su larga y acelerada marcha, aunque sin retroceder un passo de la vista del enemigo.

Pocas horas después, informado el Gran Visir de lo sucedido en aquel primer rencuentro, por muestra del qual le embiaron a regalar con algunas cabezas de polacos, interpretándolo su vanidad a anuncio infalible de una pronta y entera victoria, dispuso que otros dos Bajaes (hay *Memoria* que dize quatro) fuesen luego con sus tropas en refuerzo del de Buda, a quien mandó con la misma ocasión, *fuesse inmediatamente a atacar los christianos en su propio campo*. Mas estos, (como vamos a ver) no se dejaron prevenir de su visita.

Hízose alto todo **el día ocho**, en que ventiló más despacio el Consejo de Guerra lo que se había de hazer. Unos querían se detuviessen allí otro día más los ejércitos y, entre los senadores polacos, hubo quien ponderando el dolor de la herida del día antes (en que no se había perdido menos de treientos dragones y más de cien cavallos y, entre unos y otros, muchas personas de cuenta), votasse por la retirada hasta desvanecidas aquellas impressiones de horror. Pero lo que más fuerza dava a este voto, era el encarecimiento malicioso, como después se reconoció, con que hablaban los prisioneros turcos del último refuerzo que había venido al Visir de Buda. Cuyo aviso, confrontado con la carta del Gran Visir a Tekeli, causava sospechas vehementes al Rey de que huviessen llegado los tártaros y, aun el mesmo Visir, con la gente que le había quedado a la otra parte del Danubio. Mas haviendo, el Duque, replicado con otras noticias más seguras y ajustadas a la verdad, y defendido no era de perder la ocasión, vino el Rey muy contento en su opinión, diziéndole: *Que pues S.A. lo entendía assí en el nombre de Dios, se marchasse quando fuesse su gusto*.

Ajustóse consecutivamente el ejecutarlo el otro día, **nueve de octubre**, en esta forma. Señalose el mando del cuerpo de batalla al Mariscal de campo General Conde de Staremborg; al Príncipe Luis de Baden el ala derecha, al Conde de Dunevald el ala izquierda, como a Tinientes de mariscales de campo Generales de la cavallería. El Conde de Sereni y el Duque de Croi (aunque no todavía bueno de la herida recibida en el combate de Viena) mandava a la orden del Conde de Staremborg las dos líneas de la infantería. En el ala derecha estava el Rey de Polonia y en la siniestra su Gran General Jablonowski; agregada a ambas partes de las fuerzas de aquella ínclita nación y, sobre las mesmas alas, los dragones imperiales. El resto de los polacos formava una tercera línea y el retén. Al mesmo tiempo que los nuestros fuera de su campo, se habían doblado, los infieles, fuera del suyo, en una llanura cubierta de una cuesta muy ventajosa camino derecho de Barkan. Hallándose las huestes a distancia de cerca tres tiros de cañón, hizieron los turcos cierto

movimiento como poniéndose en tres líneas, frontero al cuerpo de batalla de los nuestros y, dexando dos cuerpos de mil cavallos, cada uno sobre su mano derecha amenazando a nuestra ala izquierda. Apenas se llegó a tiro de artillería, que la polaca empezó a disparar en ellos con grande actividad. Mas no por esto, dejaron los dos mil cavallos referidos de arrojarse muy atrevidos contra nuestra ala izquierda, tomando por blanco los polacos que la terminavan. Sustentó el Gran General Jablonowski, assistido de un batallón de hússares con ánimo intrépido, el primer choque, pero desconfiando lograr la misma suerte en el segundo por la inferioridad de sus fuerzas, llamó otras en su ayuda. Mas no fue obedecido con la prontitud que necesitava.

Havía observado S.A. de Lorena desde el principio aquel movimiento de los turcos y, reconociendo consecutivamente el peligro de los polacos, fue luego a ellos con dragones y corazas, que bien presto rechazaron los infieles, desordenados todos y destrozados en gran parte; en que los hússares, animados de tan oportuno auxilio y del exemplo de su animoso Gran General, también tuvieron la suya de la gloria como del trabajo. Vista de los otros turcos (que estaban formados enfrente de la infantería christiana) la desgracia de los suyos, se adelantaron también a chocar con la misma ala izquierda nuestra, buscando a los polacos y evitando el encuentro de las corazas alemanas. Mas de tan mal ayre que, cargados de la misma ala hasta la otra parte de los pantanos que produce el río Gran y cortados del regimiento de Halveil, que a este fin se separó del ala derecha, quedaron totalmente descompuestos y, en tal confusión que, menos los que se escaparon a Barkan y otros que se ahogaron en los pantanos y en el Gran, fueron todos passados a cuchillo.

Assí, despejado el campo y declarada la victoria, no faltava sino recoger su fruto que era expugnar a Barkan, donde con el terror y la tropelía de los fugitivos iba cessando qualquiera disposición de defensa. Y sin oír ya nadie las órdenes de los Cabos que la querían dirigir, afanavan todos a salvarse por el puente a Strigonia. El Rey y el Duque, ansiosos de aprovechar la ocasión, hizieron luego mover quatro esquadrones de infantería, dos del regimiento de Grana y dos del de Baden, con el Conde Staremborg, a atacar el puesto por diferentes partes mientras con el Príncipe Luis de Baden hiziessen lo mesmo los dragones de Schultz, Castel y Kupfstein. No havían llegado aún al fosso, quando el Príncipe Luis (como quien lo podía ver mejor desde el camino de su marcha), avisó averse roto el puente por la demasiada carga de los que atropellavan a passarle, de que poco se tardó a ver los estraños efectos.

Imitó, en gran parte, el successo al de la victoria del Emperador Constantino contra el tirano Maxencia, cuyas huestes desbaratadas se precipitaron con él en el Tibre, huyendo de los azeros del vencedor. Pero muchas circunstancias ilustraron más a este último acometimiento, dando la anchura del Danubio más campo que el Tibre y, las armas de fuego, más medios para variar el espectáculo. No pudiendo ya Barkan desahogar de la

multitud, fue rebossando por los costados azia las orillas del Danubio, aconsejándose el miedo con la desesperación para intentar el passo.

Al mismo tiempo, llegados los dragones a abrirse la entrada en el fuerte, lo consiguieron arrancando algunas palizadas y ocupando consecutivamente las puertas, no solo sin pérdida, pero sin oposición, las franquearon a la infantería. Entonces, dio el general deguello más priessa a los infieles para arrojar al río, cuyas aguas no eximieron, ni aun a los que sabían nadar, del fuego de ocho cañones que, plantados en sitios oportunos, disparavan cartuchos en ellos, mientras los dragones y mosqueteros escogían desde las orillas en quién emplear sus balas y, con tal efecto que, en buen espacio, corrieron las ondas teñidas de sangre. Duró cerca de hora y media este exercicio, juntamente horroroso y divertido, interpolado de otra notable curiosidad y fue, que los cavallos muertos y los cadáveres humanos, encontrando con los palos y cuerdas del puente desbaratado, hizieron otra especie de puente por donde se apressuraron algunos a passar y lo lograron, aunque pocos.

De todos aquellos géneros de muertes, sobre la tierra y el río, perecieron más de diez y seis mil hombres, lo mejor de las fuerzas otomanas, pues casi todos eran de sus milicias de Europa en que consiste su más sólido poder.

Hallose entre los muertos en el campo el cuerpo del nuevo Visir de Buda, a quien, por la fama de su valor, no siendo más que Bajá de Diarkebir (o Mesopotamia), había levantado Kara Mustafá a aquella dignidad, muy superior a la antecedente y, después, encargadole el mando principal de aquella facción. No se hizieron más de mil prisioneros, pagando los infieles la pena de la crueldad con que habían introducido no dar quartel a nadie y el orgullo (que más irritó a los polacos) con que levantaron en unas hastas, sobre los parapetos de Barkan, las cabezas de los que prendieron el día siete en el primer rencuentro.

De los prisioneros más calificados, fueron los Bajás de Silistria y de Alepo; el primero con la calidad de Visir y ducientos genízaros de la guarnición de Barkan, de quienes se apiadó el Rey de Polonia hallándolos pertrechados en un baluarte del mismo fuerte. Además de los muchos cavallos que se ganaron en la derrota (siendo el ejército infiel todo cavallería), fueron mil los que bolvieron a tierra, después de sacrificados sus amos (que pensavan salvarse en ellos) a la corriente del Danubio, impenetrable aun a las barcas por su fuerte velocidad.

También fueron parte de los despojos todas las banderas, timbales, tiendas y el bagage, pero artillería ninguna, aviéndola dexado toda sobre Viena y en el camino de la fuga. Lo más admirable, y casi increíble, de tan memorable hazaña fue que se concluyesse en menos de cinco horas, a costa de solo cinquenta entre muertos y heridos.

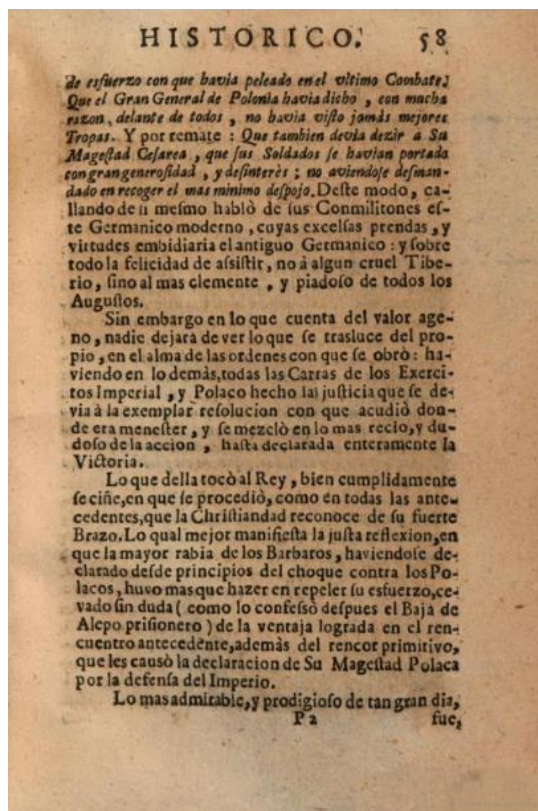
Todo lo qual, bien claro indica (según lo calificó el Rey de Polonia en la carta **de diez y nueve de octubre**, con que lo participó a todos los

principales Potentados de la christiandad): *Haver llegado el tiempo de extirpar en la Europa aquella insaciable fiera, usurpadora de tantos Reynos, si la Christiandad quisiere acabar de despertar de una vez, dándola Dios resolución y ánimo para que, la próxima primavera, concurra por mar y tierra a tomar possession del Imperio de Oriente, ya con estos recios golpes no poco debilitado. Y si no lo hiziere, quán estrecha quenta harrán de dar a Dios los que fueren causa de que se pierda tan favorable ocasión*, divirtiéndose con los amagos, los movimientos y las bárbaras operaciones de sus injustas armas las fuerzas de Alemania, España e Italia que más podían contribuir a tan santo y heroico disignio.

Haviendo la felicidad de tan glorioso día inspirado dictámenes superiores al primer motivo con que se había venido a Barkan, deliberaron el Rey y el Duque mantener este puesto con guarnición suficiente y que, desde luego, se previniessen las cosas necesarias para bolver, por un puente que se varasse junto al mismo parage, a la Ungría superior. No pensando el Rey en menos (como parece por el despacho ya citado) *que repassar otra vez el Danubio con el valeroso ejército imperial y auxiliar, a buscar en Buda al Gran Visir*. Expedición que, por su mayor regularidad, pedía se atacase de passo y se expugnase a Strigonia. A este fin, siendo preciso embarazar a los turcos la restauración del puente roto de Barkan, por donde únicamente podían esperar socorros, introdujo el Duque de Lorena en el mismo lugar quatrocientos infantes alemanes, ordenándoles: *Le preservassen del fuego y aun compusiesse lo que huviesse padecido en el ataque*. Siendo población muy capaz de alojarlos, como mejor se puede comprender de una mezquita harto vistosa que la adornaba, no acostumbrando los mahometanos permitir semejantes edificios (sagrados en su creencia y en que consiste lo principal de su ciega superstición) en lugares ordinarios y de poca comodidad. Más habiéndole entrado la propia tarde (no se sabe, si con orden o sin ella) dos regimientos polacos, no se puede obviar el que no acabassen de desahogar el sentimiento de su pérdida del día siete, y vengar la afrenta de las cabezas de sus hermanos en el saqueo e incendio de la misma plaza, con mucho pesar de los Generales, por el tiempo tan precioso que se hubo de emplear en hazerla otra vez habitable, durante la sazón que más se necesitava de abrigo.

Admiró al Rey de Polonia el entender de los prisioneros, que solo quatrocientos tártaros habían concurrido al combate, sin embargo, de la orden que vimos había dado Kara Mustafá al nuevo Han (que con ellos campeava junto a Pest) de acudir con todo su poder en refuerzo de los turcos. Y arguyendo Su Magestad, muy probablemente, que la mudanza de cabo no había mudado los ánimos de aquellos bárbaros, ni aun la del mismo nuevo Han, igualmente ofendido en las ofrentosas voces con que los turcos ajavan a los suyos, mandó soltar uno de ellos, hombre principal preso en la última ocasión, por quien embió a agradecerle aquella moderación y ofrecerle su amistad.

Aunque los Potentados directores de tan grande acción, y todos los Generales y Cabos alemanes y polacos, se señalaron en ella con indecibles pruebas de valor, pide la justicia distributiva sepa el Mundo que, particularmente a la resolución con que persuadió el señor Duque de Lorena el total empeño a la formación de la batalla, que el Rey fío enteramente de sus infalibles experiencias y, a la desvelada actividad y ánimo con que se portó en el propio conflicto, se devió la mayor parte del suceso como públicamente lo declararon Su Magestad mesmo y su Gran General. Lo qual es de sumo realce a la modestia de la carta con que S.A. participó la victoria al César, sin hazer casi mención de sí mesmo, al passo que no olvidava a ninguno de los Cabos que havían contribuido a ella, diziendo particularmente: *Que Dunevald embistió muy a tiempo, como también el Conde Palfi y todos los coroneles del ala izquierda, siendo los regimientos que acometieron los de Palfi, Caprara, Picolomini, Veterani y Lodron. Pues el ala derecha no llegó a pelear, ni tampoco la segunda línea del ala izquierda, que dispuso se mantuviese siempre doblada. Que Su Magestad Cesárea podía estar muy satisfecho de su ejército, por la intrepidez con que arrostró a los enemigos el día siete y por el grande esfuerzo con que havía peleado en el último combate. Que el Gran General de Polonia havía dicho con mucha razón, delante de todos, no havía visto jamás mejores tropas. Y por remate: Que también devía dezir a Su Magestad Cesárea que sus soldados se havían portado con gran generosidad y desinterés, no haviéndose desmandado en recoger el más mínimo despojo.* De este modo, callando de sí mesmo, habló de sus conmlitiones este Germánico moderno, cuyas excelsas prendas y virtudes embidiaría el antiguo Germánico. Y, sobre todo, la felicidad de assistir no a algún cruel Tiberio, sino al más clemente y piadoso de todos los Augustos.



Sin embargo, en lo que cuenta del valor ageno, nadie dejará de ver lo que se trasluce del propio en el alma de las órdenes con que se obró, haviendo en lo demás, todas las Carras de los ejércitos imperial y polaco, hecho la justicia que se debía a la exemplar resolución con que acudió donde era menester y se mezcló en lo más recio y dudoso de la acción, hasta declarada enteramente la victoria.

Lo que de ella tocó al Rey, bien cumplidamente se ciñe en que se procedió como en todas las antecedentes que la cristiandad reconoce de su fuerte brazo. Lo qual mejor manifiesta la justa reflexión en que la mayor rabia de los bárbaros, haviéndose declarado desde principios del choque contra los polacos, hubo más que hazer en repeler su esfuerzo, cevado sin duda (como lo confessó después el Bajá de Alepo prisionero) de la ventaja lograda en el rencuentro antecedente, además del

rencor primitivo que les causó la declaración de Su Magestad Polaca por la defensa del Imperio.

Lo más admirable y prodigioso de tan grande día fue, que apenas hubiesse de nuestra parte cincuenta hombres muertos o heridos, sin que les desluzga en nada el reparo del número muy superior de ambos exércitos, pues no peleó ni la tercera parte, según es fácil de arguir de lo que se ha citado en la carta del señor Duque de Lorena. Además de la notable ventaja del sitio que, con mucha comprehensión y confianza, se avía escogido el Visir de Buda, acalorado assimesmo por las espaldas de su plaza de Barkan y de los continuos refuerzos que le venían desfilando por el puente.

Sin embargo, habiendo parecido preguntar la propia tarde de la batalla a Hali Bajá de Alepo, prisionero: *Qué motivo avían tenido para aventurarse a un combate tan inferiores en fuerças.* Dio primeramente por respuesta que *esperavan hallar la suerte tan amiga como dos días antes con los polacos.* Pero como se le apretasse más, aun con la réplica *de que no podían contar por cosa de mucha monta lo ocurrido en aquel lance, que avían sido forçados a ceder el campo,* dixo; *Era tal su obligación y el estado en que se hallavan, que más querían morir como soldados que de un garrote, por orden de su Gran Visir.*

La necesidad de restaurar a Barkan del incendio y también de permitir algunos días de refresco a las tropas después de tantas fatigas, aun sin lo mucho que cargó la inclemencia de la sazón, rota en incessantes lluvias, habiendo hecho suspender qualquiera de las operaciones principales con que brindava a los christianos la increíble consternación de los bárbaros. Finalmente, quedó resuelto passar el Danubio **a veinte de octubre** con la mayor parte de los alemanes, austriacos y auxiliares, dejando al cuydado de los polacos propagar el terror por todo el gran trecho de pays que corre más allá de Pest, donde fueron ocupando diversos puestos muy essenciales para el ensanche y seguridad de los quarteles de invierno, en que presto los imitaron los cesáreos en la Ungría superior, no pareciendo ya enemigo alguno fuera de sus presidios en una y otra orilla del río.

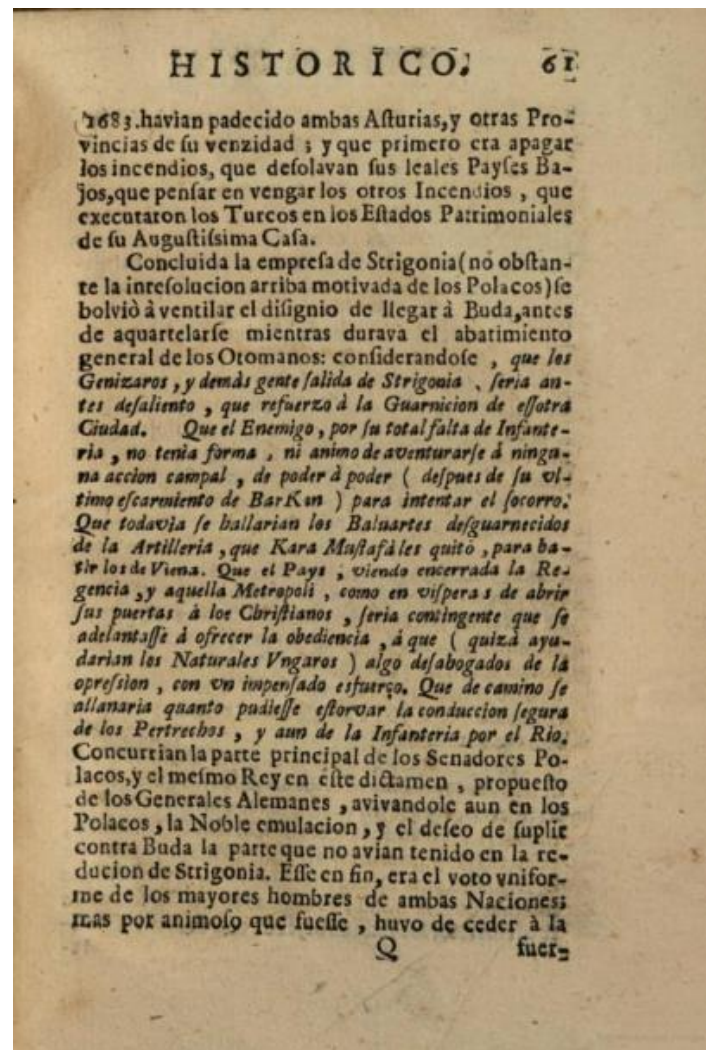
Mas, el mejor laurel de que se coronó el fin de la campaña, fue la restauración de la afamada ciudad de Strigonia, cuyo suceso parece bastantemente ponderado en que tres solos días duró el assedio, peleando el valor alemán no solo con el presidio infiel, pero resistiendo un diluvio de lluvias que no cessó día ni noche todo el tiempo de la empresa. Vencidos pues, aquellos contrastes con afán indecible, pudo el señor Duque de Lorena alegrar la Corte imperial, y a toda la christiandad, despachando **a veinte y ocho de octubre** un gentilhombre suyo al señor Emperador con la noticia de *haverse, el día antes, rendido Strigonia con calidad de dejar salir a los turcos que estavan en la ciudadela, con armas y bagage, conducidos a Buda. Que por Su Magestad Cesárea quedava la artillería y municiones de la plaza y, por Gobernador, el Sargento mayor Kerlovitz, con mil hombres.* Presidio bastante mientras parasse el exército alojado en los contornos. Añadía S.A. (siempre cuydadoso del crédito de sus

súbditos), *que el Conde de Staremborg se había portado con gran vigor, asistido de la infantería del Príncipe de Croy, que avía acudido a todo con gran diligencia, como también los Condes de Sereni y de Schaaffemberg. Este último en calidad de voluntario, pero con mérito. Que había salido fiador de lo que prometían a los turcos el Rey de Polonia y el Duque de Baviera, llegado el día de antes, y se lo había dado por escrito a los mismos infieles. Que durante los tres días de ataque había hecho un tiempo muy riguroso y malo de lluvias continuas y grandes lodos, por lo qual necesitaban los exércitos de mucho reposo, de suerte que los polacos no querían por entonces otra operación; siendo assí que, a poderla admitir, sería fácil reducir toda la Ungría superior a la obediencia de Su Magestad Cesárea. Que haría lo possible para conseguir aquel intento y que, Su Magestad Cesárea, se sirviese de dar providencia para los quarteles de invierno. Y, finalmente, que la pérdida de los nuestros en todo el ataque no llegava a cien hombres. Circunstancia que, para creída, no necesitava de menos testigo.*

Consistía la capitulación que, **a veinte y siete**, se otorgó a los rendidos de los ocho capítulos siguientes: 1. *Quedassen la artillería, trabucos y generalmente todas las armas ofensivas y defensivas, las municiones de guerra y víveres a la disposición de Su Magestad, salvo lo que después se especificasse.* 2. *Que la guarnición otomana pudiesse proveerse por dos días de carne, pan, caffè y sorbete y fuesse lícito a los soldados y naturales llevar consigo sus vestidos, alhajas y bagage.* 3. *Que Su Alteza les haría subministrar el carruage necessario para conducirlo todo hasta el embarcadero.* 4. *Que se les proveería de embarcaciones, pero con calidad que buscassen barqueros y demás gente necessaria para gobernarlas.* 5. *Que, en caso de no hallarse prontamente embarcaciones suficientes a llevar todo el bagage de una vez, podrían dexar la parte que quisiessen en una de las casas de la ciudad inferior, donde se les conservaría con guardias y de buena fe.* 6. *Declárase que, por aver pocos barqueros prontos, sería obligada la guarnición a suplir los que fuesen menester.* 7. *Que, ajustados y firmados recíprocamente estos capítulos, se entregaría inmediatamente a las tropas imperiales la puerta de la Ciudadela, saliendo al mesmo tiempo los turcos y bajando a embarcarse.* 8. *Que, a los prisioneros y cautivos de una y otra parte, se daría libertad y sería permitido a todos los rendidos salir de la plaza con sus mugeres, hijos, cavallos, ropa y quanto les perteneciesse.*

Pero como este ajuste se concluyesse y firmasse tan tarde que no huviesse lugar de cumplirle el propio día, sin confusión se dilató hasta el siguiente, menos la entrega de la puerta de la Ciudadela en que, sin la mínima molestia de los infieles que estaban dentro, se puso una fuerte guardia alemana que cuydasse de ellos y también de obiar a qualquiera novedad que aquella noche se les pudiesse antojar. Mas, no haviendo sucedido cosa que pudiesse ocasionar alteración, salieron en la forma prescripta dos Bajaes y un Aga de genízaros con dos mil hombres de esta mesma milicia entre sanos, heridos y enfermos y otras quatro mil personas de qualquier estado, sexo y edad; embarazo para la defensa que en algo justifica la rendición si, en razón de guerra, se pudiera escusar el haverle admitido. Mas, sobre todo, no halló disculpa la breve resistencia de una plaza tan acreditada para con el Gran Visir que, poco tiempo ha se supo, había hecho dar garrote a los tres Cabos

referidos del presidio, siendo bien probable que el puesto en otras manos, con sus fortificaciones, artillería y copiosísimas provisiones de todo linage, pudiera aver detenido mucho más los agresores, sobre todo durante un tiempo tan impropio para semejante empeño. Mas, quería nuestro Señor a costa de aquellas cabezas infieles, restituir su culto sagrado a la santa iglesia metropolitana y primada de todas las de Ungría y, querrá su divina Magestad (si no los desmereciessen nuestros pecados) sea principio de su total restauración de aquel Reyno, patria de tantos santos y héroes christianos. Y aun de los progressos mayores que a todos los reyes, potentados y principales repúblicas de la christiandad, anunció el Rey de Polonia desde la misma fortaleza, y el propio día que salieron de ella los otomanos, y especialmente a nuestro augusto monarca, diziendo: *Se reconocía en todo lo acontecido la suma bondad con que el gran Dios de los exércitos amparava las cosas de la christiandad. Y que, confiado en su onnipotencia, no dudava que los prósperos sucessos conseguidos aquel año contra los turcos eran preludios muy ciertos de la cayda del Imperio Otomano, como las fuerças de la christiandad coligadas procurassen, aun a ligeras expensas, continuar lo empezado con la felicidad y ánimo que se havia visto. Considerasse pues, Su Magestad, seriamente la ocasión tan risueña y, para una madura deliberación, tuviesse presente el gran beneficio que resultaría a la christiandad de aquella unión de armas. Quán inmortal se haría con ella Su Real nombre y, finalmente, viesse qué fuerças podría apercibir por mar y tierra. Empleasse, Su Magestad, sus piadosos conatos en favor de la república christiana. Hiziesse que sus armadas passassen al Archipiélago, y aun al mar Negro, a ilustrar mediante la asistencia divina, con nuevas victorias, sus Reales banderas y fuesse exemplo a todos los Príncipes en ir a participar de los muchos triunfos, que a todos prometían los empeños que se hiziesen por la causa de Dios y a que la alentavan los sucessos hasta entonces conseguidos. Mas con todo esto, bien sabía el magnánimo Rey la dificultad que entonces y, después, imposibilitava el efecto a sus heroicas admoniciones, mientras Su Magestad católica tuviesse sus Estados infestados de una invasión no menos iniqua y cruel que la que el año passado, 1683, habían padecido ambas Asturias y otras provincias de su vezindad. Y que, primero, era apagar los incendios que*



desolaban sus leales Payses Bajos, que pensar en vengar los otros incendios que executaron los turcos en los Estados patrimoniales de su augustísima Casa.

Concluida la empresa de Strigonia (no obstante, la inresolución arriba motivada de los polacos), se bolvió a ventilar el disignio de llegar a Buda antes de aquartelarse, mientras durava el abatimiento general de los otomanos, considerándose *que los genízaros, y demás gente salida de Strigonia, sería antes desaliento que refuerzo a la guarnición de esa otra ciudad. Que el enemigo, por su total falta de infantería, no tenía forma ni ánimo de aventurarse a ninguna acción campal de poder a poder (después de su último escarmiento de Barkan) para intentar el socorro. Que todavía se hallarían los baluartes desguarnecidos de la artillería que Kara Mustafá les quitó, para batir los de Viena. Que el pays, viendo encerrada la regencia y aquella metrópoli como en vísperas de abrir sus puertas a los christianos, sería contingente que se adelantasse a ofrecer la obediencia a que (quizá ayudarían los naturales úngaros) algo desabogados de la opresión, con un impensado esfuerzo. Que, de camino, se allanaría quanto pudiesse estorvar la conducción segura de los pertrechos, y aun de la infantería, por el río.* Concurrían la parte principal de los Senadores polacos, y el mesmo Rey, en este dictamen propuesto de los Generales alemanes, avivándole aun en los polacos la noble emulación y el deseo de suplir contra Buda la parte que no havían tenido en la reducción de Strigonia. Ese, en fin, era el voto uniforme de los mayores hombres de ambas naciones. Mas, por animoso que fuese, huvo de ceder a la fuerza mayor del tiempo, cuya enconada inclemencia con inundaciones causadas de las incesantes lluvias y con impenetrables lodos, hizo igualmente impracticable la discurrida navegación y la marcha por caminos rotos con dos cuerpos tan embarazosos como numerosos en pays enemigo, donde los forzosos deshiladores habilitarían hasta los menores presidios a disputar los passos.

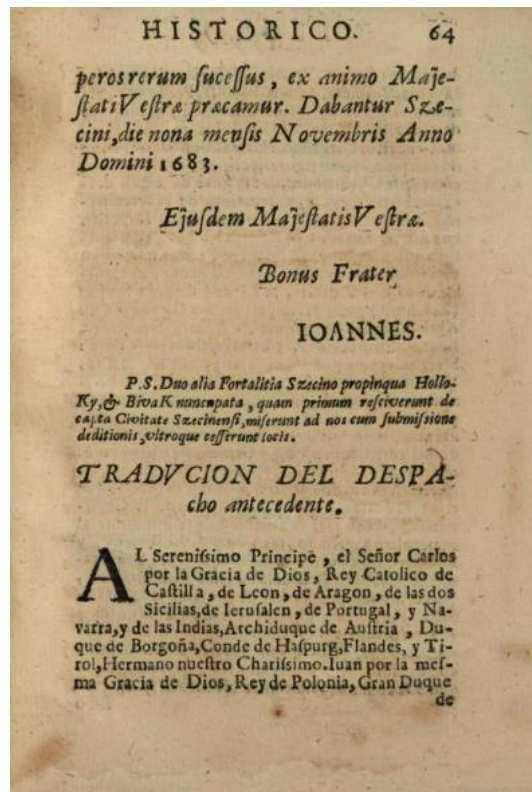
Assí, reducidas ambas Naciones al solo partido que les quedava del solicitar un más pronto reposo, aun en esto se les atravesó el haverse, para ello, de restaurar todo lo que Tekeli usurpava en la Ungría superior, en que se tenía ideado alojar gran número de alemanes y polacos, sin los muchos castillos y villas que, todavía ocupadas de los turcos, en una y otra Ungría, podían embarazar la comodidad y seguridad de los mesmos alojamientos. Mas no siendo nuestra intención detenernos en contar distintamente a estas menores operaciones, solo diremos, de passo azia la última de la ciudad de Zetchim, se compuso con la suave maña del Rey de Polonia y algo de fuerza contra algunos pocos renitentes, lo más de la Ungría superior y aun de la inferior, concurriendo la inexhausta clemencia del César a assegurar la calma a aquellos ánimos naturalmente bulliciosos. Sobre todo, donde alterada la pureza de la religión ortodoxa, se dejan llevar con más facilidad a los dogmas de la inquietud e inobediencia que les enseñan sus practicantes, los más de la secta de Calvino. Quedando, pues, adelantado también algo en ambas riveras del Danubio para lo que este año 1684 se ofreciesse intentar contra Buda, y

aún más abajo de su curso, se dividieron los exércitos cada uno azia sus cuarteles. Tomando para sí el imperial, doze condados o pequeñas provincias que se explayavan y alargan desde el Diptoviense hasta el de Strigonia y Sepusio, con todo lo que está a la otra parte del Danubio la buelta de Edemburg, ciudad christiana, y Alba Real, sujeta al otomano desde el año 1543. En cuyo espacio, no les cupo el descanso tan ocioso que no huviessen de cuydar del difficilissimo bloqueo de Neuheusel, guarnecida de diez mil genízaros, y guardarse de la vezindad de Alba Real, Buda y otros puestos enemigos de la mesma frontera.

Mas, sobre todo, es memorable el embarazo que superó el Rey y exército de Polonia en la ciudad de Zetchim marchando a sus cuarteles, cuya comunicación con los alemanes dificultaría esta plaza sin notable rodeo, a más de los otros motivos que le persuadieron a procurar su conquista. De cuyo suceso, estando en nuestro poder copia auténtica de la carta con que le participó al Rey, nuestro señor, fuera descuydo culpable contarle con otros términos que los de tan precioso instrumento, que por esto se pone aquí a la letra, acompañado de su fiel traducción.

Serenissimo Principi Carolo Dei Gratia Castellae, Legionis, Aragonum, utriusque Siciliae, Hierusalem, portugalliae & Navarrae, Indiarumque Regi Catholico, Archiduci Austriae, Duci Burgundiae, Comiti Habsburgi, Flandriae, Tyrolis, Fratri nostro Charissimo Ioannes eisdem Gratia, Rex Poloniae, Magnus Dux Lithuaniae, Russiae, Prussiae, Masoviae, Samogitiae, Livoniae, Volhiniae, Kyoviae, Padoliae, Poldachiae, Smolensciae, Senoliae, Czernichoviaeque, salutem & omnis faelicitatis continuum incrementum, Serenissime Princeps Domine Frater Noster Charissime. Nec tam profundo autumno, jamque rígido, atq; complura exerente incommoda Caelo, Gratia Dei Ter Optimi Maximi, quiescere, & sopiri, res Christiana permittit solatia. Iam ab assistentia Serenissimi Ducis Lotharingiae, Exercitum Caesaeriano, ad stativa hiberna converso, sejunctis & segregatis copiis nostris, ad similiaque stativa tendentibus in tractu itineris paululum licet devia porrexerat se Arx, vel potius Civitas Szecinum nuncupata, passus commeatum ex Agria, ac per consequens Buda ad Vyvarinum praecipuus mansionibus, atque domibus praestantioribus, quam Strigonium referta, binis Moschaeis, duobus milibus populi Turcici infecta, post fossa notabilis profunditatis, rursus parietequer cino, tandem muro, tormentis majoribus viginti Munita, Praesidio ex Spahis & Ianitzæis mille ducentorum hominum composito, re pabalaria, annonaria atque tormentaria sufficienter provisa. Itaq, non potuimus animum & studium Nostrum vindicandae rei Christianae Sacratum continere quin ad memuratum locum deflexissemus, pullata Templa, eversasque Aras, immaculato restituri sacrificio. Et profecto adstitit Omnipotentis Dei Gratia, spatio aliquot horarum dictum Fortalitium expugnâvimus, misere potentibus vitam indulsumus Civitate defensionis bonae, atq oportuni intervivarinum, & Agriam comeatum impediendi capacissimam, Caesareano fortificandam insinuavimus Presidio. Haec vero Majestati Vestrae non alio fine denuntianda praesumimus, quam ut Summo Deo, prototantisque praesentis Anni contra Christiani Nominis hostes successibus, infinitas gratias universa concipiat Christianitas futurique veris tempestive praehabeat meditationem,

quomodo partae par at aequae (prout id fusius, anterioribus nostris insinuavimus) incumbendum sit faelicitati incrementaq, rei Christianae proferantur in maius. Quod dum toties ac toties, Maiestati Vestra, velipsa faeliciū ventuum dictante & urgente occasione, exponimus, pietatem, ipsius teneritudinem, amorem in res Christianas, fraterno obsecramur affectu, ne tot tantisque clamantibus successibus, sinat eternizandum nomen suum vacuum esse immortalibus de natural Christianorum hoste Triumphis, sed potius pro ea qua pollet Majestas Vestra Gloria, cogitet subsidia, sequaturque secundarebus Christianis momento. Quod voto non uno ex optantes, bonam valetudinem & prosperorum successus, ex animo Majestati Vestrae praecamur. Dabantur Szcini, die nona, mensis Novembris, Anno Domini 1683.



Ejusdem Majestatis Vestrae.

Bonus Frater

IOANNES.

P.S. Duo alia Fortalitia Szcino propinqua Holloky & Biva K nuncapata, quam primum resciverunt de capta Civitate Szciniensi, miserunt ad nos cum submissione deditiois, ultroque cesserunt locis.

TRADUCIÓN DEL DESPACHO ANTECEDENTE.

Al Serenísimo Príncipe, el Señor Carlos, por la Gracia de Dios Rey Católico de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal y Navarra, y de las Indias, Archiduque de Austria, Duque de

Borgoña, Conde de Haspurg, Flandes y Tirol. Hermano nuestro Charíssimo. Juan, por la misma Gracia de Dios, Rey de Polonia, Gran Duque de Lituania, Russia, Prussia, Masovia, Samogicia, Livonia, Volhinia, Kyovia, Podolia, Podlaquia, Simolenscia, Senolia, Czernicovia. Salud y aumento de toda felicidad, Sereníssimo Príncipe, señor hermano nuestro caríssimo. Haviendo entrado el otoño con sus mayores rigores, permiten finalmente las cosas de la Christiandad que se goze de algún descanso. Estando pues, ya separados del Sereníssimo Duque de Lorena y del ejército imperial, que marchava a los cuarteles de invierno, y también nuestras tropas a los suyos, encontramos en el camino, aunque algo fuera de mano, el castillo o, por mejor dezir, la ciudad llamada Secino (Zetchim), passo principal de los comboyes de Agria y, por lo consiguiente, de Buda a Neuheusel, llena de habitaciones y casas mejores que las de Strigonia; con dos mezquitas y dos mil vezinos turcos. Cercada primeramente de una fuerte palizada de altos robles, de un fosso muy profundo, otra palizada y, finalmente, una muralla con veinte piezas de artillería. Y un presidio compuesto de mil y ducientos spahis y genízaros, bastantemente proveydos de forrage, víveres y municiones de guerra. A su vista no pudo el ánimo y cuydado que tenemos dedicado a vengar las injurias de la Christiandad, escusar el ir a dicho lugar a restituir al Inmaculato Sacrificio, los Templos profanados y levantarle otra vez los altares abatidos. Y, ciertamente, nos assistió la Gracia de Dios todo poderoso para el intento, pues dentro de pocas horas expugnamos la fortaleza haziendo merced de la vida a los que estavan dentro, y nos la pidieron lastimosamente, procurando se guarneciese para su buena defensa con presidio cesáreo esta ciudad, capacíssima de quitar la comunicación entre Neuheusel y Agria.

Esto nos ha parecido participar a V. Magestad, a fin de que en toda la Christiandad se den infinitas gracias a Dios por tantos sucessos logrados este año contra los enemigos del nombre christiano y, porque vaya, V. Magestad, pensando cómo se pueda temprano la próxima primavera, (según más difusamente hemos insinuado en nuestras cartas anteriores) atender a lo mesmo con igual dicha y llevar siempre, más adelante, los aumentos de la Christiandad. Lo qual mientras representamos a V. Magestad, con el motivo de tan felizes acontecimientos y oportuna ocasión, suplicamos con fraterno afecto la piedad, cariño y amor de V. Magestad que, oyendo las voces de tantos sucessos, no deje de eternizar su nombre y merecer su parte de los triunfos inmortales que se pueden conseguir del enemigo natural del nombre christiano. Y con el desseo que a V. Magestad le assiste de la gloria, prevenga subsidios que faciliten a las cosas de la christiandad aquellos dichosos momentos. A que anelando sumamente, auguramos de todo corazón a V. Magestad una perfecta salud y muy prósperos sucessos a sus cosas. Dada en Zetchim, **a 11 de noviembre** 1683. De V. Magestad Buen hermano. JUAN.

Posdata. Otros dos fuertes cercanos a Zetchim, llamados Holloki y Bivak, luego que supieron la toma de la ciudad, acudieron a ofrecer la entrega y, voluntariamente, cedieron aquellos puestos.

Por muestra de cuán visiblemente concurrió la voluntad divina a facilitar esta conquista, puédesse añadir, sobre la fee de otras *Relaciones* que han venido en el mismo ejército polaco, la consiguió solo una parte de los cosacos del Rey y algunos aventureros agregados, cayendo improvisamente a cuestras a la cavallería del presidio ocupada en quemar un arrabal y, cargándola, entraron mezclados con ella en la ciudad, que les cedieron los infieles atropellando a guarnecerse del castillo. Mas tan confusos y aturdidos de miedo que, al otro día, le entregaron, saliendo ochocientos genízaros y quinientos spahis comboyados a Pest sin armas ni bagage y a pie.

A treze, considerando el Rey quedaría imperfecta, y menos segura, la reducción de Zetchim si no desalojaba también los turcos de los castillos apuntados en la posdata del Real Despacho, les embió el día después de salidos los de la ciudad a intimar la rendición, pero los que llevaban el recado encontraron a medio camino comissarios que de ambos puestos se le anticiparon con la obediencia, atención que les valió para que se les permitiese retirarse a Agria con armas y bagage.

Esto sucedía mientras piússimo Rey, aplicando el proprio cuydado a disponer lo concerniente al servicio de Dios que, a la conservación de la plaza, hazía borrar cualquier rastro de las supersticiones mahometanas de las dos iglesias profanadas había casi siglo y medio. De suerte que, adornadas con lo que pudo prestar su capilla de campaña, **a catorze**, se cantó en ellas el hymno Abrosiano entonado del mismo Rey y, proseguido a una voz, con los eclesiásticos de su ejército y los Generales, Senadores y principal nobleza, del propio modo que había sucedido en Viena el día después de levantado el asedio. En cuyas alegres solemnidades, pareció a los eruditos a un David cantando delante del arca misteriosa del Antiguo Testamento. O, por mejor dezir, un Constantino, un Teodosio o un Carlos Magno, dando públicamente al verdadero dueño de las victorias las gracias por las que les había concedido. Concluida esta sagrada función e introducción en Zetchim, un presidio imperial de infantería alemana y hússares úngaros marchó con todas sus fuerzas la buelta de Eperies, ciudad del condado de Sarax, sujeta al señor Emperador como Rey de Ungría; muy bien fortificado sobre el pequeño río Tarks donde, ofreciéndosele sin otras estimables conveniencias la de estar al pie de las montañas de Ungría que alindan con su Reyno, la avía elegido para su quartel de invierno. Mas dígame también, ayudávase a la misma elección el otro intento de corregir con su asistencia personal, y el freno de sus armas, al genio dudoso de los naturales en gran parte sequaces de Tekeli, como de su heregía. Pero como las últimas tretas de este rebelde, alentado a un tiempo de turcos y malos christianos, hayan dado muestras de que todavía levante la

cabeza con aver entrado sus tropas en Cassovia y Eperies, materia de que, sin embargo, no se puede hablar aún con entera claridad, la guardaremos para el Floro de este año. En que (mediante Dios), no florecerán ni darán a la Christiandad menos frutos de bendición que el pasado, las gloriosas armas de la Liga Sagrada azia el total cumplimiento de la profecía del venerable Padre Martín Strigonio, de la Compañía de Jesús, cuyo traslado se pone aquí como lo puso el primer autor de esta obra, en la edición de Venecia, para consuelo de los leales vassallos y devotos de la augustíssima Casa.

REVERANDI PATRIS MARTINI Strigonii Societatis Iesu,
de LEOPOLDO IGNATIO AUSTRIACO Prophetia.

TRADUCCIÓN DE LA PROFECÍA REFERIDA.

Ferdinando Quarto será hecho Rey de Romanos y, poco después, morirá. Leopoldo, su hermano, será hecho Emperador de Romanos. Sin embargo, por los muchos enemigos que tendrá, será imposible creer el que obtenga la Corona Romana contra toda esperanza y, con el solo auxilio divino, será ciertamente hecho Emperador. En su mozedad padecerá muchas enfermedades y passará peligros mortales, pero con la ayuda de Dios siempre convalecerá. Tendrá muchas adversidades y muchos enemigos. El turco de lejos se acercará con tal sucesso, que poca esperanza quedará a la Casa de Austria. Pero Dios assistirá después, y el César reportará la victoria y el turco quedará confundido, con admiración de todos. Grandes disensiones, tendrá, a causa de su esposa, la qual havrá de tomar de España; mucho se dilatará y parecerá como imposible que la consiga. Mas con trabajo, ciertamente, la conseguirá. Al principio tendrá grandes adversidades por la parte de Francia. Descubriranse algunas infidelidades y trayciones, como si todo se huviesse de perder porque el enemigo, al principio, alcanzará grandes victorias y todos creerán y no pensarán, sino que el enemigo lo ganará todo. Y después, Dios ayudará a la Casa de Austria, superará todos sus enemigos y los pondrá a sus pies, de suerte que todos se admirarán y reconocerán el auxilio divino que siempre assiste a la Casa de Austria.

Entonces se levantará el Águila muy alta, se apoderará de todos sus enemigos y reynará dichosamente. Ganará más provincias que sus antepassados. La Casa de Austria, por este César Leopoldo, bolverá a multiplicar y se hará feliz y más feliz que otro alguno de su Casa jamás lo fue. Tendrá más de una muger. Su Magestad el emperador Leopoldo, dichoso señor, con el auxilio divino se hará poderoso de todos sus enemigos. Amén.

Murió el venerable Padre Martín Strigonio en la ciudad de Bruna, el año 1649, el segundo año de su segundo provincialato y, en opinión de Santidad, por toda Alemania.

F I N.

F L O R O

lo ganará todo: y después Dios ayudará à la Casa de Austria: superará todos sus Enemigos, y los pondrá à sus pies: de suerte, que todos se admirarán, y reconocerán el auxilio Divino, que siempre assiste à la Casa de Austria.

Entonces se levantará el Aguila muy alta, se apoderará de todos sus Enemigos, y reynará dichosamente. Ganará mas Provincias, que sus Antepasados. La Casa de Austria por este Cesar Leopoldo, bolverá à multiplicar, y se hará feliz, y mas feliz, que otro alguno de su Casa jamás lo fue. Tendrá mas de vna muger. Su Magestad el Emperador Leopoldo dicho Señor, con el auxilio Divino, se hará poderoso de todos sus Enemigos. Amen.

Murió el Venerable Padre Martin Strigonio en la Ciudad de Bruna el año 1649. el segundo año de su segundo Provincialato, y en opinion de Santidad por toda Alemania.

F I N.

